Con mi propia voz



Cardenal
Juan Sandoval Íñiguez
Memorias

ediciones corporativo



En la Curia Diocesana

Memorias

Cardenal
Juan Sandoval Iñiguez

ediciones  *Corporativo*

Juan Manuel Reyes Brambila
editor

Cardenal Juan Sandoval Iñiguez
Autor

Juan Manuel Reyes Brambila
Editor

Raúl Fernando Villarreal Macías
Diseño

Impresión:
Talleres de Corporativo Ediciones y Exposiciones
Argentina No. 830 Col. Moderna
Guadalajara, Jalisco. México
direccion@corporativoee.com.mx

2da. edición: 10,000 ejemplares.
Junio de 2019

ISBN: 978-607-9019-07-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito del editor.

DEDICATORIA

Dedico estas Memorias:
A quienes me dieron la vida,
A los que me formaron cristiano y sacerdote,
A mis alumnos del Seminario y
A todos los que Dios encomendó a mis cuidados pastorales.

Juan Sandoval Iñiguez

PRÓLOGO

Una fresca mañana de noviembre me acerco, como tantas otras, a la antesala del despacho del Sr. Cardenal. Me anoto con el seminarista y espero mi turno. La luz que entra por los cristales de las ventanas que dan a la Plaza de Armas propicia un ambiente sosegado y sereno que preserva la estancia del ajetreo de la calle.

La calma no se rompe con los saludos y la discreta conversación de los que van llegando. La mirada se pierde en los lienzos novohispanos y en los retratos al óleo del Prelado y del Papa.

La presencia del P. Juan Pablo, con sus carpetas de documentos a la firma, y de Meche Pedroza, con la correspondencia, delata su llegada. Don Juan abre la puerta, observa y saluda con un gesto sencillo a los presentes, recibe las fichas de las visitas y vuelve a su estudio con sus secretarios.

Llegado mi turno, me recibe con la cordialidad que acostumbra y vamos al asunto sin demora. Voy con una invitación para que nos presida una celebración y la agenda está tan saturada que apenas si logra encontrar un hueco entre las muchas actividades que tiene programadas para esos días. Un poco abrumado, intento desistir de mi petición, que entonces llega a parecerme un tanto abusiva.

Alza la mirada de la libreta y me dice: -*"Toño, me van a acabar"*. Lo miro perplejo y, de nuevo, sonriente, sentencia: -*"Para eso nos ordenaron, Toño, para gastarnos y desgastarnos en el servicio."*

La vida de Don Juan Sandoval Íñiguez ha sido y sigue siendo una vida de entrega y de servicio. *"Servus"* no es sólo el lema de su escudo, sino el compendio y resumen de su ser y de su obrar.

Ahora que le ha llegado el tiempo que él mismo llama *"de la verdad, cuando se percibe ya sin distracciones y con toda claridad, la brevedad de la vida y lo pasajero de sus bienes y males",* nos entrega sus recuerdos, queriendo *"poner de relieve los amorosos cuidados de la Divina Providencia"* que, a lo largo de toda su vida le han ido marcando el camino a seguir.

Dice el Papa Francisco que, cuando San Ignacio de Loyola *"nos pide que traigamos a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí...* (EE 234) *quiere ir más allá del mero agradecimiento por todo lo recibido; quiere enseñarnos a tener más amor".*

En estas memorias, Don Juan Sandoval nos comparte las cosas que, como María, guarda en su corazón; ese acontecer de Dios en su vida que también fue acontecer para la vida de nuestra Iglesia y de nuestro pueblo, la Arquidiócesis de Guadalajara y su Seminario; una historia de más de medio siglo, cuya evocación sosegada y serena, nos moverá también a *"más amor"* y gratitud.

Mirar hacia atrás es despertarnos para percibir con más fuerza la presencia de Dios en nuestra vida. Nadie es capaz de entender nada si prescinde del pasado. Ser hombre es recordar. Nuestro presente, y también nuestro futuro, caminan a impulsos de la memoria personal y la de los que nos precedieron y nos dieron su memoria como precioso legado. El pasado no sólo nos acompaña, sino que forma parte de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser.

En estas memorias, Don Juan no se reivindica, nos comparte, con el mismo tono de confidencia y de sinceridad con el que siempre estuvo cerca de sus fieles, sin intermediarios, *con su propia voz,* la verdad sobre su vida y su ministerio, sin pretensiones ni artificios literarios, con el lenguaje sencillo y directo en el que siempre se expresó. Él mismo nos advierte de que no es *"un diario ni una biografía, sólo memorias"* de lo que recuerda, con la clara conciencia de saberse un *"hombre común y corriente escogido por Dios para un ministerio muy alto".*

Los muchos que gozamos del aprecio y de la estima del Sr. Cardenal encontraremos en estas páginas muchas de las anécdotas que tantas veces nos relató en su conversación afable y amena: sus veranos de niño, a la intemperie, guardando el ganado, *con la honda en la mano, con sombrero y capote de palma, resistiendo a la tormenta,* en aquella soledad *que templó su carácter* y le hizo percibir a Dios en lo grandioso de la naturaleza, como

una profecía de lo que sería después su ministerio de pastor; sus travesuras; su disciplina y dedicación gozosa al estudio; su buen humor; su lealtad y gran sentido de la responsabilidad y del deber; su apasionado celo por la verdad y la salvación de las almas; su profundo amor a Cristo y a la Iglesia.

Ha sido -dicen algunos- un personaje polémico. Incómodo –diría yo-, como incómoda es la verdad en un mundo que pretende ignorarla y le impone la mordaza de lo "políticamente correcto" para poder así manipular las conciencias de los pueblos e imponerles su yugo.

Don Juan concluye sus memorias haciendo suya la plegaria expresada en el salmo 90: *"Enséñanos a calcular nuestros días, para que adquiramos un corazón sensato".* Don Juan sigue pidiendo lo que, a mi parecer, nunca le faltó; el común denominador de los avatares de su existencia: la sensatez de corazón, la sabiduría que le llevó a vivir con los pies en la tierra y la mirada en el cielo, consciente de ser un *"hombre común y corriente, escogido por Dios para un ministerio muy alto".*

Los hechos que se narran en estas memorias han sido escritos y vividos desde un corazón profundamente humano, que busca y ama siempre la verdad, abierto de par en par a la fuente de la sabiduría y de la sensatez. Es desde el corazón que podemos sintonizar con sus recuerdos y crecer en gratitud y en amor a Dios, por los muchos dones que nos ha concedido a través de la persona del Sr. Cardenal, de los que sin duda, estas memorias forman parte.

Pbro. Antonio Casasola Benítez
San Sebastián, 12 de diciembre de 2015,
Solemnidad de Ntra. Sra. de Guadalupe

INTRODUCCIÓN

"Antes que se cierren las puertas de la calle
y se apague el ruido del molino,
se extinga el canto del pájaro y enmudezcan las canciones;
cuando den miedo las alturas y los sobresaltos del camino.
Antes de que se rompa el hilo de plata
y se destroce la lámpara de oro,
se quiebre el cántaro en la fuente y se precipite la polea en el pozo.
Antes de que vuelva el polvo a la tierra de donde vino
y el espíritu vuelva a Dios, que lo dio.
¡Vanidad de vanidades! -dice Qohélet- ¡todo es vanidad!"
Ecl 12, 4-5a. 6 – 7

Esta hermosa cita bíblica, referente a la ancianidad y escrita poéticamente por el Qohélet, vino a mi mente cuando varios de mis amigos, sobre todo sacerdotes, y en distintas ocasiones, me insistieron diciendo:

"Dese prisa, escriba sus memorias...
¡Antes de que los años se le acaben de echar encima!

Reflexionando que, por ser persona pública y figura de la Iglesia, además de polémico -según dicen algunos- indudablemente quedará plasmada mi vida y quehacer dentro de la historia, lo cual, me hace responsable y me da el derecho a expresar y consignar los hechos conforme a lo que yo viví y realicé, priorizando, claro está, el bien de la Iglesia.

No digo que lo fui, sino que quise ser un Pastor que buscó cumplir con la misión que Dios me encomendó: custodiar el tesoro de la fe católica en la verdad de su doctrina y tradición; y guiar al pueblo de Dios, defendiendo, con mi propio estilo o carácter, -como cada quién quiera llamarle- las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo; cosas que quiero seguir haciendo desde mi situación como Arzobispo Emérito, confiado en la protección de Dios hasta que me llame y sea Él quien me juzgue con misericordia.

Otra razón para escribir es que existe un gran caudal en los recuerdos de este servidor que deseo compartir, ya que llevan envuelta la historia de esta Arquidiócesis a la que pertenezco y a la que serví, y sobre todo, la historia de su seminario, *el Seminario de Guadalajara,* que me formó, al que ofrecí mis servicios como formador por veintisiete años y al que traté de cuidar lo mejor que pude siendo Arzobispo de Guadalajara. Toda una historia de más de medio siglo sobre algo que muchos sacerdotes y feligreses apreciamos grandemente.

Por dichas razones decidí escribir estas memorias, además de otro motivo muy obvio, ahora que soy emérito: emplear el tiempo que distribuyo entre oración, lectura y ministerio, buscando una razón y una actividad que me hagan vivir, habiendo quedado acostumbrado a tener considerable trabajo y fuertes responsabilidades durante toda mi vida, y evitar así, la inactividad que mata y la pereza que envilece.

Pues no hay que olvidar que el refrán "la pereza es la madre de todos los vicios" vale también para los viejos.

No es un diario ni una biografía, sólo memorias de lo que recuerdo, donde aparecerá el hombre común y corriente escogido por Dios para un ministerio muy alto.

Si algún amigo o bondadoso lector se anima a leerlas, tenga bien entendido que procuraré no olvidar, al escribir, mi condición de cristiano y sacerdote, para decir la verdad en cuanto la conozco y recuerdo; mentiras, presunciones o exageraciones voluntarias con la ayuda de Dios no las habrá.

Quisiera poner de relieve los amorosos cuidados de la Divina Providencia que, a lo largo de toda mi vida, han sido un motivo más para acrecentar mi fe; a la vez deseo, que sea una invitación implícita al amable y paciente lector a descubrir en su propia vida las huellas de la Providencia, de ese Padre bueno que cuida con amor de todas sus creaturas y nos señala el sendero del servicio y de la felicidad que tiene trazados para cada ser humano y que, finalmente, es uno sólo: Jesucristo Camino, Verdad y Vida.

En mi pensamiento siempre está la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, a la que conocí y amé desde niño y que nunca me ha desamparado. También ahora en mis años maduros le pido humildemente que esté siempre en mi mente, en mi corazón y en mis labios.

PRIMERA PARTE
De Vaquerillo a Pastor

Capítulo 1
Mi Infancia en Familia
(1933 – 1945)

Nací en Yahualica, Jal., el 28 de marzo de 1933, en el seno de una familia de 12 hijos; como murió la primera, yo crecí siendo el mayor de los hermanos. Contaba mi madre, Doña Lupe, que de chico fui enfermizo, llorón y descontentadizo para comer. La enfermedad que aún recuerdo muy vivamente es el paludismo que me repitió por varios años en tiempo de lluvias: frío intenso de las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, luego una fiebre muy alta que me bañaba en sudor y me hacía desvariar hasta las 5 o 6 de la tarde, hora en que ya me sentía bien, comía y salía a jugar como si no hubiera estado enfermo, y así, por una o dos semanas cada año padecía la rutina de "los fríos", como le llamaban a la malaria.

Como el mayor de los hermanos, hacia los seis años de edad, comencé a ayudar a mi padre en las faenas del campo: apartar becerros, arrear las vacas del potrero que estaba casi a las orillas del pueblo, preparar su pastura en unas enormes pilas de cantera, ordeñar y llevar la leche a las entregas. Este quehacer, alternado con la escuela, me dejaba muy poco tiempo para jugar. Experimenté la soledad y tuve contacto muy cercano con la naturaleza durante los meses de julio y agosto, tiempo de vacaciones en la escuela por varios años, cuidando el ganado que pastaba junto a la siembra de maíz, de las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. Siempre con una honda en la mano, soportando el calor del sol o viendo cómo se iban levantando las nubes por el horizonte, cómo se oscurecía el cielo y caía la tormenta con vientos, truenos y relámpagos.

Y yo, a medio campo, con sombrero y capote de palma resistiendo la tormenta, porque me recomendaban que no estuviera debajo de un árbol ni junto a los animales porque atraían los rayos. En la niñez la sensación del tiempo transcurre muy lentamente y estar tantas horas solo, se me hacía muy largo. Aunque fueron horas de fructífera soledad que templaron mi carácter y me hicieron percibir a Dios en lo grandioso de la naturaleza.

El ambiente de Yahualica era recogido y religioso, la autoridad moral de los sacerdotes muy respetada. Asistir al catecismo el sábado por la tarde y el domingo a misa en la parroquia, eran prácticas que no omitía; por indicación de mi madre y de las catequistas hice varias veces los viernes primeros en honor al Sagrado Corazón de Jesús.

En casa se cenaba al oscurecer de manera frugal. Salíamos luego a jugar con los niños vecinos en la calle, completamente oscura, pues no había luz eléctrica en el pueblo. Hacia las nueve de la noche salía mi madre a gritarnos que era hora del rosario: los dos primeros misterios los rezábamos hincados, los otros tres sentados y las letanías de rodillas y con los brazos en cruz. Al terminar el rezo besábamos la mano de nuestros padres y nos daban la bendición. Ver a mi padre, un hombre de campo, rudo, con los brazos en cruz durante el rosario o ante la imagen del Señor del Encino, fue la figura de piedad sencilla y varonil que ha quedado grabada en mi memoria. Mi madre antes de casarse había sido catequista, conocía suficientemente de religión, tenía buena memoria y se acordaba de muchos pasajes de la Biblia que yo le pedía que me los contara una y otra vez, por eso se puede decir que ella me introdujo en el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

La cooperación modesta de mi familia al sostenimiento de la Iglesia fue para mí un gran ejemplo: El Sr. Cura Nachito Íñiguez siempre tenía una o dos vacas para la leche del gasto, que pastaban gratis en nuestros potreros; y para dar el diezmo del ganado, de cuando en cuando me decía mi padre: "Llévale esa becerrita al Sr. Cura" y ahí iba yo, con un no sé qué de sentido de ofrenda sagrada, a llevar la becerra; en tiempo de las cosechas se apartaba religiosamente el maíz del diezmo para la parroquia.

En 1940 comenzó el Sr. Cura Nacho la construcción del nuevo templo parroquial, en estilo colonial mexicano, todo en cantera, que abunda en mi pueblo. Aparte de salir él con su canastita en la mano a pedir en la plaza y en las tiendas para el templo, solicitó a las mujeres del pueblo que regalaran los huevos que pusieran las gallinas los miércoles con el mismo fin de ayudar a la construcción del templo. En mi casa siempre había al fondo, en el corral, dos docenas de gallinas, mi madre nos mandaba recoger los huevos que iban poniendo y contar los del día miércoles, que se vendían y se entregaba el dinero al Sr. Cura.

Travesuras de niños hacíamos muchas, no es el caso de contarlas todas, vayan sólo dos ejemplos. El Sr. Cura Nacho Íñiguez era un sacerdote bondadoso y tranquilo y, no obstante, en el catecismo o en las pláticas de ejercicios espirituales, se prevenía con una cuarta o chicote con el que se le da al caballo y que colgaba a la vista de todos para tenernos quietos. Algunas veces tocó que dijera: "esa banca de los güeritos ahí me espera", y daba la casualidad que en esa banca estaba yo. Lo esperábamos y con mano santa nos daba unos cuartazos por las piernas, mientras nosotros jugábamos a ser hombres que no lloran. Al llegar a casa, invariablemente, nos preguntaban: "¿Cómo estuvieron las pláticas? ¿Cómo se portaron?" Y respondíamos que muy bonitas las explicaciones y que nos portamos bien,

porque si decíamos que el Sr. Cura nos había castigado, ahí mismo nos daban otra para "emparejarnos".

En la escuela oficial primaria las clases eran de nueve a doce por la mañana y de tres a cinco por la tarde. Pero con un pequeño grupo me iba los viernes por la tarde a nadar a la presa del Estribón, pensando que para el lunes ya no se acordaría el profesor. La presa del Estribón fue una de las varias obras que el Lic. Jesús González Gallo, hijo predilecto de Yahualica, construyó en favor de mi pueblo. Un día por la tarde estaba yo distraído en la clase platicando con el compañero.

El profesor y director de la escuela, Juan Manuel Ruvalcaba, que después pasó a la política y fue alcalde de Zapopan, me llamó la atención. Yo negué que estuviera desatento. Se enfadó mucho y me dijo: "Ya no te aguanto, vete a tu casa". Con soltura y despreocupación le contesté: "Bueno, entonces aquí nos veremos". Nada de que aquí nos veremos -me sentenció- "Si no traes a tu papá no vas a volver". La sangre se me fue hasta los talones y corrí a mi casa para pedirle a mi mamá que ella fuera, pero me dijo, con la intuición de madre: "Quien sabe qué harías, ahí está tu padre adentro".

No hubo más remedio que decirle a mi padre que lo llamaba el profesor "¿Y para qué me quiere?" Pues "quien sabe", le respondí. La entrevista fue en el salón de clases a la vista de cuarenta alumnos condiscípulos: "Mire Señor, lo molesté porque ya no soporto a su hijo Juan" y le soltó todas mis faltas, incluida la de los viernes para ir a nadar. Mi padre, hombre práctico le respondió: "Mire, Profesor, el muchacho está aquí con todo y sentaderas para que lo corrija, nomás en la cabeza no le pegue para que no se haga más tonto. Profesor, vamos a hacer una cosa: Usted le da aquí una monda y cuando llegue a casa yo le doy otra para que entienda".

Se despidieron con mucha cortesía. El profesor se compadeció y me dijo: "Yo sé que tu papá es duro contigo, yo te la perdono, siéntate".

A las cinco de la tarde salimos de la escuela y me fui derecho a casa para darle prisa al mal paso y, como era la hora de la ordeña, me decía a mí mismo que con los piales de las vacas me iba a emparejar. Al llegar al corral me preguntó muy serio mi padre que cómo me había ido y yo le respondí: "Ese viejo casi me mata a palos". Él me dijo seriamente: "Eso que te valga, si no, yo te daba otra". Cuando ya era seminarista y me veían con mucho respeto en mi casa, le pregunté a mi papá que si se acordaba de cuando lo había llamado el profesor y me contestó: "¡Pues cómo no y también me acuerdo de todas tus fechorías!". Le volví a preguntar si recordaba que habían quedado que el profesor me daba una monda y él otra. Y cuando le conté cómo me había librado de los dos, entre serio y divertido me dijo: "¡Qué bueno mijo que no sea "tarugo"!

Los juegos de mi infancia. Ahora les compran muchos juguetes a los niños, que a veces descomponen o son juguetes costosos que no siempre favorecen el desarrollo del ingenio y la creatividad. Nosotros teníamos que hacer nuestros propios juguetes: ponerle punta al trompo de mezquite y comprar hilaza para torcer la cuerda con que se bailaba; hacíamos papalotes en tiempo de ventarrones con papel de estraza o con tela y les poníamos una cola con trapos viejos para que no diera vueltas en el aire; de ahí se origina el refrán para las personas alocadas o inestables: "Parece papalote sin cola". Jugábamos a las canicas, al balero, al yoyo, etc. y por la noche en la calle oscura, a la roña o a los encantados, al fajo escondido, etc., si llovía había que mojarse y hacer represas con lodo y piedras. También atrapábamos mayates verdes que salen en tiempo de aguas, que amarrábamos de una pata con hilo muy delgado de coser y los hacíamos volar.

A veces se nos escapaban llevándose el hilo, de ahí salió el dicho que se aplica a los que no pagan: "Se van como los mayates, con todo y hebra", pues se llevan el dinero y la amistad. Eran diversiones que los actuales hijos de los videojuegos, de la televisión, internet, tableta…no conocen.

Esa fue mi infancia feliz, en una familia numerosa, en un pueblo pequeño de unos cuatro mil habitantes, gobernado moralmente por buenos sacerdotes. En el barrio de San Antonio todos nos conocíamos; las familias, además de un pedazo de tierra para sembrar, tenían también algún oficio artesanal: había matanceros, cereros que hacían las velas para el templo, alfareros, tejedores de cobijas de lana, loceros, ladrilleros, etc.

Se vivía la fe con sencillez, se asistía a misa o al rosario, en la calle o en la plaza se arrodillaba la gente para recibir la bendición con el Santísimo al oír las campanadas como a las ocho de la noche. Las fiestas patronales de septiembre llenaban el pueblo de alegría, de hijos ausentes y de gente que bajaba de los ranchos muy "estrenada", porque era de rigor para las fiestas de San Miguel estrenar alguna prenda de vestir. Este era mi pueblo, Yahualica, que dejé a los doce años de edad y al que vuelvo una y otra vez, a revivir los recuerdos y a afianzar mi identidad sobre mis raíces humanas y cristianas.

Capítulo 2
Mi Vocación al Sacerdocio

Mi vocación es un regalo de Dios que no dejo de agradecer y como Él, para esto me tenía destinado, me hizo crecer en el ambiente cristiano de Yahualica y en una familia cristiana.

Rezábamos el rosario en familia todos los días después de cenar, iba al catecismo los sábados a la parroquia y a misa los domingos, a veces a la primera, que era a las cinco de la mañana, para ir luego al quehacer de las vacas ¡que también en domingo comen y dan leche! ¡Es un quehacer que no concede día libre!

La figura de los sacerdotes muy digna y atrayente: La del Sr. Cura Ignacio Íñiguez, amigo de mi familia, totalmente dedicado a su ministerio y a la construcción del nuevo templo parroquial, gozaba de autoridad moral en el pueblo; la del P. Víctor González, Vicario Parroquial, joven, con su sotana negra, explicándonos los sábados el catecismo y dando centavos a quienes contestáramos bien a sus preguntas; y la del Padre Severito López, que llegó a los veintitrés años, recién ordenado, y murió centenario sin tener otro destino que Yahualica, ingenuo, ocurrente, devoto de todos los santos, a los que les hacía fiesta en su día en el templo de La Cantera; siempre dispuesto a confesar a la hora que se lo pidieran y con muy poca penitencia que cumplir. Era muy querido y tenido por santo. Estos sacerdotes, sin decir nada, hacían pensar que el sacerdocio es una cosa muy grande.

Terminé la primaria a los doce años de edad sin tener ningún pensamiento o proyecto para el futuro. En el mes de septiembre, durante las fiestas patronales, esperaba en la plaza a que se quemara el castillo, para torear con mi sombrero de ala ancha los buscapiés que "chiflaban" por todas partes, cuando se me acerca un muchacho que ya era seminarista desde hacía dos años, Lucio Sánchez, que me invitó al Seminario, diciéndome que ahí los sacerdotes les enseñaban cosas buenas y que además se jugaba mucho y se hacía deporte; esto último fue lo que más me convenció en ese entonces. Él mismo me ayudó a conseguir los documentos que se requerían: mis actas de bautismo y de confirmación, el certificado de primaria, acta del registro civil y acta de matrimonio religioso de mis padres.

Cuando lo dije en casa, vi que mis padres se sintieron felices, y con gusto me dieron el permiso. Mi padre, medio en serio y medio en broma, me dijo: "¿qué, ahí admiten vagos?" Pero me dio para comprar la ropa necesaria y el primer veliz de mi vida. Al despedirme también me dio treinta pesos para los gastos que se ofrecieran. Yo le pedí más dinero para comprar el colchón, pues antes estaba así de pobre el Seminario, y me respondió: "¿Para qué quieres colchón? Guarda cinco pesos para que pagues el camión de regreso luego que te despidan".

A finales de octubre de 1945, unos dos días antes de irme al seminario, fui a llevar el ganado al río a beber. Al regresar y quererlo meter al potrero, unos corrían para un lado y otros para otro, y yo detrás de ellos, montado en un macho y gritándoles malas palabras. Cuando acabé de arrearlos y cerrar la puerta, ahí estaba mi padre detrás de la cerca con su cigarro en la boca oyendo todas las groserías, pero en lugar de regañarme, me dijo medio riéndose: "Hijo, vas a salir buen predicador". Me dio un poco de pena, pero quienes conocen esta anécdota y ahora me escuchan predicar, opinan que en eso de ser buen predicador, mi padre no fue profeta.

No lo sé, pero siempre me ha parecido correcto que las explicaciones en las homilías sean claras, concretas y, sobre todo, cimentadas en la Palabra de Dios, salpicando la predicación con alguna breve ocurrencia para captar la atención y para que no se duerman. Por lo general, no me gusta escribir antes lo que voy a predicar para no dar alimento frío, cocinado días antes sobre el escritorio sin tomar en cuenta al público que se tiene delante, y sin ver las reacciones a lo que van escuchando. Estudio el tema, lo reflexiono, hago un breve esquema y, sobre él, dejo que Dios me ilumine a la hora de hablar. Además, no hay que olvidar lo que le dijo una viejecita al sacerdote que siempre leía las homilías: "Padrecito, si Usted no se sabe el sermón, ¿cómo quiere que nosotros nos acordemos?".

Reflexionando en la Providencia amorosa con que Dios ha conducido mi vida, he pensado en dos acontecimientos de mi niñez que me condujeron por este camino. Al terminar el cuarto año de primaria las Religiosas Franciscanas de Nuestra Señora del Refugio, cerraron el colegio y se fueron del pueblo. Yo creí que hasta ahí llegaban mis estudios y se lo dije a mi padre, pero él me respondió que tenía que ir a la escuela de gobierno y prepararme para que no salgas burro como yo. Pero como yo me negaba a volver a la escuela, comenzó a quitarse el cinturón para persuadirme con eficacia, inmediatamente accedí: "Está bien, está bien, sí voy a la escuela". Cuánto le he agradecido a mi padre que él, que apenas sabía leer, haya puesto tal empeño en que sus hijos estudiaran. De no ser así, quizás no habría ingresado al Seminario y mi vida se hubiera reducido al rancho o qué sé yo dónde estaría ahora.

El otro suceso fue que un profesor de música, que se llamaba Diego García, organizó una banda musical para niños. Comenzamos un buen grupo a estudiar el solfeo con el método de "Hilarión Eslava".

Algunos de mis compañeros ya iban en el segundo o tercer método y yo no salía de la lección 15 o 16 del primero, además me desanimó que, al repartir los instrumentos de la banda para empezar a ensayar, me dieran una flauta pequeña de las que se tocan de lado, que no me simpatizó, porque yo quería algo que implicara más energía como por ejemplo un trombón o una trompeta. Total que dejé la música y me olvidé. Después he reflexionado que si hubiese tenido facilidad para la música, me habría entusiasmado en formar parte de la banda, y probablemente no hubiera aceptado la invitación al seminario, que me llegó unos meses después, ¡A veces se gana perdiendo! ¡Y Dios no me quería para músico sino para sacerdote!

Capítulo 3
Alumno del Seminario de Guadalajara
(1945 – 1952)

Lucio Sánchez, al que nombré anteriormente, fue el que me invitó y me convenció a entrar al seminario; él tenía 14 años de edad y dos de seminarista; me trajo a la ciudad de Guadalajara y me ayudó a matricularme en primer año de latín (1ro de secundaria). Al poco tiempo dejó el seminario, se casó y Dios le concedió una numerosa familia. Hacia 2007 le celebré su misa de exequias en el templo de Talpita, en esta ciudad de Guadalajara. Él fue el instrumento que escogió Dios para llamarme al sacerdocio. En paz descanse.

En una casa sencilla, al lado del templo de Santa Teresita, estábamos los alumnos de primer año de latín, cerca de cien adolescentes, de entre los 12 y 13 años de edad. Ahí peligró mi vocación. Varias veces estuve a punto de ser expulsado por mi falta de seriedad y por mi nula aplicación al estudio, pero de alguna manera me las ingenié para quedarme, o más bien, Dios, que me había elegido para sacerdote, me libró de los superiores que querían despedirme porque no veían mucha traza en mí.

En mis recuerdos de ese primer año de Seminario, está la señorita Mariquita, hermana del Mártir Santo Toribio Romo, quien lo recibió en sus brazos, moribundo, cuando el 25 de febrero de 1928 lo sacrificaron durante la madrugada, en la Barranca de Tequila, Jal. Ella era bajita, rubia, ojos entre verdes y azules, que le brillaban de emoción cuando nos platicaba de su hermano mártir, mientras nos preparaba los alimentos.

A un hombre recio, al que todos temíamos, debo el haber comenzado a tomar las cosas con responsabilidad. Era el Pbro. J. Jesús Becerra, originario de Tepatitlán, quien fue profesor, prefecto y rector del Seminario y, posteriormente, Canónigo de la Catedral de Guadalajara. Era el segundo año, comenzábamos el estudio del latín y, como al mes de iniciadas las clases, en cuanto llegó al salón me preguntó la lección. No le supe contestar, evidentemente, y me dijo: "Mira, Güero de Yahualica, tú nomás viniste a perder el tiempo; si mañana no me das la lección, te mando a tu casa. Siéntate". Pensé entre mí: "Este viejo sí me corre" y me puse a estudiar en serio, tal vez por primera vez en mi vida. Así me tuvo por 15 días; lo primero que decía al empezar la clase: "A ver Güero de Yahualica, la lección"…

Al final de cada mes organizaba competencias. Los alumnos, cerca de noventa, estábamos numerados por orden de conocimiento; yo andaba en el lugar ochenta y tantos y pedí competir con el segundo lugar y como en esta ocasión sí iba preparado, respondí a sus preguntas mejor que él a las mías, por lo tanto él pasó a mi lugar y yo al suyo. Ese día me vino un pensamiento saludable: "Si no soy tan tonto, ¿por qué no estudio?", y de ahí en adelante eso fue lo que hice. Cuando en octubre de 2007 festejé los 50 años de mi ordenación sacerdotal, conté esta anécdota y el muy venerable Sr. Canónigo de la Diócesis de San Juan de los Lagos, Don José Gpe. Becerra, que había sido mi condiscípulo, me dijo con fingida seriedad: "¡Ahora verás, yo fui al que tú echaste a la cola del salón!"

Posteriormente, en los años sesentas, el P. Jesús Becerra fue Rector del Seminario de Guadalajara y yo su colaborador como profesor y prefecto de filósofos; nos estimamos mucho y coincidíamos plenamente en los criterios de formación y tal vez, también en el carácter.

Cuando pienso en él y en lo que hizo por este servidor, valoro más a las personas con carácter pero rectos y de buen corazón, que son como las tunas: espinosas por fuera pero con buen sabor por dentro.

Así continuaron los primeros años del Seminario. Fue un peregrinar de una casa a otra: en la de Santa Teresita, en la de la calle Reforma, en la de Antonio Bravo, en San Sebastián de Analco y por último, en la casa de San Martín de Tours por la calle Belisario Domínguez. Como los Padres Superiores no tenían para alimentarnos a todos, nos distribuían en casas particulares, conventos, hospitales o mercados para que personas caritativas nos dieran de comer, que de esa forma apoyaban al seminario. Tuve la dicha de que en el curso 1946–1947 me enviara mi prefecto, el Padre Antonio Sahagún, después Obispo, a tomar los alimentos al Hospital Santa Margarita, donde conocí a la Madre Ma. Guadalupe García Zabala, hoy santa. Al año siguiente en el curso 1947–1948 me asignaron al Hospital del Sagrado Corazón, en el barrio de Analco; ahí conocí a la Madre María de Jesús Sacramentado Venegas, primera mujer mexicana canonizada. Estoy seguro que estas dos santas mexicanas, con su oración y su caridad contribuyeron mucho a mi vocación. Fueron años de pobreza material en los que los seminaristas asistíamos a clases en un lugar, comíamos en otro, dormíamos en un tercero y escuchábamos misa en los templos cercanos. Una pobreza alegre que nos formó el carácter y nos dispuso al servicio en el ministerio sacerdotal.

En 1947 el Sr. Arz. D. José Garibi Rivera comenzó a construir el edificio del Seminario Mayor en la colonia Chapalita de Guadalajara, en un terreno donado por D. José Aguilar Valencia. Se inauguró el 1ro de Noviembre de 1950, día de la definición dogmática de la *Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos* por el Papa Pío XII.

Los alumnos del Seminario Menor, desocupada la casa de Belisario Domínguez, se concentraron en ella, mientras que los teólogos y filósofos pasamos a habitar el edificio de Chapalita a medio construir, sin pisos ni ventanas; no había capilla pero sí mucha tierra qué mover y árboles por plantar. Yo la estrené como alumno de primero de filosofía.

Comencé, pues, en noviembre de 1950 los estudios de filosofía y experimenté cómo Dios me atraía y a la vez me exigía. Tenía gusto por la oración, me recogía en la capilla provisional donde ahora está la biblioteca del Seminario Mayor.

El estudio de la filosofía me agradó y se me facilitaba. Esos fueron los años que afianzaron mi vocación, yo andaba en los diecisiete de edad.

A pesar de las carencias materiales, fue una época de oro para el Seminario, por sus virtuosos y sabios formadores, varios de ellos Obispos, comenzando por el Sr. Card. José Garibi Rivera, que cuidó y dotó de sus casas al Seminario; el Sr. Card. José Salazar López, que fue Rector por quince años, ejemplar en todo, inteligente y enérgico; prefectos y profesores que después fueron Obispos: Salvador Quezada Limón, Alfonso Toris Cobián, Everardo López Alcocer, Antonio Sahagún López, J. Trinidad Sepúlveda, Rafael García González, Carlos Quintero Arce, y otros que, sin llegar a ser Obispos, fueron sacerdotes muy dignos y competentes: Ambrosio González, Rafael López, Telésforo de Alba, Salvador Rodríguez Camberos, teólogo y psicólogo, Agustín Gutiérrez, los hermanos José y Enrique Toral Moreno, el Sr. Canónigo José Ruíz Medrano, D. Narciso Aviña, D. José Pérez Alba y para mí, inolvidable, el Padre Tomasito Ramírez S. J. director espiritual de todo el seminario mayor, dechado de virtud, bondad y prudencia.

Por aquellos años de los cuarentas a los sesentas, la vida del seminario era muy intensa hacia el interior, se salía poco y no había las distracciones que hoy abundan: radio, televisión, internet..., que muchas veces distraen la mente y hacen perder el tiempo. Se estudiaba bastante y con calma, sin que nada nos perturbara; los actos de piedad eran participados por todos; había "Schola Cantorum" de calidad, se representaban obras de teatro con actores extraordinarios que dejaron fama como el P. Casimiro Hernández y el Sr. Cango. Luis Martínez; se jugaba mucho fútbol, y la selección del seminario se medía al tú por tú con las reservas de las ligas mayores. Hoy, por una interpretación no exacta del Concilio Vaticano II, se tienen abiertas las puertas de los Seminarios, se sale mucho. ¿Será mejor o será peor?

Mi grupo de compañeros en el Seminario de Guadalajara fue muy numeroso y en él había alumnos de distintas diócesis de México. Ingresamos en el año de 1945 y nos ordenamos cincuenta y tres en 1957. Se distinguía por sus muchos talentos: cantores, pintores, deportistas, poetas y verseros. Nunca hubo un escándalo o mal comportamiento colectivo, nunca una rebeldía contra los formadores. Entre nosotros no escaseaban las bromas pero prevalecía siempre el buen humor, la unión y los buenos ejemplos, todo lo cual contribuyó a nuestra perseverancia.



Estudiante en Roma



Cuando la Primera comunión a los 7 años



El día de mi Ordenación Sacerdotal, 27 de octubre de 1957



Mis Padres Esteban y Ma. Guadalupe, un Tio Lucio (de corbata) y 8 hermanos faltamos Pedro y yo por estar en el Seminario



En el techo de la Basílica de S. Pedro en Roma, con Neftalí Bello q.p.d. 1953



En la Comparza del Paseo de Santo Tomás.



Disputando una bola de Basket en el Seminario de Tapalpa.



En el Cusco, Perú 1981.



Preparando clases.



En clases de Filosofía, Tapalpa, 1968.



De derecha a izquierda: P. Antonio Olivos, P. David Campos, Sr. Card. José Salazar López, P. Juan Sandoval, P. J. Jesús Haro y Alumnos en el Seminario Mayor de Guadalajara.



El deporte una gran afición en mi vida.



Mirando Jugar a los Seminaristas.



Administrando el Sacramento del Bautismo.



Se cayó la avioneta, el 13 de Julio de 1983.



Celebrando Medio Siglo de vida, en el hospital.



Consagrado Obispo, con el Sr. Arzobispo Juan Jesús Posadas Ocampo.
Cd. Juárez 30 de abril de 1988.



Recién consagradoObispo me saluda mi madre, Cd. Juárez el 30 de abril de 1988.

Capítulo 4
Estudiante en Roma
(1952 – 1960)

Cursaba yo el segundo año de Filosofía cuando, en marzo de 1952, me llamó el Rector, Padre José Salazar, y comenzó a reprenderme por muchas cosas que no eran ciertas: que me distraía en los actos de piedad, que no estudiaba, que no me levantaba a tiempo, que no cooperaba en los trabajos de casa, etc. Yo negué todo educadamente pero con firmeza. En cierto momento pareció enfadarse y me dijo: "Ultimadamente, vaya con el Padre Espiritual y pregúntele si tiene vocación al sacerdocio". Yo pensé que quería despedirme del Seminario y no hallaba por qué, ya que no encontraba ninguna falta grave en mi conducta, al contrario, yo estaba entusiasmado con mi vocación y dedicado de lleno a las tareas formativas. Le pedí audiencia al Padre Tomasito Ramírez, Director Espiritual de todos los alumnos del Seminario Mayor. Me recibió al día siguiente y cuando le dije a qué iba, me respondió: "Es que lo quieren mandar a Roma a estudiar, mi Señor Don Juan", que así me decía siempre. Comenzó luego a darme consejos sobre los estudios, el clima de aquel país, la alimentación y de qué manera cuidar la salud, etc. De gusto y sorpresa no dormí esa noche. ¡Ir a Roma, conocer al Papa, estudiar con los mejores maestros en la Ciudad Eterna, centro de la Cristiandad!

Volví con el Padre Rector, hizo como que no se acordaba de mi asunto - ¿Qué quiere? - Me preguntó cortante. "Informarle que el Padre Tomasito dice que sí tengo vocación". –"¡Ah! pase, siéntese" - el Sr. Salazar siempre nos habló a todos de Usted.

Comenzó a explicarme que existía un proyecto de enviarme a estudiar a Roma, que si yo aceptaba y me comprometía a estudiar en serio. Inmediatamente le respondí que sí. Luego me aclaró que era apenas un proyecto, que no lo comentara con nadie y que el viaje sería en septiembre. El Sr. Salazar tenía el don de conocer a profundidad a la gente y cuando tenía alguna duda, nos "toreaba", como hizo conmigo, para cerciorarse del carácter de las personas.

A finales de septiembre partimos a estudiar a Roma un grupo de seis: dos sacerdotes jóvenes: J. Jesús Padilla y Eduardo Gorgorio+, tres estudiantes de Teología: Hermión Aranda, Juan Manuel González+ e Ignacio Gracián+, y un servidor, que entonces era estudiante de Filosofía y contaba con sólo 19 años de edad.

Sabiendo que duraría más tiempo, sin embargo a mi familia le dije que sólo serían dos o tres años para no causarles más pena. De cualquier manera mi padre estuvo enfermo en cama los días previos a mi partida; mi tía Isidra, hermana de él, me comentó: "Lo que tu padre tiene es tristeza". Al despedirme, mi madre soltó el llanto a grito abierto, yo me aguanté, pero ya en el camino se me salió una pequeña lágrima.

Un detalle muy simpático de mi padre, hombre de campo y que de joven se fue a trabajar "al norte", a Estados Unidos, me dijo: "Hijo, vamos para comprarte una buena cobija", a lo que respondí: "Allá habrá con qué defenderme del frío", pero él insistió: "Los hombres no salen sin cobija".

Me compró una cobija grande de dos vistas de pura lana, la que por ocho años me defendió muy bien del invierno de Roma. Siempre me ha pesado no haberla conservado, como un recuerdo del cariño sencillo de mi padre, pues al regresar de Roma la regalé a los pobres.

El viaje a Roma fue toda una novedad para mí y una larga odisea. Los anteriores alumnos habían viajado a Europa en barco, nosotros viajamos en avión. De Guadalajara a México en autobús, para sacar pasaportes y visas, pero, de la ciudad de México en adelante todo fue en avión tetramotor de la TWA: De México a Dallas, de ahí a Nueva York, luego a la Isla del Labrador, a Reikiavik capital de Islandia, a Londres, a Ginebra y por fin a Roma. Un viaje largo e incómodo de más de dos días con sus noches. Volando de noche sobre el Atlántico me llevé un gran susto, pues al mirar por la ventanilla me di cuenta que de las hélices salían unas llamas azules como de 80 centímetros de altas, quise gritar para llamar la atención, pero al ver que todos los pasajeros iban tranquilos y que transcurría el tiempo y no le pasaba nada al avión, me tranquilicé intuyendo que era normal.

Llegamos a Roma al Colegio Pío Latino Americano, fundado en 1858 por el ahora Beato Pío IX, para seminaristas de Latinoamérica y Filipinas que fueran a Roma a hacer estudios superiores en las Universidades Pontificias. El uniforme del Colegio Pío Latino era sotana negra con faja azul, en honor de la Santísima Virgen María, cuya Inmaculada Concepción había definido el Papa Pío IX cuatro años antes, en 1854; de ahí se extendió el uso de la banda azul para los seminaristas de América Latina. El Colegio era nuestra residencia, de donde salíamos a clases a la Pontificia Universidad Gregoriana, fundada por San Ignacio de Loyola a mediados del siglo XVI como Colegio Romano y luego elevado al rango de Universidad por el Papa Gregorio XIII, que le dio su nombre de Universidad Gregoriana. Éramos en el Colegio Pío Latino, en promedio, unos doscientos alumnos: cien mexicanos y cien de otras naciones. Los estudiantes de la Universidad Gregoriana, procedentes de unos cincuenta países, se calculaban entre tres y cuatro mil.

Todos los profesores eran Jesuitas de distintas nacionalidades, sabios y virtuosos, consultores del Papa y quienes le preparaban los documentos pontificios.

También en el Colegio la media docena de nuestros formadores eran Jesuitas de distintas partes de América Latina. Siempre he sentido gratitud por la formación que durante ocho años recibí de los hijos de San Ignacio de Loyola: los Padres Luis Mendoza Guisar, Pablo López de Lara, Pablo Muñoz Vega, que fue después Cardenal y Arzobispo de Quito, Ecuador, Salomón Rahaim, Ignacio Gómez Robledo y otros. Guardo especial recuerdo del Padre Hugo Achával S.J., que fue mi director espiritual durante los ocho años y quien me conoció a fondo, me dio los mejores consejos y completó lo que había comenzado en el Seminario de Guadalajara el Padre Tomás Ramírez, también Jesuita.

Asistíamos a clases por la mañana a la Gregoriana, y por la tarde en el Colegio nuestras actividades eran deporte, estudio y oración. También tuve la oportunidad de aprender idiomas: el latín se estudiaba bastante bien en Guadalajara, por eso no me costó trabajo seguir las clases en la Gregoriana, todas en latín. El italiano lo aprendí en la calle y sobre todo, leyendo revistas y periódicos, y al muy divertido Giovanni Guareschi en sus libros sobre Don Camilo y Pepone. Del gobierno alemán a través del Rector del Colegio, el Padre Pablo Muñoz Vega, recibí una beca para estudiar en Alemania este idioma.

Conocí a dos Sumos Pontífices, a Pío XII y a Juan XXIII. De Pío XII llevo un recuerdo imborrable: su mirada profunda clavada en mí y una bendición muy particular. En Castelgandolfo, el 3 de octubre de 1958, en audiencia, el Papa comenzó a dar su mensaje pero lo interrumpió a causa de la tos.

Los secretarios lo acompañaron para que se retirara y explicaron a la gente que el Papa estaba indispuesto, leyeron su mensaje en varias lenguas y nos despidieron. Al salir del patio del Palacio a la calle, me paré debajo de una ventana del primer piso y a través del vidrio se asomó el Papa, me miró fijamente, dibujó una leve sonrisa y me bendijo; por la sotana y la banda azul él sabía que yo era clérigo. Fue la última vez que lo vi, porque cinco días después, el 8 de octubre murió ahí mismo en Castelgandolfo.

El 26 de octubre fue elegido Juan XXIII, el "Papa Bueno", que rompió esquemas y tradiciones. El más claro ejemplo fue convocar inesperadamente a toda la Iglesia a un Concilio Ecuménico. Y para México, nombrar su primer Cardenal en un país que no tenía relaciones diplomáticas con el Vaticano, y éste fue nada menos que el Arzobispo de Guadalajara, Don José Garibi Rivera. Participé en los festejos que le ofrecieron en Roma y que precedieron al gran recibimiento que le harían en México a su regreso. Gocé mucho porque fui su secretario particular y lo acompañé en los actos protocolarios.

Mi ordenación sacerdotal tuvo lugar en la Capilla del Colegio Pío Latino, el 27 de octubre de 1957 por ministerio de Monseñor Antonio Samoré, nombrado después Cardenal. Fuimos dieciocho nuevos sacerdotes de distintos países latinoamericanos. Mi primera misa la celebré al día siguiente, 28 de octubre, en el altar de la Cátedra que está al fondo de la Basílica de San Pedro bajo la Gloria del Bernini, acompañado del Padre Hugo Achával y la docena de estudiantes de Guadalajara: Ramón Godínez, J. Gpe. Martín Rábago, Rafael Martínez, etc., contemporáneos míos en Roma. El desayuno consistió en un café con un "cornetto", muy al estilo italiano. De mi familia no fue nadie, la economía del rancho no daba para un viaje a Roma.

También en Roma nos hacíamos bromas. Corre de boca en boca de los que fuimos contemporáneos, la que a mí me hicieron. Compré unos botines ingleses que hacían mucho ruido por los pasillos del Colegio y como algunos dormían más de la cuenta, se molestaban que a las 5:30 de la mañana o durante el día pasara pisando fuerte con mis botas interrumpiendo su sueño. Se confabularon y un buen día que no me los puse, al volver de clases ya no las encontré.

Pregunté, reclamé, amenacé, pero las respuestas eran sólo risas maliciosas, nunca volví a saber de ellos. Después de muchos años vine a saber que fueron arrojados al río Tíber y que los protagonistas fueron nada menos que Rosendo Huesca, hoy Arzobispo Emérito de Puebla y nuestro querido Obispo Auxiliar Rafael Martínez Sainz.

Otra cosa que se acostumbraba eran las novatadas, todas en la línea eclesiástica más ortodoxa, como por ejemplo, llevar a los recién llegados a una sala preparada de antemano a saludar de rodillas, con triple genuflexión y besando el anillo de un alumno mayor gordo y calvo, al que disfrazábamos de Patriarca de no sé qué Iglesia Oriental, y al que, al día siguiente veían vestido de seminarista y revuelto entre los alumnos, pero la broma ya se había hecho. No digo nombres para no indisponer a algunos altos dignatarios de nuestra Iglesia diocesana que fueron víctimas de estas inocentes bromas.

El 17 de diciembre de 1960 fue la defensa pública de mi tesis sobre "Teología de la Predicación en el Beato Juan de Ávila", que ahora es santo y doctor de la Iglesia. Días antes le escribí al Cardenal Garibi Rivera diciéndole que, a partir de esa fecha, arreglaría mi viaje y estaría en Guadalajara a principios de enero de 1961, con ganas de ir a una parroquia, al trabajo pastoral.

A vuelta de correo me contestó muy a su estilo personal: Procopio, aquí te esperamos, pero no vas a ir a donde tú quieras, sino a donde te mandemos. (El Señor Garibi llamaba Procopios a todos los sacerdotes y seminaristas para ahorrarse el trabajo de aprenderse los nombres).

Detrás de la carta del Cardenal llegó la del Rector del Seminario, el Padre José Salazar en la que me comunicaba que ya tenía nombramiento como formador en el Seminario.

El regreso fue muy agradable y cómodo: viajé en avión jet de Roma a Alemania, donde pasé la Navidad; de ahí a Londres para celebrar el año nuevo; luego a New York, que en cuestión de seis horas ya estaba visitándolo; ahí duré tres días y, por último, llegué a México el 5 de enero de 1961.

Después de ocho años de ausencia, encontré todo cambiado: mis hermanos, ya hombres; mis hermanas, que había dejado niñas, ya señoritas y mis padres asomándose ya a la ancianidad. México -así me pareció- estaba dejando atrás su aspecto rural y entrando en la industrialización y en la predominancia de la vida citadina sobre el campo. Dejé Europa en invierno, oscura, fría y lluviosa y aún recuerdo cómo me agradaba el fresco de nuestro invierno y la luminosidad de nuestro cielo tropical.

Capítulo 5
La Vocación de José

La vocación misionera de mi hermano José, tres años menor que yo, me la contó él mismo en una carta que recibí hacia mediados de 1953 estando yo en Italia, en ella me comunicaba que había sido admitido con los misioneros de Guadalupe y me platicaba un poco cómo nació su vocación.

Cuando llegaba el período de vacaciones, los padres formadores del Seminario de Guadalajara nos daban propaganda y una alcancía de barro con un negrito arriba, para que pidiéramos una ayuda para las misiones; lo que se colectaba se enviaba a algún misionero de África o de la India que el Seminario apadrinaba. A mí me daba mucha vergüenza ir por las casas o las tiendas a colectar y dejaba las hojas y la alcancía en la mesa de la sala. Pero llegaba mi hermano José, que nunca ha tenido pena de nada, tomaba la propaganda y la alcancía y salía a pedir en mi lugar; me juntaba entre diez y quince pesos, que yo entregaba al Seminario.

De paso quiero dejar aquí consignado un consejo que me dio mi padre. Él me decía: "hijo, ahí está tu mono (la alcancía) y tus hojas, no has salido a pedir". Yo le contestaba que me daba vergüenza y que a veces hasta lo maltrataban a uno. A lo que me respondía con humor: "¿Por qué te da vergüenza si no estás pidiendo para ti? Mira: "¡Las limosnas se las recoges y las maltratadas se las devuelves!" Desde entonces, he tenido por norma no pedir para mí, pero pedir sin complejos y sin pena para las obras de caridad y de la Iglesia.

Retomando la carta de José, lo que me compartió fue que desde que salía a pedir para las misiones, escuchaba en su interior una voz que le decía: "tú tienes que ser misionero", pero él se resistía. Hacia sus quince años de edad se fue de la casa a la frontera con los muchos parientes que allá teníamos; trabajó en lo que pudo y luego puso un pequeño negocio de fotografía en Tijuana. Sin embargo la voz allá dentro no lo dejaba en paz. Por fin se decidió, regaló los pocos bienes que tenía e ingresó con los Misioneros de Guadalupe. Cursó los estudios de Humanidades en Guadalajara, en la Hacienda del Cuatro, posteriormente la Filosofía en México y luego fue enviado a estudiar la Teología en Bamberg, Alemania.

Fue ordenado sacerdote por el Cardenal D. José Garibi Rivera en 1967, en Yahualica, Jal., e inmediatamente lo enviaron a la misión de Corea, a quebrarse la cabeza con el idioma. Ha sido un buen misionero. Es el orgullo de la familia. Cumplidos los 75 años de edad, el P. José pidió permiso de regresar a México y, precisamente, a Yahualica, donde vive feliz rodeado de parientes y amigos, a cargo del templo de San Antonio en el barrio donde nacimos y crecimos.

Cuando leí esa carta de mi hermano estando yo en Roma, sentí un gran gusto y bendije a Dios que tenía a bien regalar a mi familia una vocación misionera. Quise narrarla porque en ella se manifiesta la manera cómo Dios trabaja en cada uno de sus hijos y de lo que se vale para llevar adelante sus designios.

Capítulo 6
Formador En El Seminario De Guadalajara
(1961 – 1988)

Como ya dije, regresé a Guadalajara a principios de enero de 1961, después de haber permanecido ocho años en Roma, como estudiante. Dos semanas estuve con mi familia y el 23 de enero me presenté en la casa de San Martín, por las calles Industria y Belisario Domínguez, para iniciar mi tarea de formador como padre espiritual de los adolescentes de primero y segundo año de Latín, (equivalente a secundaria) y profesor de gramática, aritmética, religión, etc.

Venía con títulos académicos pero sin ningún libro, porque las dos cajas grandes de libros que envié desde Roma a Guadalajara, por barco, nunca llegaron; con los libros desaparecieron también apuntes personales, fotografías y recuerdos. Como formador de los adolescentes ese año fue para mí el más feliz y el más fácil de todos.

Pero hacia finales del curso escolar, hubo nombramientos para dos importantes figuras del Seminario: el P. José Salazar, que de ser el Rector, fue preconizado Obispo Auxiliar de Zamora y el P. Carlos Quintero Arce, nombrado primer Obispo de la nueva Diócesis de Ciudad Valles. Por lo tanto, tuvo que haber reacomodo en el cuerpo de formadores: el P. J. Jesús Becerra, el que me metió al orden y me puso a estudiar, fue ascendido a Rector del Seminario y el P. Antonio González quedó de Prefecto de Estudios, mientras que yo pasé a ocupar su lugar como Prefecto de los latinos medianos.

Llegué a un Seminario con medio siglo de progreso y crecimiento en todo sentido. El impulso se lo dio el gran Arzobispo D. Francisco Orozco y Jiménez, que al llegar en 1913 envió una docena de seminaristas a Roma a estudiar en la Universidad Gregoriana, donde él mismo había sido un alumno brillante. De ese primer grupo resultaron para el Seminario maestros ilustres y venerables Obispos como Ignacio de Alba, Obispo de Colima, y el mismo Cardenal José Garibi Rivera.

Cuando en 1914 confiscaron el Seminario y lo convirtieron en sede de la XV Zona Militar, el Sr. Orozco buscó dónde albergar a los alumnos y al mismo tiempo siguió enviando estudiantes a Roma, para que no faltaran buenos catedráticos en el Seminario y los colaboradores competentes en las tareas más demandantes de la pastoral diocesana.

Pero le aguardaban al Seminario de Guadalajara, como a todos los seminarios de México, pruebas mayores. Ya antes de la persecución sangrienta de los años 1926–1929 hubo aquí despojos y maltratos de seminaristas. Anduvo el Seminario de un lado para otro, a salto de mata, en pequeños grupos, en casas de familias generosas y después en el campo y luego en las barrancas, donde varios de sus alumnos recibieron la ordenación sacerdotal, que para algunos de ellos fue también unción para su martirio.

La gloria más grande del Seminario de Guadalajara son sus mártires, dieciséis santos y algunos beatos. Cuando ya no le fue posible mantener el Seminario en la clandestinidad, decidió el Sr. Orozco disolverlo temporalmente y enviar un buen número de alumnos a continuar sus estudios en España y en Roma, a costa de su propio peculio, porque era de familia acomodada y él, muy generoso.

Pasada la borrasca, se volvió a abrir el Seminario. Para albergar a los teólogos y filósofos se consiguió la casona de un viejo hospital psiquiátrico perteneciente a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, por la calle Belisario Domínguez, junto al templo de San Martín de Tours; mientras que los latinos, como ya se mencionó, anduvieron peregrinando en pequeñas casas por varios rumbos de la Ciudad.

Cuando en 1950 se estrenó el edificio en la colonia Chapalita para los seminaristas mayores, los latinos se concentraron en la casa de San Martín, con el fin de comenzar una nueva época, sin tantas carencias materiales y con menos limitaciones de las que pasaron los sacerdotes que se formaron en tiempos de la persecución y en las dos décadas siguientes.

En 1936 sucedió al Sr. Orozco, como Arzobispo de Guadalajara, el que habría de ser el primer Cardenal mexicano, D. José Garibi Rivera, que siguió la tradición de su antecesor de cuidar el Seminario y darle los mejores formadores de entre el clero de Guadalajara. Hombre de acción y visionario, consiguió los terrenos y a él se le debe la construcción de las casas del Seminario, la del Mayor en la colonia Chapalita, la del Menor en la Avenida Lázaro Cárdenas, junto a los Cubos, y la de Tapalpa, Jal., a orillas del pueblo; al mismo tiempo que siguió con la tradición de enviar seminaristas a estudiar a Roma. Uno de ellos fui yo, cosa que siempre se lo he agradecido profundamente.

Un Rector que dejó huella en el Seminario fue el P. José Salazar López, después Arzobispo de Guadalajara y Cardenal; profundamente piadoso, inteligente, dedicado y en todo ejemplar, con un don especial de perspicacia para conocer a las personas y descubrir sus talentos. Gobernó el Seminario, poniendo orden y disciplina, desde 1946 hasta 1961, año en que fue nombrado Obispo Auxiliar de Zamora.

En 1970 regresó a Guadalajara como Arzobispo y se puede decir que su preocupación mayor y su casa fueron el Seminario, al que visitaba con mucha frecuencia y del que estaba al pendiente de todo.

Volviendo a mi itinerario de formador en el Seminario, después de pocos meses de ser Prefecto de Latinos, pasé en octubre de 1961, a ayudante del Prefecto de filósofos, el P. Everardo López Alcocer, que más adelante fue nombrado Obispo de Autlán y que, al poco tiempo falleció en un lamentable accidente automovilístico. Fue la razón por la cual yo pasé luego a ser Prefecto General de Filosofía, al mismo tiempo que impartía algunas clases de Filosofía y Teología.

Además, fui nombrado capellán de la casa general de las hermanas Siervas de Jesús Sacramentado, por nueve años, a las que celebraba misa a las seis de la mañana, regresaba a dar la bendición con el Santísimo a las tres de la tarde y con frecuencia confesaba dos o tres docenas de religiosas, al terminar la misa de la mañana. También a invitación de la inolvidable madre Lucila les daba un breve clase de religión, después de la bendición, a novicias y junioras.

Según mi experiencia personal, ya sea como seminarista o como formador, el período de los estudios filosóficos es la etapa decisiva en la que el seminarista, ya joven, se enfrenta seriamente con su vocación, o sea, con su destino temporal y tal vez eterno. Si no lo hace y deja para más tarde la decisión, permaneciendo en el seminario, será difícil que después se decida de verdad a entregarse a Dios y ser un buen sacerdote. Se ordenará tal vez urgido por la cercanía de las órdenes sagradas y porque los años se le han pasado.

A este respecto, la Iglesia pide en los documentos emanados del Vaticano II que en el Seminario Menor se cultiven los "gérmenes de vocación", que en la etapa de Filosofía, precedida de un año de cristianización, llamado Curso Introductorio, se logre la decisión vocacional del alumno, para que, en la etapa final de Teología éste se esfuerce en configurarse con Cristo Sacerdote y Pastor.

En octubre de 1966, el Padre Rector D. J. Jesús Becerra me envió a Tapalpa con el grupo de primero de Filosofía, en parte también para cuidar la casa, una casa muy agradable situada al pie de la sierra, ataviada con aromáticos pinos. Cuatro años estuve ahí como prefecto y profesor de Filosofía. Estuvieron sucesivamente conmigo, como directores espirituales y académicos, los P.P. Arturo Martín del Campo, Salvador Ramírez y Miguel Rodríguez.

Sin tener otras tareas encomendadas, sino únicamente atender a ese grupo de seminaristas, experimenté como formador un tiempo enriquecedor, fue cuando mejor pude conocer y ayudar a los alumnos. Ellos también tuvieron la oportunidad de conocerme de cerca, dando origen a una estima mutua que perdura a través de los años en sacerdotes y exseminaristas que fueron mis alumnos en Tapalpa.

Con los estudios se alternaban las caminatas por la sierra, el deporte y los viajes al volcán de Colima, sobre todo cuando tenía nieve. Abundaban las bromas, algunas eran ley no escrita, como la de aventar a la alberca de agua fría al que celebraba su cumpleaños u onomástico, sin que yo me les escapara, aunque fuera el Padre Prefecto.

Hablando de Tapalpa no se puede olvidar la figura simpática del Sr. Cura Cipriano González, bienhechor generoso y permanente del Seminario, que estaba al pendiente de que nada nos faltara y estimulaba el cariño y la generosidad de la población en bien del Seminario. No se puede olvidar tampoco a la Srita. María Luisa De la Torre que mientras pudo organizó a las mujeres del pueblo para que lavaran la ropa de los seminaristas, ropa que llegaba cada semana olorosa y bien planchada, casi siempre acompañada de algún antojo para el seminarista que, en esa edad, nunca padeció inapetencia: pan, fruta, dulces, etc.

Las Religiosas Carmelitas del Sagrado Corazón se hacían cargo de la cocina; la Superiora de esa pequeña comunidad era la madre Lupe Estrada, originaria de Atotonilco, el Alto, toda una dama, alta, guapa, ojos azules y un corazón de madre que hacía sentir en su trato a cada seminarista, así fuera para alabarlo, reprenderlo o decirle a alguno abiertamente: "Tú no tienes vocación". ¡Cómo se recuerda y se agradece la oración, el ejemplo y el amoroso servicio de estas almas consagradas!

En septiembre de 1971, el Sr. Salazar, que desde el año anterior era el Arzobispo de Guadalajara, me nombró Vice Rector con cargo de Rector, reservándose él el título de Rector, ¡por si las dudas…! El total de alumnos en el Mayor, filósofos y teólogos juntos, era de trescientos, la mitad de ellos extra diocesanos, de Culiacán, Tepic, Cd. Obregón, Saltillo y luego de San Juan de los Lagos y Cd. Guzmán. En el Seminario Menor serían también unos trescientos, casi todos pertenecientes a la diócesis de Guadalajara.

La consigna que me dio el Sr. Salazar fue de poner orden, porque los vientos de las reformas del Concilio Vaticano II mal interpretado, llegaban al Seminario de Guadalajara como

a todos los Seminarios de la Iglesia: libertad y autoformación, diálogo en lugar de obediencia, contacto con la realidad, etc. Son cosas buenas llevadas con equilibrio, pero si no se interpretan bien y no se ponen en práctica debidamente, pueden llevar a extremos y provocar la indisciplina. Fue una tarea nada fácil, sino muy ardua, poner orden en un seminario con seiscientos alumnos, mas con la ayuda de Dios poco a poco regresaron el orden y la disciplina.

¿Cuál fue el resultado? El resultado fue que el número de alumnos no disminuyó, por el contrario, aumentó cada vez más y el Seminario se prestigió. Se cuentan muchas anécdotas, unas ciertas y otras noveladas sobre las medidas que adopté para poner orden en el Seminario y corren de boca en boca de los que fueron seminaristas en ese tiempo: que los levantaba de la cama, que les tumbé la puerta, que los mandé a su casa o con su párroco, etc. A propósito de las levantadas, había en la comunidad jolgorio y bromas: parodiaban con su tonada propia aquel canto de ofertorio que dice: "Vino y pan en oblación…" por este otro: "Vino Juan, nos levantó…" Cuando en 1988 entregué el Seminario para ir a Ciudad Juárez como Obispo Coadjutor, había casi quinientos alumnos en el Mayor y cerca de setecientos en el Menor, y todos diocesanos de Guadalajara. A mi Seminario de Guadalajara le brindé poco más de veintisiete años de mi sacerdocio joven, siempre con amor y entrega, de los cuales, diez en cargos menores de prefecto y profesor y diecisiete como Rector.

Una de las cosas que se venían padeciendo en el Seminario era la mala calidad de la alimentación, causa de enfermedades, sobre todo, del estómago. Yo mismo padecí de úlcera gástrica durante catorce años, que me comenzó en Roma, a causa del desayuno italiano tan escaso, sumado a la presión de los estudios.

De paso quiero dejar aquí la receta que me curó definitivamente de la úlcera gástrica: En noviembre de 1971, cuando comenzaba como Rector del Seminario a enfrentar los graves problemas de indisciplina, se agravó la úlcera y pensé que me moría y en ratos tenía ganas de morir por las tan fuertes molestias. Pero en Ajijic me encontré al padre J. Jesús Gómez que había estado prestado misionando por allá en el Edo. de Guerrero, que me dijo: "Hay una receta muy buena pero muy dura, tú verás si te animas". La receta: dos o tres chiles de árbol despedazados y puestos a remojar por la noche en un vaso de agua; por la mañana de cuelan semillas y pellejos y se bebe solamente el agua, que produce un ardor muy fuerte al ir bajando al estómago, pero a la media hora se siente la mejoría. La tomé dos tres veces y desde entonces no ha vuelto la úlcera. ¿La explicación? Que la den los médicos, pero yo pienso que el elicobácter pílori no es afecto al chile de árbol. A varias personas les he pasado la receta y se han aliviado.

Me recetaba con el Dr. Luis González Aréchiga, que falleció en 2015. En una de las ocasiones que fui a recetarme le agradecí lo que hacía por los seminaristas filósofos de los que yo era el Prefecto, pues los recetaba y no les cobraba. Él me contestó con su humor fino que nunca le faltó: "Pater, Pater, ya no me los mande, mejor deles de comer". Por eso cuando llegué a ser Rector del Seminario una de mis preocupaciones fue mejorar la alimentación.

Como yo venía del campo, se me ocurrió comprar un rancho para siembra y ganado. Con la ayuda de muchos sacerdotes del Presbiterio, recuerdo especialmente la generosidad del Sr. Cura D. Ignacio De Loera, y la ayuda tanto económica como de buenos consejeros que consiguió Mons. Salvador Tello q.p.d., se compraron setenta hectáreas de tierra buena para siembra entre Santa Lucía y Nextipac. Mientras

yo pedía la ayuda de los sacerdotes, el Padre Felipe Campos, un intelectual y extraordinario profesor, revelaba sus dotes de negociador, porque consiguió los terrenos a muy buen precio, antes de la devaluación del final del período del Presidente Luis Echeverría, años 1973-1975. Hago constar que no se pidió un solo centavo a la caja del Arzobispado. Se hizo un pozo profundo mediante contrato con el Ingeniero René Segura Magallanes, se puso un establo con ochenta vacas de ordeña, cría y cebadero de puercos y la siembra de maíz.

Había trabajadores de planta, pero además los grupos de seminaristas iban una o dos veces al año por turno, más que por necesidad, por razones de formación, para que comprendieran al trabajador que suda y se cansa por un salario casi siempre insuficiente.

Por cuarenta años la granja del Seminario proveyó de carne, leche y maíz a los alumnos de las casas del Seminario que se encuentran en Guadalajara. Con mi sucesor desaparecieron pronto el establo y la engorda de marranos; ojalá no se vaya a vender el terreno, patrimonio del Seminario de Guadalajara que tanto apreciaba el Sr. Cardenal Salazar.

Las Nuevas Diócesis.

A mediados de 1961 se creó la Nueva Diócesis de Autlán, desmembrándola del territorio de Colima y principalmente del de Guadalajara. Su primer Obispo fue el Sr. Miguel González Ibarra, hombre emprendedor que edificó la Catedral y el Seminario, entre otras cosas. La nueva Diócesis abarcó la Costa de Jalisco y algunas parroquias del Altiplano como Autlán, que fue la sede, el Grullo, Tecolotlán y Unión de Tula, parroquias todas que daban buenas vocaciones al Seminario de Guadalajara.

En mayo de 1972 se crearon las diócesis de San Juan de los Lagos y Zapotlán el Grande, de cuyos territorios también venían muchas y buenas vocaciones para Guadalajara. Por disposición de la Santa Sede hubo que hacer reparto de seminaristas y de las casas que se tenían destinadas para ir de vacaciones comunitarias, que eran también propiedad del Seminario. El designado para tal tarea fui yo, por ser entonces Rector del Seminario.

Había muchos alumnos en los seminarios, tanto en el mayor como en el menor, originarios de las nuevas diócesis. Los que ya tenían órdenes sagradas quedaban incardinados a Guadalajara, los que no, podían elegir, ya sea quedarse aquí o cambiarse a su diócesis de origen; la mayoría escogió pasarse a su nueva diócesis.

Gran parte de las casas que se tenían para vacaciones de verano de los seminaristas se ubicaban en la sierra, en territorio de la diócesis de Zapotlán el Grande, las cuales, se distribuyeron de la siguiente manera: para Guadalajara quedó la casa de Tapalpa y dos casas viejas, una en Atemajac de Brizuela y otra en Unión de Guadalupe, ambas necesarias para las vacaciones de comunidad. A Zapotlán correspondió la casa de Concepción de Buenos Aires, nueva, amplia y muy cercana a la sede de la nueva diócesis.

De ahí en adelante el alumnado del Seminario de Guadalajara fue distinto. Hasta los años sesentas, un 70% o más, venían de pueblos y ambientes rurales, muchachos sencillos poco informados, de ambiente familiar sano y acostumbrados al trabajo duro del campo.

Con la creación de las nuevas diócesis hubo necesidad de promover más las vocaciones en la zona metropolitana de Guadalajara, de suerte que la proporción se invirtió: la gran

mayoría comenzó a provenir de la zona metropolitana, de ambientes y familias a veces disfuncionales y por lo general, sin la experiencia del trabajo, tan necesario para el que ha de servir y no servirse.

Quedaron para Guadalajara algunas parroquias grandes, cercanas, como Zapotlanejo, Ocotlán, La Barca y las de los tres Valles del poniente: Tala, Ameca, Tequila, Magdalena, Ahualulco, Etzatlán… Pero siguieron perteneciendo parroquias lejanas y pobres, que tradicionalmente han servido para templar el carácter de los sacerdotes jóvenes, porque obligan a la austeridad de vida y a recorrer distancias, antes a caballo y ahora en moto o jeep, en busca de las pequeñas comunidades. En esta categoría están el Cañón de Juchipila, el de Bolaños, la Yesca, Huajimic, Puente de Comatlán… Se ha hablado a veces de dividir la diócesis de Guadalajara, pero la única división que le quitaría un número notable de habitantes sería la de partir en dos la zona metropolitana, lo cual por muchas razones de carácter histórico y pastoral no parece fácil ni conveniente.

Bromas en el Seminario.

Entre los que fueron mis alumnos en los veintisiete años que duré como formador, se cuentan muchas anécdotas -unas ciertas, otras inventadas o noveladas- de las bromas que a mí me jugaron, que en aquel entonces me hicieron reír, y de las que aún me sigo riendo. Vayan aquí algunos botones de muestra.

El burro bronco.

Allá en 1961 fuimos de paseo mensual a San Juan Cosalá, junto a la Laguna de Chapala, con los latinos. En el campo de fútbol andaba un burro suelto, los muchachos me retaron a que lo montara, les dije: "Agárrenlo y yo lo monto".

Lo agarraron entre todos con mucha dificultad y yo eché el brinco al lomo del animal, en pelo y sin rienda; el animal comenzó a reparar y en un descuido bajó la cabeza hasta la tierra y yo fui a dar al suelo por encima de la cabeza del burro, que comenzó a aventarme patadas. Me paré rápidamente y con mis zapatos bostonianos de la fábrica "Canadá" le di unos puntapiés en la panza y el burro se alejó corriendo.

Hasta aquí la historia verdadera. Después comenzó el mito: que maté al burro a patadas, que lo arrastré de la cola por todo el campo como Aquiles lo hizo con Héctor frente a las murallas de Troya, etc. Esa es la versión que corre hoy entre aquellos que entonces cursaban los primeros años del Seminario.

Melenas en el seminario.

Cuando era Prefecto de filósofos en Tapalpa, había una docena de seminaristas greñudos, hasta con melena. Les llamé seriamente la atención y se pasaron de obedientes, porque un buen día ¡todos amanecieron pelones a rapa!

Botas, tenis y huaraches.

Como formador, quería que los futuros sacerdotes aprendieran a vestir con propiedad desde el Seminario. Les prohibía las melenas y, en cuestión de calzado, no les permitía usar botas, tenis y huaraches dentro de casa; únicamente los debían usar para el deporte, las caminatas y en los paseos.

Del mismo modo, en la época que estuvo de moda la terlenka, tampoco les permitía usar colores chillantes o propios de mujeres. En avisos generales les dije que usaran en casa zapatos negros de vestir.

De ahí en adelante al que encontraba con botas, tenis o huaraches, ahí mismo se los recogía y los mandaba a los trabajadores de la granja del Seminario, que casi siempre andaban estrenando.

El Obispo de Culiacán Mons. Luis Rojas Mena tenía sus seminaristas teólogos estudiando en nuestro Seminario y, de cuando en cuando, iba a visitarlos, los reunía en el recibidor y me mandaba llamar para saludarme y preguntar por la conducta de sus muchachos. En cierta ocasión, unos días antes de su visita, le había yo recogido a uno de sus seminaristas unas botas vaqueras, finas, color miel, de piel de avestruz o de cocodrilo, se lo comenté al Sr. Obispo para saber si estaba de acuerdo o no, y me contestó: "Lo felicito, Padre Juan, yo batallo mucho con mis sacerdotes para que vistan decentemente. Estoy de acuerdo con Usted".

La lucha se hizo por enseñar a los futuros sacerdotes a vestir convenientemente, en unos surtió efecto y en otros no. Hay sacerdotes, algunos ya entrados en años, que siguen vistiendo como albañiles. Alguno de éstos dejó el sacerdocio y comenzó a vestir traje y corbata y hasta se cortó la melena. Un buen día me lo encontré por casualidad y le pregunté el porqué de aquel cambio. Me respondió que andaba consiguiendo plaza de maestro en la Universidad. ¡Pensé para mis adentros que el sacerdocio le merecía menos que el ser maestro!

También en esto del vestir hubo alguna exageración y una ocurrencia que hizo reír mucho: el entonces seminarista y hoy venerable Párroco, Isauro Bañuelos junto con su equipo fueron a surtirse a la "fosa" donde se juntaba la ropa para los pobres y aparecieron en la granja del Seminario un día que les tocó ir a trabajar, todos con saco y corbata, cortando hoja, que porque el Padre Rector, o sea, este servidor, les había dicho que vistieran decentemente.

De paso quiero comentar que mucha gente llevaba ropa vieja para los seminaristas, pero yo nunca permití que la usaran, sino que se guardara para los pobres. A las personas que llevaban ropa usada les decía que los seminaristas no eran pordioseros, sino candidatos al Sacerdocio, que debían ser tratados con dignidad, así es que para vestirlos a ellos "nuevo y aunque sea de manta."

El enigma de las botellas.

Siempre encontraba botellas de refresco vacías por los pasillos del teologado, por más que les insistía en avisos generales que no las dejaran por ahí porque daban mal aspecto. Llamé al encargado de la tiendita del teologado, le pregunté por las botellas y respondió que no eran suyas, que las cajas estaban completas.

Al pasar los años, en una de mis visitas al Seminario, siendo ya Obispo de Cd. Juárez, y por lo tanto cuando ya no tenían nada que temer de mí, los alumnos me revelaron el enigma: tenían la consigna de traer cuanta botella encontraran en su casa o en las tambos de basura al regresar los domingos de ir a comer con sus familias, por lo que siempre tenían en sus celdas botellas para ponerlas en los corredores.

Como a eso de las seis de la tarde, cuando yo salía de mi oficina para estirar un poco las piernas y ver qué andaban haciendo los seminaristas a la hora de estudio, ponían a un encargado de vigilar mi salida para rápidamente colocar media docena de botellas por los pasillos y divertirse mirando por la rendija de las puertas, mientras yo iba quebrándolas contra el piso. Esto lo supe a "toro pasado", me reí de las ocurrencias de los que ahora son respetables párrocos y tal vez alguno, Monseñor.

El tequila para la gripa.

Sería por 1978, una tarde de noviembre, cuando llegó a mi oficina el alumno de Teología José Gálvez Amezcua, ahora párroco muy activo y devoto de los Santos Mártires Mexicanos. Venía envuelto en un abrigo negro de lana, la cara casi tapada con una bufanda y gorra vasca, tosiendo y sonándose la nariz; me dijo que se sentía muy mal de gripa.

Le aconsejé que fuera al médico. respondió que ya era tarde, que si yo no tenía algún remedio, contesté que no y él insistió: " Dicen que el tequila es bueno para la gripa, ¿no tiene Usted que me dé un poco?" "Sí, por ahí está una botella en el clóset, llévatela y te tomas un poco con una canela caliente, te acuestas, te arropas y vas a amanecer bien". Diez años después, cuando estaba yo en Cd. Juárez y el gran pillo de José Gálvez ya era sacerdote, vine a saber la verdad. José había hecho una apuesta con sus compañeros, a que el Rector le invitaba una copa –cosa impensable, porque el vino estaba prohibido en el Seminario y nunca un formador haría eso, de invitar a un alumno a tomar licor- Cuando salió de mi cuarto, se quitó el abrigo, la bufanda y la gorra y les presumió a sus compañeros la botella. ¡Es claro que ganó la apuesta!

La pesca de chacales.

Esta fue la broma más pesada. Allá por los años ochentas, pasaba yo vacaciones de Navidad en Manzanillo, en compañía de Luis Jiménez, Presidente del Club Serra de Guadalajara. Una tarde llegó en su camioneta el Padre J. Jesús Chávez Valadez para invitarme a su parroquia y a comer chacales, así les llaman a los langostinos de agua dulce, que abundan en los ríos de las costas de Jalisco. Al día siguiente, ¡tal vez 28 de diciembre!, como a las siete de la mañana, llegó por mí, nos fuimos directamente a su Parroquia la "Conchita" a celebrar la Santa Misa, solemnizada por un buen coro que él formó.

Terminada la celebración nos dirigimos rumbo a la sierra y le pregunté: "Bueno, ¿y el desayuno?" "Vamos a desayunar chacales de los que va a sacar pronto", me contestó. Llegamos a un charco hondo que formaba un río que baja de la sierra y me dijo: "póngase su traje de baño y empiece a sacar chacales, aquí hay muchos, pero tenga cuidado que no lo muerdan con las tenazas".

Él no se quiso meter, que porque traía un poco de gripa y se fue. Serían como las once de la mañana, el charco sombreado por los árboles y el agua fría que bajaba de la sierra. Después de más de dos horas de estar metido sin haber pescado nada, me sentía muy entumido y malhumorado y con el estómago vacío desde la noche anterior. En una de las vueltas que dio para ver cómo iba la pesca le dije: "Mira Flaco, -desde el Seminario le decíamos el Flaco Chávez – para otro día invitas a tu santa madre a pescar chacales, a mí llévame al pueblo, a ver qué cómo y ahí me dejas". Él quería apaciguarme diciendo; "No se enoje, Padre Juan, no se enoje, súbase a la camioneta". En lugar de ir hacia el pueblo enfiló en rumbo contario y ahí, a unos trescientos metros, estaba la gente del pueblo con varias ollas de chacales, arroz, fruta… Hasta entonces caí en la cuenta de la pesada broma que me había jugado. No sólo me reí de la broma, sino de mí mismo por haber olvidado quién era el "Flaco Chávez" desde el Seminario. Ahora es venerable párroco en Guadalajara, y en desagravio de lo que hizo, me ofrece traer chacales ya cocinados a mi casa a la hora que yo se los pida.

Capítulo 7
Ejercicio Físico y Deporte

Quise incluir este apartado referente al ejercicio físico y deporte, ya que lo considero y ha sido durante toda mi vida de gran importancia en todos los aspectos, y así como una vez a mí me animaron a practicarlo, ojalá así sirva también de motivación a los lectores que quieran seguir este saludable consejo.

Cuando era niño y estaba en casa, el trabajo del campo y el cuidado de los animales era más que suficiente ejercicio; recuerdo que sudaba mucho al rayo del sol y me cansaba. Durante los primeros años de Seminario -ya lo dije en otro apartado- se caminaba bastante, porque vivíamos en una casa, asistíamos a clases en otra, comíamos donde nos daban y asistíamos a misa en alguna iglesia cercana, era un ir y venir.

Los jueves y domingos, después de la Hora Santa en la Cripta de la Paz, íbamos a jugar fútbol a los campos del Bosque de Sta. Eduviges, hoy Jardines del Bosque, o a los campos del Profesor Zabala, junto a Los Arcos de Avenida Vallarta.

La gimnasia llegó de manera impensada y como algo que, indudablemente estaba en los planes de Dios. Tenía 16 años, cursaba 4° de latín en la casona de San Sebastián de Analco, cuando un buen día me sentí hombre y fui a comprar mi primera cajetilla de cigarros y una de cerillos, siguiendo la mala costumbre de muchos, entre ellos mi padre que fumaba como chimenea, lo que le costaría la vida.

Por convicción equivocada fumé mi primer cigarro. Apenas había pasado un rato cuando me puse a conversar con un condiscípulo de la Sección "B", es decir de los adultos; se llamaba Luis Barrera y tenía un físico atlético. Me comenzó a platicar de las ventajas del ejercicio físico, en especial de la gimnasia sueca, que se practica sin instrumentos, y hasta me prestó el libro de gimnasia sueca, con texto e ilustraciones sobre los ejercicios. De inmediato me puse a leerlo. Se aconsejaba no fumar, no ingerir alcohol y evitar toda clase de excesos en el comer, dormir, etc. Esto me animó bastante. Regalé la caja de cigarros, nunca más volví a fumar y amanecí al día siguiente en la terraza haciendo los ejercicios de la gimnasia sueca, durante 10 o 15 minutos, costumbre que he seguido siempre que he podido a lo largo de toda mi vida. Muchos que fueron seminaristas y ahora son venerables ministros del Señor lo pueden atestiguar.

Llegado a la Casa de San Martín, comencé a jugar básquet bol. En las largas vacaciones de verano en Italia me di a la natación en las playas del Tirreno, junto a Livorno. Durante los más de veintisiete años de formador en el Seminario, acompañaba a los alumnos en los deportes y en los paseos a pie. Ahí se rompían las barreras, se creaba la confianza y nos conocíamos mejor.

Tiempo muy especial e inolvidable fue el de Tapalpa, como Prefecto de filósofos, de 1967 a 1971. Recorríamos casi todos los cerros y fuimos varias veces al Nevado de Colima. Una vez lo hicimos a pie, desde Cd. Guzmán hasta la cima, con un descanso nocturno en La Joya, donde el frío no nos dejó dormir. Desde el patio del Seminario de Tapalpa se miraba a lo lejos hacia el sur el Nevado de Colima. En cuanto blanqueaba de nieve, se organizaba el tan deseado paseo.

¡Por supuesto que tuve que pagar la cuota del deporte con fracturas y accidentes! Un accidente muy grave me sucedió en el mar, el 28 de diciembre de 1982, al regresar de una pesca afortunada en la que habíamos conseguido una docena de dorados de muy buen tamaño, al acercarnos a la orilla de la playa en Lo de Marcos, se encontraban el Cardenal Ernesto Corripio Ahumada con sus inseparables amigos, los Obispos José Guadalupe Lozano y Arturo Szymanski, y naturalmente queríamos presumirles la pesca, pero como no había embarcadero para poder acercar la lancha yo me ofrecí a remolcarla nadando. De inmediato me eché un clavado al agua pero el dueño de la lancha que la tripulaba no apagó el motor, la propela me succionó, me alcancé a coger desesperadamente del borde de la lancha y sólo me destrozó el tobillo izquierdo. Ya en otro lugar donde se relatan los peligros de muerte, cuento este suceso y sus consecuencias.

En otra ocasión, en la playa del Guitarrón, en Acapulco, nadando cerca de la orilla se me incrustó un pedazo de concha en la rodilla derecha, penetró en la carne y no se veía por fuera; provisionalmente me desinfectaron y cosieron la piel de la herida, pero como la rodilla se hinchaba y no desaparecía el dolor, acudí después de un mes al médico, que mediante una operación me extrajo el pedazo de concha. Si en aquellos tiempos hubiera visto los programas de "National Geografic", no me hubiese aventurado a nadar mar adentro como lo hice en muchas ocasiones.

En un paseo a Manzanillo con los seminaristas que estaban en Tapalpa, en la playa de Olas Altas, antes de Santiago, comencé a nadar mar adentro, detrás de mí se fue Gerardo De la Torre, entonces seminarista y hoy respetable padre de familia y valuador de bienes raíces.

Nadamos algo menos de dos horas para cruzar la bahía y llegar a La Boquita, donde estaba encallado el casco de acero de un barco arrojado por el mar. La playa, que ahora es sólo arena y está rodeada de casas de descanso y grandes desarrollos turísticos, estaba sola y llena de piedras grandes y chicas. Le pregunté a Gerardo si volvíamos nadando o nos íbamos a pie por la playa; sin dudar me respondió: "Regresemos caminando". ¿Qué, tú también viste? le pregunté y me dijo: "Sí". Mientras nadábamos vimos varias veces una aleta que salía del agua, yo me encomendé a Dios y no dije nada al compañero para no asustarlo. También él la miró pero lo mismo que yo se quedó callado. A punto del medio día la arena y las piedras quemaban como comal caliente y nosotros descalzos, sólo en traje de baño, tuvimos que regresarnos caminando.

Comenzamos pues a caminar sobre la arena caliente con los pies húmedos y reblandecidos por el agua. A poco de caminar Gerardo pisó una bola de chapopote que hervía con el sol, que le quemó la planta del pie y ya no podía seguir adelante. Ante el apuro se me despertó el ingenio y comencé a dar vueltas y buscar cómo podía ayudarle; me encontré una estopa de coco y con ella le hice una especie de huarache para que pudiera caminar. El mar tiene sus peligros: corrientes que arrastran, marejadas, olas altas de improviso y peces peligrosos. Pero bendita sea la Providencia de Dios que siempre me protegió.

Cuando era Rector y se adquirió la Granja del Seminario, añadí al ejercicio físico, acompañar por turno a los grupos de seminaristas a trabajar. Ahí se sudaban todas las toxinas y se expulsaban los venenos del aire de la ciudad. Jugué fútbol hasta los cuarenta y cinco años, básquet hasta los cincuenta y cinco; ahora de viejo, juego golf una vez por semana en el Club Atlas, son nueve hoyos caminados.

En los días en que celebraba mis bodas de oro sacerdotales, Dios me concedió lo que todo golfista ansía, un "hoyo en uno" en el hoyo 7 del Atlas. Los varios clubes de golf de Guadalajara me han ofrecido gratuitamente la membresía, que de corazón les agradezco.

Después de Dios, sé que mi salud la debo al ejercicio físico practicado a lo largo de toda la vida. El ejercicio físico casi siempre es un placer, pero a veces se vuelve una saludable ascesis, que junto con el trabajo también favorece la guarda de la castidad.

Capítulo 8
San Juan Pablo II
En el Seminario de Guadalajara

En la historia tricentenaria del Seminario de Guadalajara, el momento cumbre lo fue y lo será por mucho tiempo, la visita de Juan Pablo II, el Vicario de Cristo. El Beato Paulo VI, cuando fue a Medellín para la celebración de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericana, dio inicio a la tradición de que el Papa estuviera presente en estas Conferencias. De hecho, Paulo VI iba a asistir a la Tercera CELAM que se realizaría en México en 1978 pero la muerte se lo impidió. La invitación pasó a un sucesor, al Papa Juan Pablo II, que con gusto aceptó venir, aunque la fecha se pospuso para enero de 1979 y se fijó como sede la Ciudad de Puebla.

La invitación al Santo Padre, la hicieron el Gobierno de forma oficial y los Obispos de México. Antes de iniciar la Asamblea, Juan Pablo II, recién elegido, con 58 años de edad y lleno de vigor y entusiasmo, recorrió varios lugares del país prodigándose al pueblo en agobiantes jornadas. En el programa de visitas se incluía un encuentro con los seminaristas mayores de todo el país en el Seminario de Guadalajara, para el 30 de enero de 1979.

Ese día el Papa llegó al aeropuerto de Guadalajara, hacia las nueve de la mañana, donde fue recibido, como siempre lo hicimos los mexicanos, con emotivos aplausos, saludos, porras y mariachis.

En su recorrido, visitó el barrio de Santa Cecilia, la Penitenciaría de Puente Grande, el Estadio Jalisco, la Catedral, y estando ahí, se asomó por los balcones de la Curia a ver las plazas que la rodean con sus magníficos edificios de cantera en estilo colonial, y exclamó en italiano: "¡Bella Cita', bella!". En Zapopan celebró la Eucaristía, comió y descansó. La última visita de la jornada sería al Seminario; se le esperaba como a las seis de la tarde, pero llegó hasta las ocho de la noche.

Desde 15 días antes se presentaron oficiales del Estado Mayor Presidencial a revisar todos los lugares dentro del Seminario y los del vecindario, por razones de seguridad. Como Rector, me tocó atenderlos y acatar las indicaciones. En ese lapso de tiempo hice amistades que todavía conservo. Hubo estricta vigilancia y control de las entradas mediante boletos de ingreso para los asistentes: seminaristas, algunos bienhechores, Club Serra y otros invitados. El número de seminaristas mayores de todo México se estimaba en unos tres mil, sin embargo, en los patios del Seminario, corredores y azoteas había unas seis mil personas; ¡muchos se disfrazaron de seminaristas y se las ingeniaron para colarse!

La espera fue larga como ocurrió en todas las visitas del Papa Juan Pablo II, que hacía poco caso del horario con tal de darse a la gente que lo quería ver, tocar, recibir su bendición y con la esperanza también de alcanzar por su intercesión algún milagro de curación.

El Papa llegó al Seminario descansado y sonriente, después de haber comido y reposado un poco en el Convento de los franciscanos en Zapopan. Con su bien timbrada voz de barítono cantó "El Pescador" junto con los Seminaristas.

De su mensaje quedó profundamente grabada aquella frase: "Vale la pena servir al hombre por Cristo", que junto con su grandiosa y atractiva personalidad sacerdotal, influyó en muchos jóvenes para abrazar el camino del sacerdocio.

En memoria de su visita, se colocó a la entrada de la Capilla, un busto en bronce de Juan Pablo II, hecho por el escultor Don Benito Castañeda, q.p.d., que captó perfectamente los rasgos y la expresión del Papa.

Capítulo 9
Obispo En Ciudad Juárez
(1988 – 1994)

Siempre he considerado que fue una medida providencial de Dios, en vista de lo que después vendría, haberme enviado a Cd. Juárez. Fue como sacar la planta del invernadero y plantarla en campo abierto, expuesta a los vientos y al sol. Porque por 27 años estuve en el Seminario, concentrado en la formación sacerdotal de los alumnos, casi totalmente ajeno a los problemas políticos y sociales. Fui a dar a una frontera brava, a una diócesis nueva y muy desprovista en comparación con la de Guadalajara, donde nadie me conocía y donde yo a nadie conocía, habiendo convivido con muchos sacerdotes, habiendo tenido muchos compañeros durante el tiempo de estudios y muchos alumnos seminaristas de diversas diócesis, fui a dar a Cd. Juárez donde no había un solo conocido.

A principios de marzo de 1988 se recibió una llamada telefónica en el Seminario mayor de Chapalita, pidiendo que me presentara al día siguiente en la entonces Delegación Apostólica en México, con Mons. Jerónimo Prigione. A la mañana siguiente tomé temprano el avión y al llegar a México, me fui derecho a la Basílica para encomendarme a la Virgen de Guadalupe por lo que pudiera venir.

Al llegar a la Delegación Apostólica, Mons. Prigione me recibió muy amable y me dijo que el Papa quería nombrarme Obispo Coadjutor de Cd. Juárez. Me indicó luego que entrara a la capilla a pensarlo. Ese era el ritual. A la media hora volví y le dije que estaba dispuesto a ir a donde el Papa me mandara.

A los ocho días se dio a conocer la noticia y comenzaron los preparativos para la consagración, que sería el 30 de abril en Cd. Juárez, de manos del Obispo titular el Excmo. Sr. Don Manuel Talamás Camandari, que había puesto como condición para aceptarme, ser él el consagrante.

Antes de partir fui a despedirme del Sr. Cardenal Don José Salazar, para entonces ya Arzobispo Emérito de Guadalajara, a pedirle su bendición. Entre los varios consejos que me dio, éste se me grabó: "Trabaje para que no lo critiquen". Muy sabio, porque quien anda ocupado en lo suyo no da tiempo al mal comportamiento y por tanto, a la crítica.

Me acompañaron el día de mi consagración el Sr. Delegado Apostólico, los Obispos de Chihuahua, Casas Grandes, la Tarahumara, Torreón, Hermosillo, el Sr. Posadas, entonces mi Arzobispo, y los Obispos de El Paso, Tex. y Las Cruces N. M. La ceremonia comenzó a las 12:00 del día en el Gimnasio Universitario. Al terminar ésta, comencé a bendecir y saludar al pueblo de Dios, como manda la rúbrica. Cuando acabé de saludar serían las tres de la tarde, el local estaba totalmente vacío, sólo me acompañaba un señor que se ofreció a detenerme el báculo pastoral para que yo pudiera saludar con las dos manos. Le pregunté que dónde estaba la gente, que dónde era la comida y me dijo: "No sé". Él a su vez me preguntó que qué hacía conmigo y le dije que me llevara a la parroquia de Nuestra Señora, donde me habían ofrecido un cuarto para hospedarme mientras terminaban de disponer la casa de la calle Costa Rica.

En la casa parroquial sólo estaba el ama de llaves, la señora Margarita, le pregunté por el párroco Nacho Villanueva y por el lugar de la comida o banquete y tampoco me supo dar razón.

Le pedí que me hiciera el favor de darme de comer y me respondió que no había nada. Abrí el refrigerador y encontré solamente una lata de cerveza y una rebanada de pan bimbo, con ellos aplaqué un poco el hambre y me subí al cuarto a dormir la siesta, sin comer pero muy contento de ser ya Obispo, sucesor de los Apóstoles, con la plenitud del sacerdocio ministerial. Dios me concedería durante los años de ministerio episcopal ser su instrumento para ordenar quince obispos y cerca de 600 presbíteros. El hecho nunca se comentó. Creo yo que me pasó lo que al Niño Jesús cuando a los 12 años visitó el templo de Jerusalén y se perdió: San José pensó que iría con María y María, con San José. Tal vez los de Cd. Juárez pensaron que me iría con los de Guadalajara, y éstos, que estaría con los de Cd. Juárez.

El Sr. Talamás tenía ejerciendo 30 años como primer y único obispo de Cd. Juárez y era, además, originario de Chihuahua. Su imagen estaba muy arraigada en la comunidad, porque no conocían a otro obispo, por eso al llegar yo de fuera aparecía como un verdadero extraño. El cambio fue muy brusco en todos sentidos: de haber estado siempre acompañado de familiares, seminaristas y sacerdotes, a encontrarme totalmente solo los primeros meses; de tener autoridad como Rector de un Seminario importante, a no tener ningún encargo, porque no se me encomendó nada. Fueron cuatro años y tres meses en la banca, en plenitud de mis facultades, con 55 años de edad.

En los primeros meses, aparte de la soledad, sufrí el calor del verano. Según eso, había aire lavado en la casa de la calle Costa Rica donde vivía, pero cuando lo prendía sólo metía más aire caliente de fuera. Lo más pesado era en la noche, para poder dormir un poco, tendía toallas mojadas en el piso de cemento de la cochera.

Hasta que en septiembre, una familia que mucho estimo, la familia Clark, se enteró de mi situación y envió a un trabajador de nombre Esteban, originario de Durango, quien sistemó los aires lavados y de paso revisó la calefacción de invierno para evitar fugas de monóxido de carbono dentro de la casa, que ha matado a muchos durante el sueño, incluso sacerdotes, como los españoles dominicos que amanecieron muertos el 24 de diciembre de 1988 en la parroquia de San Ignacio de Ciudad Juárez. ¡Creo que Dios me libró de muchas!

En algunos sacerdotes había prevención contra mí de conservador, exigente y autoritario, pero poco a poco nos fuimos conociendo y entendiendo. Convivía con ellos los martes por la mañana, día en que había reunión del obispo con todos los sacerdotes, que no pasaban de unos 70, de los cuales muchos eran prestados o venidos de fuera.

A las 13:00 horas, terminada la reunión, con un pequeño grupo de sacerdotes ya amigos, íbamos a comer a algún restaurante y alguna vez por varios días hicimos una gira en carro por Nuevo México, hasta Santa Fe y Chimayó. Visitamos también Montezuma, donde estuvo por cuarenta años el Seminario Interdiocesano de Montezuma, fundado por los Obispos de México con la ayuda de los Obispos de Estados Unidos para albergar a los seminaristas mexicanos, a causa de las repercusiones de la Guerra Cristera y las políticas anticlericales del gobierno de México.

Había también en Cd. Juárez un núcleo de familias de antigua raigambre y de tradición católica, fieles a la Iglesia. Había también grupos de laicos entusiastas y muy comprometidos en el apostolado, que pronto comenzaron a invitarme a reuniones y celebraciones religiosas.

Como ya dije, duré cuatro años tres meses como Obispo Coadjutor, bajo la autoridad de Don Manuel Talamás. Esos años sin cargo alguno, fueron sin embargo un tiempo valioso, porque repasé todos los Tratados de Teología: dogmática, moral, derecho, liturgia y Sda. Escritura. Leí mucho de historia nacional y regional; me deleité con los libros de José Fuentes Mares, escritor originario de Chihuahua, exacto en el uso del idioma y versátil, que escribió historia, biografías, cuentos y gastronomía… Pude observar mucho para conocer la diócesis, como se dice, ver los toros desde la barrera, lo cual me facilitó poder actuar llegado el momento de ser el Obispo Titular.

El Sr. Obispo Don Manuel Talamás cumplió los 75 años el 16 de junio de 1992, fecha en que presentó su renuncia en el marco de un acto solemne en la Catedral. La renuncia le fue aceptada 25 días después, el 11 de julio, día en que sin más trámites ni nombramiento pasé a ser el Obispo Titular de Cd. Juárez, pues como Obispo Coadjutor tenía derecho a sucesión, cosa que no sucede con los obispos auxiliares.

Se preparó la toma de posesión solemne para el 25 de julio, fiesta del Apóstol Santiago, con una misa solemne en el mismo Gimnasio Universitario donde yo había sido consagrado Obispo; esta vez sí hubo comida formal en el Seminario para todos los invitados.

Fui obispo titular un año diez meses y en ese breve lapso, con la ayuda de Dios, pude hacer varias cosas. En primer lugar, sistemar el Seminario cambiando a los padres formadores y abriendo la Preparatoria, cosa que favoreció el aumento de vocaciones y la calidad en la formación. Se fundó el periódico diocesano *"Presencia",* antecedente del *"Semanario"* que se fundaría en Guadalajara; "Presencia" se sigue editando, con muy buena presentación y mejores contenidos.

Se estableció el rosario viviente el 7 de octubre en el estadio del club deportivo de "Los Cobras", al que asisten miles de devotos de la Sma. Virgen. Se restableció la fiesta del "Corpus Christi" que había dejado de celebrarse hacía años. Y se abrieron en algunas parroquias centros de catequesis superior - a los que los alumnos llamaban Estudio de Teología-, asistían catequistas y también personas que deseaban instruirse más en su fe.

Si mal no recuerdo, el 22 de abril de 1994 se publicó la noticia de mi nombramiento como Arzobispo de Guadalajara. Preparé la entrega de la diócesis al Arzobispo de Chihuahua José Fernández Arteaga, nombrado Administrador Apostólico durante la sede vacante. Dejé Cd. Juárez el 18 de mayo, para tomar posesión de la sede de Guadalajara el 19 de mayo, pocos días antes del primer aniversario del asesinato del Card. Posadas, lo que puede explicar en gran parte el ánimo y la actitud del que esto escribe, pues llegué a una ciudad convulsionada y ofendida por las explosiones del 22 de abril de 1992 y por el incalificable asesinato de su Pastor el 24 de mayo de 1993.

Me encariñé de Cd. Juárez. Entre broma y de veras solía decirles que dos cosas me gustaban: el fresco invierno y la gente, y dos cosas no me gustaban: el calor y el polvo. En Cd. Juárez llueve poco, es una ciudad plantada en medio de las arenas del desierto con horizontes lejanos y abiertos. Su gente es igualmente abierta y trabajadora, con una conciencia social muy despierta y combativa y siempre dispuesta a ayudar: "Dígame, ¿qué se le ofrece o en qué le puedo ayudar?". Gente buena que sigo queriendo y recordando.

SEGUNDA PARTE
En Medio de la Tormenta

Capítulo
El Caso del Cardenal
Juan Jesús Posadas Ocampo

El 24 de mayo de 1993 a las 3:36 p.m. asesinaron, en el estacionamiento del Aeropuerto Internacional de Guadalajara, a plena luz de día y ante muchas testigos: taxistas, viajeros, maleteros, albañiles, etc., al Señor Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, Arzobispo de Guadalajara, junto con su chofer, el ex-seminarista Pedro Pérez, de la generación 1965.

Esa tarde yo me encontraba haciendo la visita pastoral en una parroquia en Cd. Juárez por el rumbo de Anapra, cuando por teléfono un gran amigo mío, Luis Jiménez Franco, q.p.d. muy consternado me dio la noticia llorando. Al día siguiente volé a Guadalajara para participar en los funerales.

La versión oficial que salió a la luz pública inmediatamente, fue la de un supuesto "fuego cruzado" entre dos bandas criminales de narcotraficantes, la de los Arellano Félix y la del Chapo Guzmán y que, por coincidencia, el Cardenal se encontraba en medio de la escena y le tocaron los disparos. Sin embargo, el prestigiado médico forense, Mario Rivas Souza, que examinó el cadáver detenidamente, declaró con gran profesionalismo, seriedad y reconocido valor, que de ninguna manera la causa de su muerte la originó el "fuego cruzado", que las descargas fueron "directísimas" a la persona del Cardenal, ya que se encontró tatuaje de pólvora en su cara y ropa. Así mismo, el Doctor Rivas entregó el informe oficial a las autoridades correspondientes a las que no les quedó otro recurso que inventarse una nueva mentira.

Rápidamente difundieron otra explicación: "Confundieron al Cardenal con el Chapo Guzmán", ¡Imaginen! la diferencia de edad, estatura, complexión y vestimenta; totalmente descabellada y ridícula esta nueva farsa, que la gente nunca se tragó, pues decían que "¡Sería como confundir a la Madre Teresa de Calcuta con Gloria Trevi!"…

Durante los días del funeral, personas conocidas de Guadalajara, se acercaron para decirme que había sido un asesinato premeditado de parte de elementos del gobierno. Así lo dije a los medios de comunicación cuando me abordaron; entonces no surgieron comentarios, ni hubo consecuencia alguna por mi declaración. Después de los funerales regresé a Cd. Juárez a seguir con mi trabajo pastoral, sin preocuparme mucho de lo que pasara en Guadalajara.

Un año más tarde fui nombrado Arzobispo de Guadalajara, y entonces sí me vi en la obligación de exigir la verdad, a lo que nos había animado el enviado de Juan Pablo II para presidir los funerales, el Cardenal Eduardo Pironio, que en la homilía de la misa de exequias en la Catedral de Guadalajara dijo: "Queremos saber, tenemos derecho a saber quién y por qué, siquiera para poder perdonar…" Por eso, si alguien tenía que reclamar la verdad de lo sucedido, por obligación y por dignidad, era el sucesor del Cardenal Posadas y ése era yo. Comencé entonces a exigir la verdad, a sabiendas de los peligros que correría.

El mundo se me vino encima cuando dos meses después, en una reunión de obispos con políticos en la Secretaría de Gobernación, cuyo titular era entonces Jorge Carpizo Mc. Gregor, el Nuncio Prigione, imprudentemente, me urgió a que externara lo que sabía de la muerte del Cardenal Posadas.

Yo, por hacerle caso, dije más o menos lo siguiente: Desde temprano, el día del crimen, había policías y soldados con armas largas en el Aeropuerto de Guadalajara. Cuando llegó el Cardenal en su Grand Marquis blanco, alguien gritó: "Ahí viene el Señor" y en seguida se acercaron dos individuos con arma larga y los acribillaron, a él y a su chofer dentro del coche. Se desató inmediatamente una balacera por todos lados que duró media hora, para amedrentar a la gente y simular una lucha entre los carteles.

Carpizo se puso de pie furioso, me gritó y me amenazó con meterme a la cárcel si seguía metiéndome en lo que no me importaba. Fue en el momento de la comida, yo seguí sosegadamente sentado y sólo le respondí: "Está bien, pero no me grite, estamos comiendo". Esa sería la única vez que me encontré con Carpizo y crucé palabra con él. Me gané un enemigo encarnizado que no perdía ocasión para tratar de intimidarme y agredirme verbalmente. La razón de su cólera se supo después: él había sido el encargado de asesinar al Cardenal, secundado por la PGR y también de encubrir el crimen.

De ahí en adelante los medios de comunicación, grandes y pequeños, seguramente bajo consigna y soborno, se encargaron de hacerme la peor imagen posible para desacreditar mi reclamo. Lamento que mucha gente se haya quedado con esa percepción, en detrimento no solo de mi persona sino de la Iglesia.

Un buen gobernador de Jalisco, el Ing. Alberto Cárdenas Jiménez y dos abogados católicos de gran profesionalismo y sólida honestidad, Fernando Guzmán Pérez Peláez y José Antonio Ortega, formaron equipo conmigo para requerir, por la vía legal, el esclarecimiento del homicidio.

El Presidente de la República, Ernesto Zedillo, autorizó que se formara una Comisión Institucional Tripartita, compuesta por el Procurador General de Justicia Jorge Madrazo y su personal, dos Obispos juristas de parte de la CEM, que fueron José Fernández Arteaga y Luis Reynoso, y los abogados ya mencionados junto con este servidor.

En reuniones mensuales durante dos años, de 1997 a 1999, se avanzó mucho, pues se recopilaron varias declaraciones ministeriales que dieron luz sobre el caso y sustento jurídico a la denuncia. Una de esas declaraciones ministeriales muy importante por la persona y por lo que nos dijo, fue la del General Gutiérrez Rebollo que comandaba la V Región Militar, al que entrevistamos en la cárcel de Almoloya de Juárez, hasta donde yo sé injustamente preso.

Nos dijo: "Busquen al que hizo coincidir las bandas de los Arellano Félix y del Chapo en el Aeropuerto de Guadalajara, y ése fue". Aunque lo seguimos interrogando, no quiso decir más, pues su vida peligraba. Doce años después Benjamín Arellano Félix completó la declaración, señalando a Carpizo como el que los citó al aeropuerto de Guadalajara el día del crimen.

Fruto de esas investigaciones fueron tres libros publicados sucesivamente por mis abogados: "Sangre de Mayo", "La verdad los hará libres" y "Los Chacales". Se compiló además, una amplia documentación para el expediente histórico con varias copias que son resguardadas en la Santa Sede, en la Nunciatura Apostólica de México, en los Archivos de la Conferencia Episcopal Mexicana, con cada uno de los abogados que llevaron el caso y en mi biblioteca personal.

Lo que en resumen sabemos, sustentado por declaraciones ministeriales, es lo siguiente: Un mes antes del asesinato, en la residencia oficial de Los Pinos, el Cardenal Posadas sostuvo una conversación en la que hizo un reclamo ante el Presidente Carlos Salinas de Gortari, Manuel Camacho Solís, Córdoba Montoya y algunos Obispos. La queja consistía en que altos funcionarios del gobierno estaban implicados en el negocio del narcotráfico y de la prostitución, con grave daño para el país. A cambio de su silencio, le ofrecieron la ayuda económica que quisiera para sus obras, pero el Cardenal, que no tenía otro interés que el bien de nuestra patria, rechazó la oferta y ratificó su reclamo. Fue entonces, cuando Córdoba Montoya, con grave falta de respeto le tiró una cachetada y lo empujó hacia la puerta.

De ahí en adelante comenzaron a vigilar la casa de Tlaquepaque donde vivía el Cardenal y hasta se brincaron la barda, tal vez buscando alguna información. Para alcanzar el objetivo de ejecutarlo le tendieron un cuatro: la bendición de una mueblería en Guadalajara, que haría el Nuncio Prigione. Por varias llamadas entre éste y el Cardenal, se enteraron que el Cardenal Posadas, atento como siempre, se ofreció a ir al aeropuerto por el Nuncio Apostólico.

La PGR citó a los dos carteles más importantes al aeropuerto, al del Chapo Guzmán y al de los Arellano Félix para montar un escenario en el que el asesinato del Cardenal apareciera como un accidente. Sin embargo, los narcotraficantes llegaron a destiempo y no hubo ningún enfrentamiento entre ellos en el aeropuerto, como se había planeado. En este punto es muy valiosa la declaración de Benjamín Arellano Félix, del 15 de abril de 2011, en la que confirma que fueron citados al aeropuerto por Carpizo, pero quien perpetró el crimen, fue la Policía Judicial Federal al mando de León Aragón.

A los pocos días, Benjamín fue extraditado a los Estados Unidos para que ya no se le pudiera seguir interrogando.

Quienes hayan sido los asesinos, lo debe declarar la autoridad judicial y no yo. A mí me tocó, como Arzobispo sucesor, reclamar la verdad "siquiera para saber a quién perdonar". Estos asesinos, desde las sombras, trataron de eliminarme en varias ocasiones, las cuales, quedan expuestas en otros capítulos.

¿En qué quedó pues el caso del Cardenal Posadas? Esta es la pregunta que con frecuencia me hacen muchas personas, porque saben que como Arzobispo sucesor, me comprometí en el esclarecimiento del homicidio del Sr. Card. Juan Jesús Posadas Ocampo. Como no tienen información, aunque la hay y se ha publicado, dan a entender con cierta despreocupación y escepticismo que no se llegó a nada, y que todo el esfuerzo por aclarar fue inútil. Por eso quiero resumir en cinco puntos el resultado que se logró:

1.- El primer logro es que hay información suficiente, que para el público en general está contenida en tres libros que se fueron publicando sucesivamente por mis abogados, conforme avanzaban las investigaciones. Se titulan: "Sangre de Mayo", "La Verdad los hará libres" y "Los Chacales". Este último, por supuesto el más completo, ha tenido amplia difusión y fue presentado en Roma, traducido al italiano. Para las indagaciones de los investigadores actuales y futuros, están los archivos, fruto de las entrevistas y de las declaraciones ministeriales debidamente protocolizadas, distribuidos en varias copias que tenemos: la PGR, la Secretaría del Episcopado Mexicano, la Nunciatura Apostólica, cada uno de mis abogados y yo.

2.- Según estas informaciones, se trató de un crimen de Estado, perpetrado por la Policía Judicial de la Nación, entonces al mando de León Aragón y, seguramente, por orden inmediata del que en ese tiempo era Procurador General de la República, Jorge Carpizo McGrégor, quien según se supo, fue el encargado de realizar el crimen y encubrirlo. Jorge Carpizo murió en agosto de 2011 de manera imprevista y sospechosa. Con él se cortó el hilo de la investigación y, tal vez, la posibilidad de ir más arriba.

3.- Acerca del motivo del crimen. De las averiguaciones resulta que el móvil fue que el Cardenal Posadas Ocampo supo de la implicación de altos políticos con el crimen organizado de estupefacientes y de la prostitución, y fue a la Residencia de Los Pinos a reclamar el daño gran que se estaba haciendo a México. Esto sucedió un mes antes de que fuera asesinado. Yo no descarto, también, que su participación destacada en modificar la Constitución Mexicana para dar reconocimiento jurídico a la Iglesia en 1992 haya influido en el ánimo, por haberse violado, supuestamente, la laicidad del Estado.

4.- Otro logro muy importante fue limpiar la imagen del Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, a quien rumores malévolos en los medios de comunicación asociaban con el crimen organizado desde que estuvo como obispo en Tijuana, sugiriendo que ése pudo haber sido el motivo del crimen. En la reunión conclusiva de la Coadyuvancia Tripartita (la PGR, dos obispos representantes de la CEM, mis Abogados y yo) que se realizó en agosto de 1999, después de haber investigado, juntos, por espacio de dos años, se llegó a varias conclusiones, firmadas de común acuerdo por los integrantes de la Comisión. La primera de ellas fue que el Cardenal Posadas nada tenía que ver con el crimen organizado, sino que fue un Pastor dedicado a su misión espiritual. ¡Saber la verdad y dejar limpia la imagen de un Cardenal de la Iglesia Católica no es poca cosa!

5.- Lo que no se consiguió, porque no le tocaba ni le toca a la Iglesia, sino al Poder Judicial de la Federación, es sentenciar y encarcelar a los culpables. Hasta la fecha, nadie ha sido sentenciado y encarcelado por el incalificable crimen contra el Cardenal Posadas, habiendo para ello suficientes pruebas. Pero eso no nos corresponde a nosotros, que como discípulos de Cristo que es misericordioso y perdona, debemos perdonar. Queríamos saber la verdad por amor a la verdad; queríamos saber "quienes y por qué, siquiera para saber a quién perdonar". Nunca emprendimos la peligrosa y ardua tarea de investigar para pedir castigo para los culpables, sino para saber la verdad y perdonar.

Capítulo 11
Investigado por la Procuraduría General de la República

Se interpuso una demanda legal en mi contra, sin evidencia alguna, basándose únicamente en un escrito sin firma y no ratificado, que entregó Jorge Carpizo, quien había sido Procurador General y Secretario de Gobierno, a la PGR, en la cual, se me acusaba de narcotraficante y lavado de dinero junto con todos mis familiares, inclusive algunos ya fallecidos; involucraban también a los abogados del caso Posadas, los L.L. Fernando Guzmán Pérez Peláez y José Antonio Ortega, y algo todavía más ridículo e increíble, al Sr. Cardenal José Salazar López, fallecido una década atrás.

El 3 de julio de 2003 salió la espectacular noticia por prensa, radio y televisión en todo el país: "El Card. Sandoval y otras personas están acusados de narcotráfico y lavado de dinero". Según el escrito, base de la denuncia, el Sr. Card. Salazar y yo, interesados en el negocio del narcotráfico, habíamos viajado a Colombia para entrevistarnos con uno de los capos más poderosos de ese país, Pablo Escobar Gaviria, con el fin de ayudar a los gastos de la Iglesia y así no depender de las limosnas de los fieles. ¡Háganme Ustedes el favor!

Un empresario, amigo mío, me comentó que ahora sí me habían arruinado y que seguramente iría a la cárcel. ¿Por qué?, le pregunté, y respondió que el lavado de dinero es un rubro muy elástico, que cualquier cantidad grande o pequeña de la que no se acreditara su procedencia, y en manos de jueces

mal intencionados, podía originar una imputación de tal magnitud. Con toda tranquilidad, confiando en Dios y en la veracidad de mis actos, yo sólo le respondí: "Ya lo veremos…"

Casi todos los días en los diarios a ocho columnas se publicaban noticias y comentarios sobre el caso del Cardenal Sandoval. La PGR, contra todo derecho y con la intención de acabar conmigo y encarcelarme, comenzó una minuciosa averiguación en todas las dependencias gubernamentales y no gubernamentales, eclesiásticas, en catastro, bancos, cuentas del Arzobispado de Guadalajara, en Cd. Juárez, donde presté mis servicios como obispo; en Yahualica, mi pueblo natal, y en Tapalpa, donde viví cuatro años siendo encargado de una sección del Seminario. Indagaron sobre todos mis familiares, aun los fallecidos, y fueron hasta Corea a seguirle la pista a mi hermano José, misionero por muchos años en aquel país.

El día 24, último domingo de septiembre de 2003 me enviaron un helicóptero por parte de Gobernación, para trasladarme al Rancho de San Cristóbal en Guanajuato, con el propósito de hablar con el Presidente en turno, Vicente Fox, y por supuesto que también estuvo presente la Sra. Martha Sahagún. Me acompañaron mis abogados Fernando Guzmán y José Antonio Ortega.

Durante el desayuno, Fox le preguntó al Secretario de Gobernación Santiago Creel cómo iba mi asunto. Creel le informó que ya se había concluido la investigación y que no se había encontrado absolutamente nada en mi contra. Fox le indicó que ya diera por cerrado el caso. Sin embargo, los medios de comunicación descubrieron la entrevista, presionaron al Presidente, y él menguadamente les informó que no existía ningún acuerdo y que el proceso seguía en pie.

Por lo que éste continuó por otros tres meses más, junto con la detracción en los medios de comunicación de todo el país, que a veces, todos lo sabemos, suelen ser de una bajeza y un servilismo mayúsculos, que causan tanto daño a nuestra sociedad.

El pueblo católico, siempre pendiente de la situación, estaba convencido de que se trataba sólo de una difamación para desprestigiar a su obispo y hacerle la guerra a como diera lugar, por causa de mi reclamo en el asesinato del Sr. Posadas.

Ese mismo domingo 24 de septiembre, por la tarde se organizó en Guadalajara una marcha desde cuatro rumbos distintos hacia la Catedral, en la que participaron entre sesenta y ochenta mil personas para manifestar su repudio por el trato que el gobierno me propinaba. En las pancartas el reclamo era muy claro: ***"En México, al que pide justicia, se le enjuicia".*** De ahí en adelante se aplacó un poco la virulencia en los medios, pero oficialmente, al menos, la pesquisa prosiguió.

El 26 de diciembre de 2003, después de seis meses de tan cruel calumnia y odiosa indagación, el Subprocurador de la PGR, envió a los medios una brevísima nota en la que se declaraba exonerado al Cardenal Juan Sandoval, por no haber encontrado nada irregular, noticia que pasó desapercibida, pues todo mundo andaba de vacaciones o estaba recuperándose de la desvelada o de la "cruda" de las fiestas navideñas.

En enero de 2004, asesorado por mis abogados, solicité por escrito dos veces que se me entregara el expediente con la absolución, pero no hubo respuesta alguna. En abril de 2004, durante la Asamblea General Ordinaria del Episcopado Mexicano en Lago de Guadalupe, Edo. de México, fue invitado Santiago Creel en su calidad de Secretario de Gobernación.

Después de que nos "catequizó", cedieron un espacio a los obispos para exponer sus observaciones y hacer preguntas.

Solicité la palabra y, parafraseando mi odisea con el viaje de Dante en la Divina Comedia, guiado de Beatriz, por el infierno, el purgatorio y el cielo, le pedí a Creel que me sacara ya del purgatorio. Me preguntó: - ¿Cuál purgatorio? - En el que me tienen ustedes ahora, después de haber pasado seis meses en el infierno a causa de la injusta y detestable incriminación.

Ahora permanezco en el purgatorio porque no me han entregado el expediente luego de haberlo pedido formalmente en dos ocasiones, y tengo pendiente que en cualquier momento vuelvan a revivir el caso, le contesté. La petición hecha ante noventa obispos debía, necesariamente, surtir efecto. A los pocos días recibí el Expediente completo, quedando así absuelto de toda acusación. Así es que, si alguien quiere denunciarme o murmurar de mí por algún supuesto delito o mala conducta, que lo haga del 2004 en adelante…, porque hasta esa fecha quedé como plato de fonda: bien fregado y boca abajo ¡PERO LIMPIO!

Capítulo 12
La Maiceada

El 15 de agosto del 2010 me invitó a la fiesta de la Virgen de la Asunción, Patrona de Aguascalientes, el Sr. Obispo José María De la Torre Martín. Llegué temprano a desayunar, al terminar el desayuno y antes de caminar hacia la Catedral para la celebración de la misa solemne, me pidió que atendiera a unos reporteros que querían entrevistarme. La entrevista, entre otras cosas, versó sobre la reciente aprobación por parte de la Suprema Corte de Justicia de l a Nación de las propuestas de Marcelo Ebrard, jefe del Gobierno del D.F.: el aborto, la contracepción, el matrimonio de personas del mismo sexo y la adopción por parte de éstas.

Mi comentario fue evidentemente reprobar estas leyes inmorales y dañosas, cuando de pronto salió de aquella jauría la pregunta de por qué creía yo que la S.C.J.N. le había aprobado a Ebrard esas leyes. Les respondí: "Seguramente los maiceó". Este comentario recorrió inmediatamente todo el país a través de los medios de comunicación.

Ebrard montó en cólera y exigió que me retractara y le pidiera una disculpa, porque según él yo había dañado su patrimonio moral; de lo contrario, me denunciaría penalmente. Le respondí: "Lo dicho, dicho está, no me retracto". Mucha gente que no ha estado en contacto con las cosas del campo no sabe lo que significa "maicear". Cuando se quiere amansar un animal, caballo, res, etc. se le suena el maíz en un canasto, inmediatamente el animal viene a comer y ahí se le laza y se le sujeta.

Marcelo Ebrard presentó una tras otra cuatro demandas contra mí ante la PGR, que porque había dañado su patrimonio moral. ¿Sería mucho? Que porque había dicho que no votaran por el PRD, que porque me había asociado con el vocero de la Arquidiócesis de México, Hugo Valdemar, en contra de él, etc. Perdió las cuatro demandas y no ha pagado las costas.

Para no alargarme en las respuestas, me referiré sólo a la primera demanda, la fundamental y más folklórica, en la cual Ebrard me acusaba de haber dicho que "sobornó" a la Suprema Corte. Mi respuesta fue que yo no dije que la sobornó, sino que la "maiceó". Además, se aclaró en la respuesta a esta demanda, que yo había actuado en cumplimiento de mi deber como Pastor de la Iglesia Católica, y para fundamentarlo se insertaron algunos textos de la Sda. Escritura, del Derecho Canónico y del Catecismo de la Iglesia Católica, referentes a los temas de la vida y de la familia, pues esos libros fueron los que la Iglesia entregó a Gobernación en 1992 para obtener el reconocimiento legal, ya que en ellos se contienen la fe y la moral que predican la Iglesia y sus Pastores.

¡Con la ley del aborto, promovida por Ebrard y aprobada para el Distrito Federal, se han cometido en estos años cerca de un millón o más de abortos "legales", que son asesinatos de seres humanos inocentes, de los que tendrán que responder ante el juicio de Dios Ebrard y todos los que de una u otra manera están colaborando!

Capítulo 13
Relación con los Políticos

Mis preferencias partidistas las he guardado siempre para el momento de depositar el voto en las urnas, aunque algunos hayan dicho otra cosa, debido a la coincidencia de los tiempos, pues cuando llegué como Obispo a Cd. Juárez, fue elegido Francisco Barrio como primer Gobernador panista de Chihuahua. Cuando en 1994 regresé a Guadalajara como Arzobispo, fue elegido Alberto Cárdenas Jiménez, primer Gobernador panista de Jalisco, y por casualidad, los tres gobernadores panistas del estado coincidieron con el tiempo en que fui Arzobispo de Guadalajara en funciones.

Lo cierto es que la Curia Diocesana y mi residencia particular siempre estuvieron abiertas para recibir candidatos y gobernantes de cualquier color y nivel. De Fox para acá, todos los candidatos a la presidencia de la República exceptuando a Peña Nieto, estuvieron en mi casa, ya no digamos los candidatos a cargos menores. La charla era amena y franca, pues cuando andan de candidatos son muy atentos y receptivos, ya cuando están en el cargo por lo general no visitan, ni escuchan.

Salinas de Gortari, nos recibió varias veces a los obispos en los Pinos, lo mismo Zedillo, que fue el presidente que mejor me trató; siempre que visitaba Guadalajara fui invitado a comer con él y el saludo era muy cordial. Los presidentes del PAN guardaron cierta distancia de la jerarquía, tal vez para que no los tacharan de "mochos".

Por lo general los gobernantes, más que al bien del pueblo, miran a los intereses personales o a los del partido y a conservar el poder a como dé lugar; esta es la razón por la que muchos proyectos en bien del pueblo son obstaculizados o quedan inconclusos. Hay que saber también que los gobiernos de países, principalmente del tercer mundo, están atados y presionados de fuera, por las altas esferas del poder mundial.

Eso explica la promoción y aprobación de leyes y medidas en contra de la familia y de la vida, que es el mayor daño que le están haciendo al país, mucho mayor y más duradero que el daño del desorden económico y de la corrupción que están empobreciendo como nunca al pueblo, y que son consecuencia de las políticas que impone el capitalismo mundial.

Un ejemplo de una obra buena que se impidió por razones partidistas, fue el donativo que Emilio González Márquez quería hacer para apoyar la construcción del Santuario de los Mártires, pues consideraba que fomentaría el turismo y detonaría la zona sur de la ciudad, tan deprimida en todo sentido. Prometió dar 90 millones de pesos y entregó 30, con la presencia de los medios.

Los adversarios políticos lo consideraron un acto proselitista y se le fueron encima a Emilio y al PAN con una crítica mordaz e invocando la laicidad del estado. Por cierto que nadie dijo nada cuando Echeverría apoyó la construcción de la Nueva Basílica de Guadalupe o cuando Zedillo pagó la nueva Catedral de Ecatepec, en el Edo. de México. En una comida con los diputados de la oposición me dijeron éstos que estaban de acuerdo en que se ayudara a la obra del Santuario de los Mártires, pero por debajo de la mesa y sin propaganda. Como las críticas seguían, decidimos devolver el donativo junto con los intereses que había producido, y ahí acabó esa historia.

El pueblo de México es inmaduro en cuestión de política, mal informado y fácil de ser manipulado. Además, la pobreza extrema obliga a vender el voto por una dádiva miserable que envilece. A veces se vota por la apariencia de los candidatos sin informarse de sus capacidades: yo mismo oí decir a unas mujeres cabeza hueca que votarían por tal candidato porque estaba muy guapo. El pueblo de México ha sido olvidadizo e impaciente: al PRI le soportó 70 años de gobierno y al PAN sólo doce; no le tuvo paciencia, quería que los gobernantes del PAN fueran perfectos, cosa humanamente imposible, sobre todo cuando el pueblo de donde necesariamente salen, no es perfecto en muchos aspectos cívicos y morales, ya que bien dice el dicho: ¡Lo que tiene la olla es lo que saca la cuchara!

Parece que los mexicanos no tenemos memoria histórica: en los años setentas el dólar valía $12.50 pesos, veinte años después, en los noventas, volvió a valer lo mismo, pero ya le habían quitado tres ceros al peso, después de unas brutales devaluaciones que dejaron a muchos en la miseria. Hoy parece que vamos otra vez por el camino de las devaluaciones, que son el mayor robo de los gobiernos a su pueblo, y que contribuyen a la concentración de la riqueza y aumentar el hambre de las mayorías. Me pregunto si este empobrecimiento progresivo del pueblo mexicano será por incapacidad de los que nos gobiernan o un propósito internacional del capitalismo salvaje, recetado a nuestra nación.

Capítulo 14
Una Guerra de Muchas Batallas

Llueven por todas partes los ataques contra la familia y la vida: aborto, contracepción, divorcio, matrimonios del mismo sexo y pretendido derecho de adopción, perversión de la niñez y juventud, eutanasia…, males que están a la vista de todos y que ocasionan una batalla en la que yo muchas veces he debido de participar denunciando las agresiones a la familia. ¿Pero de dónde vienen estos ataques y quién los promueve? Darlo a conocer con brevedad es el propósito de este apartado.

Desde los años setentas del siglo pasado comenzó la propaganda antinatalista: "La familia pequeña vive mejor", las casas de interés social se volvieron cada vez más pequeñas y caras, para obligar a las familias a no tener hijos, al mismo tiempo que proliferaron toda clase de anticonceptivos, algunos de ellos abortivos como el diu y la píldora del día siguiente, distribuidos gratuitamente, mientras que las medicinas y los servicios de salud empezaron a escasear en las dependencias oficiales de salubridad: "no tenemos esa medicina, venga dentro de tres meses", etc…: se trata simplemente de que mueran más y nazcan menos.

Esta persecución contra la familia y la vida ha ido más a fondo al cambiar el concepto mismo de matrimonio y querer borrar la diferencia entre los sexos. La ONU ha venido realizando asambleas periódicas con el tema de la familia.

En 1995 en Beijing se formuló y se impuso la ideología de "Género"; ideología perversa que ataca la obra del Creador, que hizo al hombre varón y mujer, con capacidad de dar vida.

"Género", se dice, es la orientación sexual que cada quien tenga o quiera tener. Por lo pronto en Beijing anotaron cinco géneros: hombre con mujer, mujer con hombre, hombre con hombre, mujer con mujer y los bisexuales. La convención era sobre la familia, pero no se le menciona para nada, ni tampoco se nombran sus integrantes: padre, madre, hijos, hermanos, sino los términos que aparecen son sólo "pareja" y "género", jerga lingüística que se ha impuesto en el mundo.

La "equidad de género" pide que todas las tendencias sexuales gocen de los mismos derechos y de completa libertad; de ahí que se promueva el pretendido derecho de los homosexuales al matrimonio y a la adopción. Que quede claro que, como todo ser humano, los homosexuales merecen respeto y pueden hacer con su vida lo que quieran, incluso pueden obtener alguna forma jurídica de asociación, pero no tienen derecho a invadir el ámbito del matrimonio y de la adopción, desconociendo el derecho de los niños a tener padre y madre en la adopción, pues de ahí vinieron al mundo.

En este cambio de conceptos al matrimonio se le define como "la unión de dos personas", al embrión se le llama "producto", para privarlo de su condición humana y por tanto del derecho a la vida. Se defiende el falso derecho de la mujer a hacer lo que quiera con su propio cuerpo, que ni es suyo sino de Dios, y no se quiere admitir que el ser humano que lleva en su vientre es un ser distinto al cuerpo de la mujer, un hijo de Dios que va de paso hacia el mundo para realizar su destino temporal y eterno.



Las primicias de mi Episcopado, 1989



Saludando a los fieles.



Consagrado Obispo, me recibe mi pueblo de Yahualica.



Recien consagrado Obispo, bendiciendo al Pueblo, Cd. Juárez el 30 de abril de 1988.



Celebrando con fieles la procesión de los Ramos.



Mi madre anciana, con su tejido y su perrito.



¡Hablándole para hacernos amigos!.



Argumentando con "Socrates".



Orando ante el Santísimo, durante el Sínodo 1997.



Escuchando al Papa S. Juan Pablo II con más hermanos Cardenales el 26 de noviembre de 1994.



El Papa me recibe con más compañeros a los 40 años de nuestra ordenación Sacerdotal, 1997.



Relator del Sinodo de América, noviembre 1997.



Relator del Sinodo de América, 1997.



En una Parroquia, al terminar la Celebración de la Eucaristia.



Con mi hermano José y el P. Santiago parroco de Yahualica. 2016.

La guerra contra la familia y la vida continúa implacable y pretende llegar al ámbito de las leyes, para que la justifiquen, la hagan extensiva, obligatoria y permanente. Botón de muestra es la iniciativa de ley que el 17 de mayo de 2016 envió el Presidente de la República, Peña Nieto, a las Cámaras para ser legislada, es todo un paquete de propuestas destructoras de la familia: permitir el matrimonio de personas del mismo sexo, autorizar la adopción por parte de estas parejas, facilitar el divorcio exprés y sin causa en todo el país, abrir el registro de pasaportes a todo tipo de género, permitir el cambio de sexo y la anotación en el registro civil, promover en todo el sistema educativo nacional la cultura de género y la no discriminación por preferencias sexuales, a fin de que niños y adolescentes puedan optar por el género y las preferencias sexuales que deseen, sin que los padres de familia se puedan oponer.

Es muy explicable que estas propuestas hayan provocado indignación general y rechazo del pueblo, que avizora el grave daño que se viene sobre el país, cansado además de que nunca se le tome en cuenta en esta tan cacareada democracia.

Desde antes de que el presidente Peña Nieto enviara sus absurdas iniciativas a las Cámaras, algunas ya se habían puesto en práctica, como por ejemplo: Instruir a los niños en la ideología de género, enseñarlos a respetar todas las preferencias sexuales y confundirlos haciéndoles que se vistan de hombre o de mujer para que se preparen a elegir su sexo. Todo esto a espaldas de los padres de familia que tal vez no se han tomado el trabajo de revisar los libros de testo que están en manos de sus hijos.

Unida a la persecución de la familia va la persecución contra la Iglesia, porque es casi la única institución que se pronuncia clara y fuertemente en favor de la familia natural hombre – mujer, así como por el respeto a la vida humana desde su concepción hasta la muerte natural.

Se va quitando también soberanía a los Estados Nacionales, principalmente con medidas económicas a manos del gran capital: préstamos obligatorios, con intereses draconianos, saqueo de las materias primas, venta indiscriminada de toda clase de armas, incluso de alto poder a los delincuentes, encarecimiento de las medicinas, mala imagen internacional si éstos no se someten a las consignas de los amos del poder y del dinero, etc. El resultado es el empobrecimiento cada vez mayor de los pueblos del tercer mundo, con sus secuelas de hambre, ignorancia, desocupación, crimen que crece, enfermedades y muerte. La "ayuda" a los países del tercer mundo y su buena imagen internacional dependen principalmente de que éstos acepten las políticas anti-familia y anti-vida, impuestas desde fuera.

Origen de esta guerra demoniaca y de los muchos males que ha traído ya al mundo es "El Nuevo Orden", un proyecto anglo-sionista de dominación mundial, en el que se pretende que haya un solo gobierno, una sola economía, una sola cultura y una sola religión. Para llegar a su realización estorban la familia, la Iglesia y los Estados Nacionales independientes, que por eso deben ser sometidos y destruidos.

Los impulsores de este proyecto perverso de un gobierno mundial fundaron en 1954 el Club Bildelberg que le da seguimiento. Los anglos lo hacen por ambición.

Los judíos sionistas también, pero sobre todo, por un motivo religioso: su mesianismo fundado en muchas promesas de dominio mundial que se leen en la Sda. Escritura, Antiguo Testamento, promesas que se cumplieron en Cristo, que vino a fundar un Reino universal, no de explotación y dominio, sino de verdad, amor y justicia. Pero como el pueblo judío no aceptó a Cristo, sigue esperando su mesías, ya sea individual o nacional, que le dé por fin el dominio mundial.

Los autores de este proyecto conforman un grupo selecto y cerrado que detenta el verdadero poder político, económico y militar, necesario para llevar adelante su plan, por lo menos en Occidente. Sus instrumentos son la masonería y sociedades secretas, la ONU y sus filiales, las organizaciones no gubernamentales, ONGs, las comisiones de derechos humanos, etc., todas ellas bien financiadas y coordinadas para hacer su trabajo demoledor de las instituciones y de la cultura cristiana.

Antonio Gramsci, marxista anarquista italiano, que murió en 1937, estando en la cárcel escribió "Los Cuadernos de la Cárcel", en los que aconsejaba a los comunistas italianos no usar la violencia para implantar el comunismo en Occidente, como lo estaba haciendo Stalin en Rusia, porque la violencia provoca la reacción del enemigo.

El mejor medio de dominación decía, es cambiar la cultura y "desconstruir" los valores, comenzando con el lenguaje, que lleva al cambio de pensamiento y por lo tanto al cambio de actuación, pues lo que no se dice, no se piensa y lo que no se piensa, no se realiza. Aconseja ganarse a los intelectuales, escritores, filósofos, poetas, artistas, para que ayuden en la tarea de cambiar la cultura cristiana de Occidente. Gramsci declaró al Cristianismo su principal enemigo.

Según él se deben también cambiar las instituciones que forman y protegen al individuo, para llegar a una sociedad informe y desarticulada, fácilmente manejable.

Los autores del proyecto de dominio mundial asumieron estos consejos de Gramsci y comenzaron a ponerlos en práctica, cambiando la terminología y persiguiendo a las instituciones fundamentales. Pervertir el concepto mismo de familia y matrimonio es uno de los cambios mayores en la cultura y el medio más perverso para destruir a los pueblos.

También les ha sido muy útil a estos "insiders", que desde la oscuridad y el anonimato mueven los hilos del mundo, el consejo de Herbert Marcuse. En 1968 hubo protestas de la juventud en varios lugares del mundo contra la situación política, económica y social, protestas que en algunas partes fueron sofocadas con la fuerza pública, como sucedió el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco. Marcuse aconsejó que no se usara la violencia contra los jóvenes, porque los despertaría aún más, dio más bien el consejo de que se les distrajera y divirtiera con estupefacientes, música rock y libertinaje sexual.

Parece que la receta de este individuo surtió su efecto, pues en la juventud ha crecido el uso de estupefacientes, el gusto por esa música estridente, acompañada de contorsiones obscenas y de una letra a veces diabólica, y se han dado al desenfreno sexual sin muchos deseos del compromiso al matrimonio. Es una constatación y una queja general que en la medida en que han aumentado los vicios, han disminuido los ideales en la juventud, lo que no podía ser de otra manera.

La cultura europea, de matriz judeo-cristiana está siendo destruida por el anti-natalismo que va reduciendo la población autóctona y por la inmigración casi siempre forzada de gentes de África y del Medio Oriente, que con guerras y hambrunas provocadas desde el exterior son forzados a migrar a Europa. En el camino muchos miles mueren en el mar. Son gentes de otra raza, cultura y religión que pronto serán mayoría en Europa. Diluir Europa es un propósito en el camino para el gobierno mundial y para la destrucción de la cultura cristiana de Occidente.

Esta lucha entre el bien y el mal, de dimensiones mundiales y apocalípticas será terrible y va para largo. Pero no se vale deponer las armas y darse por vencido antes de entrar en batalla y de emprender la defensa de las instituciones y de los valores humanos y espirituales de nuestra cultura cristiana. Por parte de los cristianos y de los que defienden la familia natural y la vida, se padecerá persecución, tal vez no sólo legal. Pero Dios está de nuestra parte y contra Él y los suyos "no prevalecerán las puertas del infierno". (Mt 16, 18).

Capítulo 15
Peligros de Muerte

Los momentos en que me ha tocado rozarme con la muerte, de los que me di cuenta y recuerdo, fueron varios, porque a lo largo de la vida de cualquier ser humano hay peligros de muerte de los que uno ni se da cuenta, posibles contagios, graves accidentes que por segundos se evitaron, u otros de los que nos apartó, seguramente, nuestro ángel de la guarda.

Piquete de alacrán. Cuando tenía unos 7 años, iba con mi morral de maíz al hombro sembrando detrás de la yunta de mi padre, que abría el surco en la tierra húmeda y olorosa; detrás venía otra yunta tapando lo sembrado. De pronto, sentí un piquete en el pie desnudo y un intenso dolor, miré y vi que era un alacrán, grité a mi padre y me dijo: "Pronto vete a la casa a que te curen". Medio kilómetro distaba la casa, llegué con la vista nublada y con una sensación muy rara en todo el cuerpo.

Que un piquete de alacrán sea mortal o no, depende del veneno del animal y de la resistencia de la persona, yo era muy chico. Mi madre no llamó al doctor sino a las vecinas, que empezaron a darme todos los remedios caseros que conocían: una taza de leche, frijol crudo… y además le prendieron una veladora a las imágenes del Sagrado Corazón y de la Virgen de Guadalupe que estaban en la sala, acompañándolo todo de rezos y súplicas. Lo que más recuerdo es que no podía respirar, sentía como si trajera en la garganta un estropajo, el remedio que me hacían, era hacerme respirar en un cántaro de barro con vapor caliente. Así pasé toda la tarde y la noche, la gravedad fue cediendo y al día siguiente me recuperé, gracias a Dios.

La propela de una lancha y trombosis múltiple. El 28 de diciembre de 1982, vacacionando en la playa de Lo de Marcos, Nayarit, la propela de una lancha me succionó. Por fortuna alcancé a cogerme del borde de la lancha y la propela dio en el tobillo izquierdo, que quedó destrozado; de lo contrario, me hubiera triturado todo el cuerpo y ya no lo estuviera contando. Salía sangre en abundancia, por eso nadé aprisa hacia la orilla antes de que llegaran los tiburones a acabar conmigo. En un centro de salud, en Lo De Marcos, me infartaron las venas para detener la hemorragia y me vendaron provisionalmente.

En Guadalajara, en el hospital Santa Margarita, el Dr. Daniel Sánchez Barba, ortopedista, me operó para poner los huesos del tobillo en su lugar. Pero, por cumplir con mis obligaciones de Rector, no guardé el reposo debido; el resultado fue que después de un mes la pierna izquierda, del tobillo a la rodilla, se hinchó, se puso rojiza y se llenó de trombos. Fui internado en el Hospital de la Sma. Trinidad, me acostaron con la pierna levantada y con medicamentos trataron de adelgazar la sangre para evitar que los coágulos se fueran al pulmón; eso duró algún tiempo. La pierna quedó bastante hinchada durante 25 años, hasta que, con medicina alterna del Dr. Juan Flores y perseverancia, se redujo casi a su estado normal.

Cayó la avioneta. En julio de 1983, cuando estaba saliendo del problema de la trombosis, me invitó Guillermo Huerta, un viejo amigo, a visitar a los seminaristas que estaban de vacaciones comunitarias en el Salvador, Jalisco, al otro lado de la Barranca del Río Santiago, a donde no había entonces camino, pero él me ofreció llevarme en su avioneta. Al querer regresar a Guadalajara, como a eso de las tres y media de la tarde del día 13 de julio de 1983, lo tengo muy presente, por falta de experiencia del piloto se cometieron varios errores: éramos cuatro ocupantes de buen peso, además se sobrecargó

la avioneta con adoberas de queso y damajuanas de mezcal que mis acompañantes consiguieron en el pueblo, mientras yo atendía al grupo de seminaristas con el saludo, una exhortación formativa y santa misa.

La pista tenía tramos con arena húmeda y para colmo el piloto la tomó al revés. Se levantó como a unos 30 o 40 metros de altura, pero no alcanzó la velocidad requerida, el piloto impaciente e inexperto, jaló del timón para levantarla, pero con eso la enfrentó al aire y nos fuimos a pique, directo a un lugar donde había grandes rocas y robledales. El padre Daniel Contreras, Prefecto de los seminaristas que vacacionaban en El Salvador, Jal., nos había llevado del pueblo hasta la mina del Cóbano, donde estaba la así llamada pista de aviación. Al ver cómo se desplomaba la avioneta, desde el suelo nos bendijo y nos dio la absolución, pues estaba seguro que nos mataríamos. Luego él mismo nos ayudó a salir de la avioneta y nos regresó todos maltrechos a El Salvador. Por voluntad de Dios la avioneta fue a dar a un arroyo de arena estrecho, donde las alas hicieron de amortiguador, se doblaron hacia arriba impidiendo que el motor pegara en tierra y se incendiara el aparato con nosotros adentro. La avioneta ahí quedó tirada, inservible pero los cuatro tripulantes sobrevivimos: Guillermo Huerta el dueño, el piloto del que no supe su nombre, el Padre Pedro González que había sido vicario parroquial en El Salvador y tenía compadres y comadres que lo surtieron de quesos y garrafones de mezcal, y el que esto está narrando.

Cuando lo supo el Sr. Obispo Don Adolfo Hernández Hurtado, me dijo que seguramente Dios todavía me quería para algo. Vi en unos segundos la muerte muy cercana y sé que ese día 13 de julio de 1983 volví a nacer. Fueron, pues, en poco más de 6 meses tres peligros de muerte: el de la lancha, la trombosis múltiple y la caída de la avioneta.

Me quedó la sensación de la cercanía de la muerte en cualquier momento, junto con la seguridad que nadie muere sino cuando Dios quiere, por muchos y graves que sean los peligros.

El obsequio anónimo de los mazapanes. A principios de febrero de 1999, a invitación de los Obispos de Estados Unidos, asistí en Dallas, Tx., a una reunión para tratar el tema de la Bioética; la reunión de cuatro días fue en un hotel. Un día por la noche, al ir a mi cuarto a descansar, me encontré sobre la mesa unos mazapanes grandes muy bien presentados, pregunté a la recepción del hotel y me dijeron que era un regalo que había dejado para mí un joven de México. Probé un pedazo muy pequeño, me supo amargo y mejor me deshice de ellos. Por espacio de un mes tuve dolor continuo de cabeza, cosa que casi nunca he padecido. Sospeché que ese regalo tendría relación con mis reclamos de verdad y justicia en la muerte del Cardenal Posadas.

El tequila amargo. Tres meses más tarde, en mayo de 1999, estaba en San Luis Potosí, dando unas conferencias sobre el Sínodo de América, a sacerdotes, religiosos y apóstoles laicos, por invitación del Arzobispo Don Luis Morales Reyes. A la hora de la comida, llegó el encargado de Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación a invitarnos a un diálogo con el candidato a la presidencia de la República, Francisco Labastida. Asistirían el Cardenal Norberto Ribera, Mons. Emilio Berlie Belaunzarán, Arzobispo de Yucatán, y Onésimo Zepeda Obispo de Ecatepec. Nos transportaron en avión a Don Luis Morales y a mí, de San Luis Potosí a la Ciudad de México.

Partimos a las 5:00 horas p.m. para México y, en dos horas, ya estábamos en la que se supone era la casa de Labastida, aunque él no se hizo presente. Antes de la cena nos ofrecieron un tequila blanco ya servido en una copa, lo probé y me supo

amargo, pensé que era sugestión mía, volví a probar un poco y nuevamente el mismo sabor amargo; me puse a examinar la copa y en eso, un mesero llegó por detrás de mí y me la arrebató. Regresé a Guadalajara y a los pocos días comenzó un molestar continuo y cada vez más intenso en el estómago. Me hicieron varios estudios y no aparecía nada.

Ante el dolor que se volvía insoportable, decidieron operarme de emergencia por la noche en el Hospital Santa Margarita, atendido por Religiosas Siervas de Santa Margarita María y de los Pobres. Encontraron gangrenada gran parte del duodeno, del que cortaron metro y medio. Si se hubieran tardado unas horas más en practicar la operación, no viviría para contarlo. A los tres días de operado, me explicó el cirujano que tenía que abrir de nuevo para ver si la gangrena no seguía avanzando. Me volvieron a abrir y por fortuna el mal se había detenido.

Por muchos indicios supimos que el ataque venía de los asesinos del Cardenal Posadas: la invitación repentina de ir a dialogar con el candidato, que no asistió; la insistencia de Gobernación de mandar un avión para llevarme a un hospital de Houston, o sea, para acabar conmigo en el camino; la presencia, muy de mañana, de un individuo enfundado en un overol blanco, que sin ser solicitado por nadie, quería pasar a la terapia intensiva donde yo me encontraba, según él, para fumigar, pero la guardia privada que me cuidaba de día y de noche no lo dejó entrar. A propósito de este suceso, dice la madre Imelda Maciel, entonces Superiora General de las religiosas y testigo de esta amenaza, que de ahí le vino la diabetes. Se interceptó también un mensaje que decía: "Ya le dimos su agua al caballo". El dolor y las molestias serias de esa operación duraron unos tres meses, y se necesitaron más de tres años para regular la digestión de un aparato digestivo disminuido.

Los bienhechores misteriosos. En febrero de 2011 fui invitado a comer por unos supuestos bienhechores que ofrecían ayudar con fuertes sumas para la construcción del Santuario de los Mártires, que, por cierto, ya nunca los volví a ver. De ahí me vino una infección estomacal de la que no hice caso. Viajé con ella dos veces a Roma. En mayo regresé del segundo viaje, que fue con motivo de la beatificación del Papa Juan Pablo II, y fui a dar derecho a la cama con un malestar general en el estómago y en todas las articulaciones del cuerpo, totalmente débil y otra vez con la trombosis en la pierna izquierda. Pero el peligro mortal fue la pérdida de sodio, así me lo dijo mi médico de cabecera Guillermo Ochoa. Nunca supe qué fue, si tifoidea, si hepatitis, si veneno o cualquier otra cosa lo que me había dañado prácticamente todos los órganos vitales, poniéndome una vez más al borde de la muerte.

Me pongo a reflexionar ahora que tengo más de 83 años y estoy más o menos sano, el por qué Dios quiso o permitió muchos dolores y peligros. Tal vez para suavizar un poco mi carácter. Ciertamente para expiar mis pecados y ofrecer algo por los del prójimo. Seguramente también para que fuera comprensivo y compasivo con las muchas personas que Nuestro Señor puso bajo mi responsabilidad, que se enferman, y en último término y lo más importante, para captar el valor redentor del sufrimiento que se ofrece junto con el de la cruz de Cristo. No cabe duda que tanto en vida como en muerte, siempre se cumple la voluntad de Dios y no la de los hombres, y que en mi caso ha sido verdadera la promesa de Cristo: "Y aunque beban un veneno mortal no les hará daño". (Mc. 16, 18).

TERCERA PARTE
Trabajos y Logros

Capítulo 16
Cardenal de la Santa Iglesia

Todos saben que soy Cardenal pero no todos saben qué es un Cardenal, por eso van estas breves líneas para explicarlo.

Por allá en el año de 1963, una tarde de noviembre fui al Hospital Santa Margarita, por la Calle Garibaldi. El P. Tomasito Ramírez, S. J., que había sido mi director espiritual cuando seminarista y después como sacerdote, estaba enfermo en cama y muy decaído. Después de conversar un poco le dije: "Padre Tomasito, lo veo muy malito, a lo mejor nos lo cafeteamos –él sonrió muy apacible y bondadoso-confiéseme y deme su bendición". Tal vez ésta será la última vez, pensé yo, y así fue. Después de confesarme y darme su bendición, me despidió con estas palabras: "Bueno, mi Señor Don Juan, de una vez aprovecho para felicitar a un Cardenal que yo me sé". No tomé en serio aquellas palabras, pensé que quería darme ánimo para entregarme más generosamente al ministerio y pronto se me olvidaron.

Nunca me volví a acordar y nunca lo comenté, hasta que 31 años después, el 27 de octubre de 1994, estando en reunión de Obispos en Cuernavaca, me llamó aparte el Nuncio Prigione, sacó un sobre de la bolsa del saco y me dijo: "El Papa lo nombra Cardenal junto con D. Adolfo Suárez, Arzobispo de Monterrey, ¡Felicidades!" Entonces me acordé del P. Tomasito. Al volver al día siguiente a Guadalajara, del aeropuerto me fui directamente al Hospital Santa Margarita, al cuarto 218 donde había estado el P. Tomasito, estaba vacío, lo cerré por dentro y estuve un rato recordando, orando y agradeciendo a Dios.

Siendo Guadalajara sede Cardenalicia, que tuvo el honor del nombramiento del primer Cardenal mexicano en la persona de su Arzobispo el Sr. José Garibi Rivera, cuando me designaron Arzobispo de Guadalajara supe que algún día podría llegar a ser Cardenal, pero no me imaginé que tan pronto. Tal vez el Papa Juan Pablo II quería confortar a esta comunidad tan lastimada y ofendida por las explosiones del 22 de abril de 1992 y por el asesinato de su Pastor, el Sr. Cardenal Posadas.

La noticia de mi nombramiento se dio a conocer el 30 de octubre y la investidura tuvo lugar en Roma el 26 de noviembre de 1994, a seis meses de mi llegada. Nunca consideré que el Cardenalato fuera un honor personal ni que yo lo mereciera, sino que se debía a la importancia de esta Arquidiócesis de Guadalajara.

Los Cardenales tienen su origen ya en el siglo IV, San Jerónimo, (342-420) por ejemplo, era Cardenal de la Santa Iglesia. Los Cardenales eran los clérigos cercanos al Papa en los que, por sus cualidades, se apoyaba para el gobierno de la Iglesia. La palabra Cardenal deriva de cardex o quicio, "sobre el cual se apoya y se gira". La función de los Cardenales en la actualidad y siempre es aconsejar al Papa, ya sea de manera individual o como Colegio, y sobre todo, elegir en conclave al Vicario de Cristo.

Para aconsejar al Papa de manera institucionalizada, se nombra a los Cardenales miembros o consejeros de los Dicasterios, que son los órganos del gobierno universal de la Iglesia, por un período de 5 años, renovable una sola vez. Desde 1994, al ser nombrado Cardenal, hasta 2013, al cumplir 80 años de edad, fui consejero o miembro de varios Dicasterios y viajé a Roma en promedio tres veces al año para acudir a las reuniones.

Con meses de anticipación se fija la fecha de la reunión, para apartarla en la agenda personal, y se nos envía el tema a tratar acompañado de algunas consideraciones que ayudan a ir con cierta preparación. Las reuniones duran de 2 a 5 días: se trabaja mañana y tarde, en un horario que se observa con puntualidad. El método de trabajo es muy sencillo e ilustrativo: primero se responde a la pregunta ¿cuál es el problema?, para ir luego al segundo paso: ¿cuál es la solución? Las reuniones terminan siempre con una audiencia con el Santo Padre, que bien informado de lo que se opinó, señala los puntos clave que se han de poner en práctica.

Son dos títulos y dos responsabilidades diferentes: como Arzobispo se está a cargo de una diócesis, como Cardenal se aconseja al Papa en asuntos de la Iglesia Universal. Hay Cardenales que no tienen diócesis que gobernar, como los que trabajan en la Curia Romana; y hay Arzobispos, y son la mayoría, que no son Cardenales, porque el número de éstos está restringido en la actualidad a 120 electores del Papa, que no hayan cumplido los 80 años de edad y que deben, de alguna manera, representar a la Iglesia universal.

Para significar que los Cardenales son del clero de Roma y familiares del Papa, a cada uno se le asigna una Basílica Titular en Roma. La mía es la de Santa María de Guadalupe y San Felipe de Jesús, por la Vía Aurelia Antigua, de la que fue antes Titular el Sr. Cardenal Posadas. La dignidad Cardenalicia se tiene hasta la muerte así como algunos derechos que establece el Código de Derecho Canónico, ley de la Iglesia.

Capítulo 17
Estilo de Gobierno

Cómo haya sido mi estilo de gobierno lo pueden decir, mejor que yo, la feligresía y, sobre todo, los sacerdotes, más cercanos y casi todos conocidos. Uno se juzga equivocadamente a sí mismo, unas veces con benevolencia y otras con rigor cuando se es perfeccionista. Diré pues, tal vez, lo que quise hacer y no lo que hice en realidad.

Ante todo, procuré la continuidad en una diócesis de tan larga y rica tradición. Pretendí seguir edificando sobre lo que construyeron tan grandes y tan dignos pastores durante el siglo XX, a los que admiro y de los que me siento indigno sucesor.

La Curia Diocesana siguió organizada como la dispusieron el Sr. Cardenal Garibi Rivera y el Sr. Cardenal Salazar, con el mismo personal, que poco a poco se iría cambiando, más que nada por razones de salud o edad. Continué la atención cercana y personal a los fieles y de manera especial a sacerdotes que acudían.

El cuidado amoroso y vigilante del Seminario, el corazón de la diócesis y la pupila del obispo, permaneció como se venía haciendo desde los tiempos del gran Arzobispo Don Francisco Orozco y Jiménez, pasando por los cuidados del Sr. Garibi Rivera, que lo visitaba con frecuencia, daba clases de pastoral, asistía a los exámenes públicos y lo llegó a dotar de los nuevos edificios en los que ahora se alberga. El Sr. Cardenal Salazar fue Rector por muchos años y dejó huella.

Al ser nombrado Arzobispo, prosiguió muy atento a la formación de los alumnos y a la selección cuidadosa de los mejores formadores.

Este servidor, como Arzobispo, siguió la tradición de visitar el Seminario en fiestas, academias o para atender a sacerdotes los miércoles por la mañana. Siempre me atuve a la norma de elegir a los sacerdotes más idóneos para formadores y que la economía no fuera obstáculo para una verdadera vocación sacerdotal. Puse al Sr. Obispo Miguel Romano Gómez como Rector, sacerdote inteligente, piadoso y muy responsable, que haría, sobre todo con su ejemplo, una gran labor formativa.

Como desde los tiempos del Sr. Salazar, la junta de gobierno siguió llevándose a cabo los martes por la tarde; a ella asistían los Obispos Auxiliares, el Vicario General y el Secretario Canciller. Se ventilaban todos los asuntos abiertamente y con toda libertad; la consulta era real y leal, no se llevaban ya decisiones tomadas, simulando que se consultaba.

En los obispos auxiliares, que fueron casi siempre entre cinco y seis, no delegué territorios sino tareas diocesanas y sectores de la pastoral: el Seminario, la formación permanente del clero, la vida religiosa, el apostolado laical, la economía diocesana, etc. Se les informó a los sacerdotes que podían invitar libremente a fiestas patronales y confirmaciones al obispo que desearan.

Y ante todo, se les aclaró que lo que acordaran con los obispos auxiliares quedaba arreglado conmigo, pues siempre fui realista y consciente de que no todos tendrían confianza en mí o deseos de acercarse; además, siendo un presbiterio tan numeroso, le sería imposible a un solo obispo atenderlos a todos oportunamente.

En el punto de la continuidad con mi antecesor, el Sr. Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, está sobre todo dar seguimiento al Segundo Sínodo Diocesano, para el cual, ya se habían celebrado varias asambleas diocesanas. Al llegar yo en 1994, me preguntó el Padre Arturo Martín del Campo, Coordinador General, si quería que el Sínodo continuase, le respondí que sí y lo ratifiqué en su cargo de Coordinador. Le pedí que se ordenaran y evaluaran las propuestas hechas por la asamblea, para darles forma en un documento que resultara ordenado y enriquecido con la doctrina del Vaticano II y de los documentos posteriores, puesto que la intención había sido aplicar este gran Concilio a la pastoral diocesana.

Resultó un documento ordenado, rico en doctrina y con propuestas claras, que recibió grandes elogios de la Santa Sede después de haber sido presentado al Papa Benedicto XVI en la Visita "Ad limina", en septiembre del 2005. Este Segundo Sínodo Diocesano sigue teniendo validez hasta que se celebre un tercero, pero parece que al presente está totalmente olvidado.

En lo que se refiere a obras materiales, la asamblea del Sínodo Diocesano había solicitado que se construyera un albergue digno para sacerdotes enfermos y ancianos, y un gran auditorio para las frecuentes reuniones y celebraciones multitudinarias. Tomé por mi cuenta estas peticiones y la primera obra material fue el Trinitario Sacerdotal, edificado desde sus cimientos al lado norte de la Casa Diocesana de Ejercicios. Cuando en el año 2000 se canonizaron nuestros mártires, pensamos fundir en un solo proyecto el Auditorio y un Santuario para venerar a todos nuestros Mártires y demás santos y beatos mexicanos. De la construcción de esta magna obra se habla en lugar aparte.

Para la mejor atención, de la no muy extensa pero sí, muy poblada Arquidiócesis, se reorganizaron y aumentaron las Vicarías Episcopales y los Decanatos. Se redactaron manuales con las funciones de Vicarios Episcopales y Decanos. A los Vicarios Episcopales se les dieron, en su territorio, facultades semejantes a las del Vicario General, excepto en dos puntos: dar el "Imprimatur" a los libros y folletos y aceptar o despedir sacerdotes y religiosos.

Las reuniones del Consejo Presbiteral siguieron efectuándose cada dos meses, con duración de día y medio y siempre con la presencia de algún obispo auxiliar o mía. Igualmente, se integró conforme al Derecho, el Colegio de Consultores que sesionaba regularmente para consultas más graves.

Nunca tuve secretario particular que organizara mi agenda, la llevaba yo mismo, y el teléfono de casa estaba siempre disponible para todos los sacerdotes, a quienes procuraba atender lo más pronto posible. No había intermediario entre los sacerdotes y yo que me condicionara y me recomendara a quién recibir y a quién no. Podrá decir más de alguno que faltó protocolo, y es cierto, pero el protocolo nunca me importó, pues no va con mi forma de ser. En cuanto mi agenda lo permitía, aceptaba cualquier invitación a templos en la ciudad o a parroquias lejanas y pobres.

Distribuía el día de la siguiente manera: levanto a las 5:30 de la mañana, aseo personal, oración y desayuno en casa. De las diez de la mañana en adelante atendía los asuntos del Arzobispado: primero los papeles de secretaría con el P. Juan Pablo Preciado, secretario de lujo, eficaz y muy responsable; la correspondencia personal la despachaba con la secretaria Meche Pedroza, qpd., mujer consagrada, muy eficiente y servicial.

Despachados los asuntos de secretaría, comenzaba a recibir a las personas que esperaban en el corredor, dando preferencia a los sacerdotes. Ir sin rodeos al asunto hacía que el tiempo rindiera para poder atender en una mañana algunas veces hasta treinta personas. Lo enorme de la diócesis y el deseo de atender a todos, en lo posible, me hacían ser avaro con mi tiempo. Por la tarde, después de comer y hacer una breve siesta, me ocupaba en revisar la correspondencia que había llegado ese día, para dar luego el curso debido en consulta a los obispos auxiliares en la junta semanal de gobierno.

La Arquidiócesis de Guadalajara ya la conocía y la conocí aún más, porque no sólo visitaba a las parroquias para las confirmaciones o en fiestas patronales, sino que también asistía a las reuniones de vicarías episcopales y de algunos decanatos, siempre en su propio territorio. Atendía también, en cuanto me fuera posible, las invitaciones de religiosos y religiosas a sus fiestas, ceremonias y capítulos.

Capítulo 18
La Pastoral Orgánica

Siempre hubo un comedido y respetuoso estira y afloja entre un grupo pequeño de sacerdotes "pastoralistas" y este servidor, sin llegar a romper lanzas, en relación al contenido y forma del Plan de Pastoral. Cuando llegué como Arzobispo a Guadalajara en 1994 ya se habían publicado el primero y el segundo Plan de Pastoral; acerca de su calidad y contenido dejo al lector la tarea de investigar, pues seguramente en los archivos de la pastoral diocesana debe haber todavía algunos ejemplares.

La actual pastoral orgánica nació en Guadalajara con las varias visitas del Canónigo Boulard, en tiempos del Sr. Cardenal José Salazar, que se dio a la tarea de dirigir la diócesis en la línea del Concilio Vaticano II. El Canónigo Boulard venía de Francia a explicar el método de la planeación diocesana en consulta con toda la comunidad, a fin de involucrarlos a todos en la acción pastoral. De ahí surgió la idea de un proceso pastoral permanente, para llegar, según exponían, a una fórmula definitiva que diera respuesta a todos los problemas pastorales.

Como esa fórmula completa y definitiva no llegaba, se hablaba de dar "pasitos", lentos, muy lentos, mientras que el tiempo pasaba y la realidad concreta cambiaba rápidamente. Además, parecería que ese proceso diocesano de pastoral se desenvolvería por sí mismo, como si fuera autónomo en relación a la autoridad del obispo y ajeno a lo que pasara en la Iglesia universal, poniendo a un lado a la diócesis como si fuera una isla separada del cuerpo de la Iglesia.

El problema se hizo mayor porque en aquel entonces ocurrieron varios acontecimientos de carácter universal en la Iglesia. El primero fue el anuncio del Año Santo de la Encarnación para el 2000, y su preparación, delineada por el Papa Juan Pablo II, que proponía destinar los tres años previos a celebrar y promover el amor a la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, junto con la práctica de las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad; así mismo, invitaba a profundizar la doctrina y la práctica de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana: Bautismo, Confirmación y Penitencia, dejando para el Gran Jubileo del 2000 el sacramento de la Eucaristía, que debería retomarse como centro de la vida cristiana.

El tercer Plan Pastoral, que fue el primero bajo mi gobierno, por fuerza debía tomar la propuesta del Papa para disponer a toda la comunidad diocesana a la celebración del Gran Jubileo de la Encarnación. Los "pastoralistas" rasgaron sus vestiduras porque se interrrumpía el proceso diocesano, decían que se había caído en una "pastoral de eventos". ¡Como si los eventos o hechos de la Historia de Salvación se hubieran terminado en Pentecostés!

El mismo año 2000 del Jubileo, el Santo Padre concedió a Guadalajara la celebración del 48° Congreso Eucarístico Internacional, a realizarse en el año 2004. Había que prepararlo lo mejor posible y hacer que toda la diócesis y México entero participaran, tanto en su realización como de sus frutos; a ello se aplicó el Cuarto Plan de Pastoral. Se volvía pues a caer en la "pastoral de eventos"…

En el año 2007 se llevó a cabo la Quinta Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, en Aparecida, Brasil. Resultó de ahí un documento fresco e iluminador de la realidad latinoamericana y por ende, esencialmente pastoral, documento

acompañado de la petición expresa del Papa Benedicto XVI de llevar a cabo una Misión Continental Permanente, que parece haberse olvidado.

De nuevo volvimos a la "pastoral de eventos", ya que el contenido del Quinto Plan de Pastoral fue la aplicación del documento de Aparecida a nuestra realidad diocesana, además de la planeación de una misión permanente en la diócesis, sin olvidar, desde luego, recoger los frutos de esa inmensa gracia de Dios para Guadalajara que fue el 48° Congreso Eucarístico Internacional. Todo con destino especial para la familia, una de las principales prioridades de la Iglesia desde hace varias décadas.

Para la elaboración de estos planes de pastoral no hubo muchas asambleas diocesanas, pero sí varias reuniones de sacerdotes y laicos en vicarías episcopales, decanatos y parroquias, en las que se recopilaron las apreciaciones de la realidad y muchas propuestas, quedando a un grupo de sacerdotes competentes en las distintas disciplinas teológicas y pastorales, dar doctrina y forma a los escritos.

Creo que la cuestión de fondo es entender que la Fe en Cristo no es una filosofía, un teorema o un sistema de verdades abstractas acerca de Dios, del mundo y del hombre, sino que por el contrario, es toda una Historia de Salvación, cuyo centro y actor principal es el mismo Cristo, historia que no se terminó en Pentecostés, sino que continúa en el tiempo de la Iglesia.

La Iglesia supo, desde la temprana aparición de los gnósticos, ya en los tiempos apostólicos, que la fe no es una ciencia oculta, una elucubración sutil que sólo los que la alcancen se salvarán, sino la certeza de una historia de salvación condensada en los hechos salvíficos del Credo Apostólico, hechos salvíficos situados en el tiempo y en el espacio, razón por la cual se incluye Poncio Pilato en el Credo.

Los "pastoralistas" daban la impresión de asumir las orientaciones de Boulard como palabra de Dios, sin mutación alguna y valederas a perpetuidad. Además, tenían la esperanza de encontrar un día la fórmula mágica, la piedra filosofal, que diera respuesta definitiva a la pastoral y fuera la solución de todos los problemas. ¿Habrá ingenuidad mayor? Por más de 19 siglos el único plan pastoral que siempre tuvo la Iglesia fue el de predicar la Palabra de Dios, administrar debidamente los sacramentos a los creyentes y ejercitar el amor de Cristo en innumerables obras de caridad.

Los planes pastorales que se vienen elaborando a partir del Vaticano II, serán enriquecedores, siempre y cuando atiendan a los problemas urgentes del momento, y si la realidad es presentada por todo el pueblo de Dios, para que los teólogos, liturgistas, canonistas, etc., apliquen al contexto de la realidad la Palabra de Dios y las enseñanzas de la Iglesia.

Es necesario ser conscientes de que los planes de pastoral, en las iglesias particulares, tienen solamente una validez temporal; sirva de ejemplo que aquí en Guadalajara van ya seis planes en cuatro décadas. Se redactan para atender una situación específica del momento, porque si tardan mucho tiempo, pierden validez y actualidad, ya que la realidad, todos lo sabemos, es cambiante y más en la época actual.

Es además muy importante tener en cuenta que un plan pastoral no lo es todo, y más que quitar validez, debe ponderar y llevar a la vida de la comunidad los documentos de la Iglesia: Concilios, Sínodos, Sumos Pontífices, y primordialmente, la Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras y en la Tradición.

Por último, se impone una consideración prioritaria fundada en la teología: una diócesis o Iglesia Particular forma parte de la Iglesia Universal; a través del Vicario de Cristo su Cabeza, se exponen las directrices para todos los fieles, a sabiendas de que como bautizados, formamos un solo cuerpo en comunión con Él. Aún más, el fenómeno de la globalización mundial hace que los problemas y retos se vuelven comunes y pidan respuestas comunes. ¡No podemos ser una isla!

A modo de resumen vayan estas consideraciones, que a mi juicio se deben tomar en cuenta cuando se trata de planes de pastoral:

- Que el cristianismo no es una teoría, sino una Revelación histórica, a partir de la iniciativa divina que pone en acto una Historia de Salvación centrada en Cristo y que sigue actuándose en el tiempo de la Iglesia.

- Que la Fe es la respuesta a la Revelación y por tanto, los criterios son los de Dios, que se aplican en obediencia a sus designios de salvación.

- Que el Obispo de una diócesis tiene el derecho y el deber de orientar la pastoral.

- Que una diócesis es parte de la Iglesia Universal y debe actuar como tal, en comunión con ella.

- Que no existe ninguna solución o fórmula mágica que dé respuesta completa a todos los problemas pastorales.

- Que la verdadera pastoral será siempre predicar "a tiempo y a destiempo, con oportunidad y sin ella", la Palabra de Dios, santificar al pueblo con los sacramentos y promover la caridad fraterna, sobre todo, con los necesitados; todo ello acompañado de la oración y el buen ejemplo del pastor.

- Que la realidad tan cambiante de hoy necesita respuestas prontas y oportunas.

- Que la Iglesia en su Año Litúrgico celebra eventos, o sea los misterios de Cristo, desde su Encarnación y Nacimiento hasta su Ascensión a los cielos y venida del Espíritu Santo. ¡No existe ninguna celebración del Sermón de la Montaña o de algún otro discurso del Señor o de alguna proposición doctrinal!

Capítulo 19
Los Movimientos de Apostolado Laical

Una de las grandes riquezas espirituales de esta Iglesia de Guadalajara son los laicos, con su vida cristiana sólida, amor a la Iglesia y disposición para ejercer su sacerdocio real en las obras de apostolado, ya sea individualmente u organizados en los muchos grupos y movimientos de apostolado laical.

Los apostolados en la Iglesia son dones y carismas del Espíritu Santo, que los va suscitando en respuesta a las necesidades y desafíos de los tiempos. Así pienso, por ejemplo, del Movimiento Familiar Cristiano y muchos otros grupos de Apostolado a favor de la familia que aparecieron en la Iglesia antes y en previsión de la avalancha de persecuciones que se vendrían en contra de la familia, para desfigurarla y desaparecerla.

Dígase lo mismo de los Cursillos de Cristiandad que se adelantaron a poner en práctica la teología del Vaticano II sobre el laicado, proclamando el Kerigma en la predicación, en los llamados "rollos".

El movimiento de Renovación en el Espíritu Santo, que bien acompañado, acerca tantos cristianos a Dios y los anima a vivir con alegría su fe. El Camino Neocatecumenal, que tiene su origen en un joven bohemio convertido, Kiko Argüello, y que ha contado con todo el apoyo de Paulo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y del Papa Francisco.

De alguna manera, Dios dispuso en su providencia, que yo tuviera contacto con estos grupos y los conociera mucho antes de ser Arzobispo. Esta experiencia me llevó a valorarlos, tenerlos en gran estima y ayudarlos en su momento. En el verano de 1958, era todavía estudiante y me encontraba en España investigando para mi tesis doctoral. Antes de regresar a Roma tuve la gran oportunidad de hacer en Burgos el Cursillo de Cristiandad; fue una experiencia inolvidable ser testigo de la conversión y el entusiasmo de hombres que habían vivido por mucho tiempo alejados de la Iglesia. Después, como Rector del Seminario, procuré que todos los alumnos de teología vivieran el Cursillo para que conociéndolo, lo apoyaran en su futuro ministerio sacerdotal.

De 1967 a 1971 siendo prefecto en el Seminario de Tapalpa, fui invitado a asesorar el Movimiento Familiar Cristiano, recién fundado ahí. Se realizaba una reunión de estudio cada semana con su respectiva cena, pero como algunos comenzaron a llegar tarde, sólo a la cena, dispuse que la cena fuera primero y luego el estudio, lo cual, dio resultado. De esta manera conocí el M.F.C., el primero de los muchos movimientos que han surgido en favor de la familia.

Cuando era obispo de Cd. Juárez, acudí a la ciudad de Chihuahua a un curso sobre Comunidades Eclesiales de Base. Considero que éstas son benéficas siempre y cuando se enfatice más lo eclesial que lo de "base". De igual forma, con el interés de conocer y aprender, ahí mismo en Cd. Juárez, asistí a un taller de oración del Padre Ignacio Larrañaga, q.p.d. En la Semana de Pascua de 1992, Kiko Argüello hizo una invitación a todos los Obispos de Norte y Sudamérica, a viajar a la ciudad de Santo Domingo para darnos a conocer el Camino Neocatecumenal. Bien recuerdo, que estando allá, me llegó la tremenda noticia de las explosiones en Guadalajara, del 22 de abril.



Con S. Juan Pablo II y el Cardenal Pió Laghi, 1995.



Con el amigo, Monseñor Salvador Tello.



Con mi cronista y editor, Juan Manuel Reyes Brambila.



En Wirsburg, Alemania con Monseñor Salvador Tello.



Con el Cardenal Norberto Ribera y el Obispo Marcelino Hernández



Con las religiosas Siervas de Sta. Margarita y de los Pobres, Monseñor Oscar Sánchez Barba y Javier Torres (Chololo), Islandia, 1998.



Obispos con el Presidente Fox.



En Roma con el Presidente Enrique Peña Nieto, los cuatro Cardenales Mexicanos, marzo 2013.



Con el Comandante Fidel Castro. La Habana, Cuba. 2009, con ocasión de pedir una casa para las religiosas de la Orden del Divino Salvador.



En los Andes con Monseñor Salvador Tello.



Los cuatro Cardenales Mexicanos. 15 de marzo de 2013.



Juramento al inicio del Conclave que eligió a Benedicto XVI, abril 2005.



Con el Papa Benedicto XVI que siempre me llamó su amigo.



Con el Papa Francisco en la Misa de inició de su Pontificado, 19 de marzo de 2013.

Continuando con la referencia al Camino Neocatecumenal, cinco años después, en 1997, por estar cerca del Papa como Relator General del Sínodo de América, me pidieron que entregara en mano al mismo Papa Juan Pablo II, al Cardenal Sodano y al Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, los Estatutos del Camino Neocatecumenal junto con la petición de su aprobación. Este encargo se lo debo a varios Cardenales amigos del Camino: Cordes, Ratzinger, Meizner y Rouco Varela, que según acordaron "necesitaban una mano inocente" y esa mano era la mía. Gracias a Dios, más adelante, se otorgó la aprobación de los Estatutos por parte de la Santa Sede.

En Octubre de 2005, añadí mi firma a la de algunos otros Cardenales para hacer una nueva solicitud al Papa Ratzinger, recién elegido, de permitir, como una experiencia valiosa dentro la Iglesia, seguir celebrando la liturgia eucarística propia del Camino Neocatecumenal.

Mucho contribuyó también, a abrir mi horizonte teológico y pastoral, la participación en los Sínodos de los Obispos y las Asambleas del CELAM, así como las muchas reuniones en Roma, en uno u otro de los dicasterios de los que obispos y cardenales somos miembros o consejeros. A todas ellas asistí siempre puntualmente y con la conciencia de que más que dar, iba a recibir.

Ojalá que esta apertura se haya reflejado en mi servicio pastoral. Como Arzobispo de Guadalajara, mi disposición fue siempre de alentar y aprobar y no de prohibir y apagar el Espíritu, incluso, cuando algunas comunidades religiosas pedían ser admitidas en la Arquidiócesis, y yo les preguntaba cuál era el motivo para venir.

Con cierta reticencia solían responder: "Venimos a misionar", a lo que yo les contestaba: "¿No será más bien que vienen a conseguir vocaciones?" Como las vocaciones las da Dios y hay para todos, nunca negué la admisión a una comunidad seria y en regla con los Cánones. Además, estoy convencido que una familia de la que sale una vocación es una familia evangelizada por el mismo Dios. ¡Entonces sí resultaba cierto que "venían a misionar"!

Capítulo 20
Algunas Realizaciones

El director de la orquesta recibe los aplausos del público, sin embargo, con sólo una batuta en la mano pero sin orquesta, no hay música. Lo mismo sucede en una diócesis, el obispo lleva la batuta, pero quienes logran que la magia de la música fluya, son los muchos y buenos colaboradores que Dios le da, sean sacerdotes, religiosos o laicos. Por lo que no dudo en otorgar el principal mérito a estas extraordinarias personas, de manera especial a los señores obispos auxiliares, que siempre trabajaron a mi lado asumiendo cabalmente mis directrices y poniendo su mejor esfuerzo en la realización de dichas obras en beneficio de la Iglesia de Guadalajara. En particular siempre he agradecido a Dios los obispos auxiliares que me dio, unos condiscípulos y otros alumnos míos, por tanto, conocidos y amigos.

A mi llegada a Guadalajara, di continuidad al II Sínodo Diocesano, llevándolo a término hasta su redacción final, para que la doctrina del Vaticano II y el posterior Magisterio de la Iglesia se aplicaran a la pastoral diocesana. Asumí también el reto de las obras materiales.

Trinitario Sacerdotal.

La primera obra material que se realizó fue el "Trinitario Sacerdotal", una obra de primordial necesidad y entera justicia para los sacerdotes ancianos y enfermos. Se construyó desde sus cimientos, con ayuda de todas las parroquias, al lado norte de la Casa Diocesana de Ejercicios, atendiendo a una petición presentada en las asambleas diocesanas para el Segundo Sínodo, en tiempos de mi antecesor el Sr. Cardenal Juan Jesús Posadas

Ocampo. Esta casa ha brindado un servicio digno y de calidad, gracias a los médicos y a las Religiosas de la Congregación religiosa "Dei Verbum", que oran por los sacerdotes y los atienden con amor y solicitud. Su gestión ha significado, además, un ahorro notable para la economía diocesana, por los muchos servicios médicos que ahí se prestan, incluyendo la atención otorgada a obispos y sacerdotes con enfermedades terminales prolongadas.

Santuario de los Mártires de Cristo Rey.
Crónica de un proyecto de la Arquidiócesis de Guadalajara.

En tiempos del Sr. Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo se realizaron varias asambleas para preparar el Segundo Sínodo Diocesano, en ellas participaron sacerdotes, religiosos y laicos en representación de toda la comunidad diocesana. En esas Asambleas se solicitaron dos obras materiales muy necesarias: una casa para sacerdotes ancianos o enfermos y un auditorio de gran capacidad, para no seguir pidiendo locales a veces no dignos para las frecuentes celebraciones litúrgicas multitudinarias.

Apoyado por algunos laicos, nos dimos a la tarea de buscar un predio grande, por lo menos de diez hectáreas para hacer un auditorio con capacidad para unas diez mil o más personas. Mientras se buscaba el terreno se dio el feliz acontecimiento de la canonización de nuestros mártires Cristóbal Magallanes y Compañeros, el 21 de mayo del año 2000, en Roma, en el marco del Gran Jubileo de la Encarnación. Se pensó entonces en levantar un santuario a nuestros mártires en Guadalajara, de donde eran la mayoría y que además, habían sido alumnos de nuestro Seminario. Para no realizar dos obras grandes se decidió fundir en uno solo los dos proyectos: un santuario grande en honor a nuestros mártires que tuviera la capacidad de un auditorio.

Después de 10 años de tratos con la familia de Don José Aguilar Valencia, que murió intestado, se logró que los herederos se pusieran de acuerdo y así, pudieran donar la mayor parte del terreno en el Cerro del Tesoro para el Santuario de los Mártires, terreno de 16 hectáreas que quedó escriturado a nombre de la Arquidiócesis de Guadalajara.

Primera etapa 2000-2004. Al final del año 2000 se encomendó a un grupo de cinco sacerdotes promover la obra del Santuario de los Mártires. El grupo se desintegró y sólo quedó con el proyecto Mons. Oscar Sánchez Barba. Hubo inexperiencia y falta de dirección, así como generosidad y entusiasmo por parte de muchos donantes, pero también se dieron abusos de gente que se metió a la obra, más para medrar que para ayudar. Yo no podía estar directamente, al pendiente, porque en ese tiempo, además del exceso de trabajo que ya tenía al dirigir la diócesis, tenía el encargo de la preparación del magno evento del 48° Congreso Eucarístico Internacional.

La obra realizada en esta primera etapa consistió en comenzar a terraplenar el Cerro del Tesoro, con la ayuda de importantes donadores que prestaron maquinaria pesada para hacerlo. También se construyó la Capilla provisional desmontable, con capacidad para unas tres mil personas, donde se viene celebrando misa desde el año 2004 los domingos y días festivos.

Segunda etapa 2005–2012. Pasado el 48° Congreso Eucarístico Internacional, se retomó el proyecto del Santuario de los Mártires. Se formó un Consejo Pro Construcción, integrado por los Obispos Auxiliares, algunos sacerdotes y laicos arquitectos, ingenieros, abogados y publicistas: todos ellos gente de gran valía, que sin cobrar llevaron adelante el proyecto. Este consejo sesionó regularmente cada mes, con mucha eficacia bajo mi coordinación.

Lo primero que se acordó fue limpiar totalmente la etapa anterior de adeudos y pendientes legales, para lo cual el Lic. y C.P. Juan Manuel Hernández Méndez, empleó toda su habilidad, conocimientos profesionales y casi dos años de tiempo. La deuda de gratitud que se tiene con él es muy grande y Dios lo ha de bendecir y premiar.

No fue fácil volver a crear confianza en la sociedad y aun en el Presbiterio diocesano, pero se fue logrando a medida que captaron la importancia del proyecto y la capacidad y honorabilidad de las personas que, incondicional y desinteresadamente, integraron el Consejo Pro Construcción. Conforme avanzaba la obra comenzaron a llegar las ayudas de Guadalajara, de México y hasta del extranjero, como los fuertes donativos de Los Caballeros de Colón, a través del Caballero Supremo Carl Anderson, y el apoyo del Cardenal de Colonia, Alemania, Joachim Meizner.

Los sacerdotes fueron dando buenas aportaciones personales, además de que casi todos los párrocos donaron libremente el 5% o hasta el 10% de los ingresos mensuales. Los donativos que llegaron a mí, los entregaba puntualmente a la Caja del Arzobispado que llevaba las cuentas.

Lo que se realizó hasta febrero de 2012:

- Se obtuvo el terreno de 16 hectáreas y las escrituras del mismo a nombre del Arzobispado de Guadalajara, en el cerro del Tesoro, situado en el lado sur de la ciudad, dentro del anillo periférico.

- Se terminaron los terraplenes y se hicieron los muros de contención.

- La cimentación muy profunda del gran Santuario, en un terreno volcánico heterogéneo, donde se enterraron cientos de toneladas de acero y concreto.

- Los formidables muros que se elevan a 15 metros sobre el nivel del suelo y en ellos, ahogadas en cemento se colocaron 200 anclas de acero, de las cuales se fijó la estructura de acero del techo, de 1200 toneladas de peso, que forman la red estructural de la cubierta.

- Se dejó además una buena cantidad de dinero para contratar la cubierta que iría sobre la estructura de acero.

- Se dejó contratada y pagada gran parte del mármol para el piso con el señor Domingo Ojeda, y 900 bancas también pagadas con la Familia Lupercio.

- Quedó construida una cripta bajo el presbiterio, en la que se colocarían urnas para restos áridos; de ahí podrán venir recursos para seguir la obra.

- Se hizo contrato con Autofin para vender las urnas para restos áridos que se depositarían en las capillas del Santuario de los Mártires. Mientras tanto las cenizas en las urnas que se han vendido reposan en las criptas del templo de La Paz.

Es una ilusión muy grande tener pronto terminado el Santuario, para honra de nuestros mártires y para comenzar a realizar ahí las reuniones y celebraciones eucarísticas multitudinarias.

Es obra de profesionistas mexicanos, muy competentes y prestigiados, como el Arquitecto José Manuel Gómez Vázquez Aldana y varios ingenieros con calidad profesional y por supuesto, el mérito de todos los integrantes del consejo consultivo, con sus valiosas opiniones y sugerencias. ¡Dios les ha de pagar!

El Centro Diocesano de Comunicaciones.

El Centro Diocesano de Comunicaciones se construyó en un terreno de casi dos hectáreas que estaba rentado por una nada al Club Deportivo Guadalajara. Se destinó una tercera parte para el Centro de Comunicaciones, que pronto se construyó y ha crecido más que cualquier otra comisión diocesana. Otra tercera parte se asignó a la "Fundación Garibi Rivera", que también edificó ahí su sede. La parte restante está reservada para el Centro Diocesano de Catequesis, en espera de que algún día se construya. "La Fundación Garibi Rivera" es una obra en la línea de la promoción social, que ayuda a personas pobres con préstamos modestos para emprender algún pequeño negocio familiar.

Periódico Diocesano "El Semanario".

Desde hacía tiempo se sentía en la Iglesia de Guadalajara la necesidad de contar con un medio propio para dar a conocer lo que realmente la Iglesia piensa y dice, y no estar sujetos a los medios de comunicación profanos, que suelen, según sus intereses, alterar la información. Sirvió mucho la experiencia que tuve en Cd. Juárez, donde fundé el periódico diocesano "Presencia", una publicación semanal que se distribuía en los templos en las misas dominicales. De igual manera, el periódico diocesano de Guadalajara, "El Semanario", como su nombre lo indica, se publica cada semana y se distribuye principalmente en los templos, para formar e informar.

Este medio informativo ya se acerca a las dos décadas de vida y cuenta con rotativo propio para su impresión. ¡Son muy de alabar los muchos sacerdotes y laicos, que desde los inicios del Semanario hasta el día de hoy, se han entregado con entusiasmo y profesionalismo al quehacer de las comunicaciones sociales en pro del Evangelio!

Casas para los Seminaristas de Secundaria.

En lo que toca al Seminario Diocesano, a mi llegada como Arzobispo, se reabrió la Secundaria con varias casas, con el objetivo de multiplicar la opción vocacional. Se consiguió terreno y se construyó un Seminario en Cuquío, Jal., gracias a las gestiones del Sr. Obispo Auxiliar J. Trinidad González. Igualmente en Ahualulco, Jal. por medio del Padre Rafael Uribe Pérez. Y en Guadalajara, por iniciativa del Sr. Obispo Miguel Romano Gómez, Rector del Seminario, se realizó la construcción de la Secundaria "Anacleto González Flores" en los terrenos del Deportivo del Seminario en Atemajac.

Estas tres casas nuevas, se añadieron a la de Totatiche, Jal., fundada por San Cristóbal Magallanes en 1916, y a la de la Barca, Jal., fundada en 1987 por iniciativa de los sacerdotes de esa Vicaría Episcopal; algunos años después el Padre Prefecto Héctor Torres consiguió un terreno amplio y construyó la nueva casa y una capilla muy grande.

Canchas de fútbol en Tapalpa, Jal.

En Tapalpa se compró, por iniciativa del Padre Agustín Cortés, Prefecto, y con dinero de la caja del Arzobispado, un terreno al lado del Seminario, para disponer de dos campos de fútbol, muy necesarios para la actividad deportiva de los alumnos del Curso Introductorio.

Radio María y María Visión.

Hablando de medios de comunicación, hay que nombrar dos a los que tuve la satisfacción de abrirles las puertas en la Arquidiócesis.

Uno es Radio María, fundada en Italia por un laico católico, Emmanuele Ferrario, quien después de abrir estaciones en otros países, vino a México y escogió Guadalajara para instalar este importante medio de comunicación católica. Lo recibí con gusto y con mayor gusto concedí el permiso. Los comienzos, como los de toda obra importante, fueron difíciles, pero el P. Roberto Dueñas y algunos laicos competentes en la materia, lo echaron a andar. Con rifas, venta de alimentos y donativos salieron adelante con los gastos mensuales, que no eran pocos. Hoy Radio María cuenta con ocho frecuencias y están concedidas otras seis para distintas ciudades de México. En Guadalajara tiene sede propia, muchos colaboradores y sobre todo numeroso auditorio.

La otra obra es María Visión, canal de televisión católico, fundado y sostenido por un matrimonio de gran fe y profunda devoción: Emilio Burillo Azcárraga y su esposa la señora Mónica Alemán, que recibieron favores muy especiales de la Santísima Virgen María y quisieron agradecérselo fundando este canal para la difusión del Evangelio y la promoción de la devoción a la Santísima Virgen.

Comenzaron en Toluca, sin mayor apoyo de parte del clero. De ahí pasaron a la Ciudad de México, donde estuvieron algún tiempo. Cuando se celebró el 48° Congreso Eucarístico Internacional, vino Emilio con su equipo para transmitirlo y como encontró ayuda y buena disposición de muchos comunicadores de aquí, pensó que Guadalajara podía ser el lugar apropiado para María Visión.

Por mi parte lo animé a que se viniera y así lo hizo en el año 2005. Un hecho curioso o más bien providencial fue que sin conocer la ciudad, anduviera Emilio buscando un lugar apropiado y lo fuera a encontrar a una cuadra de la Basílica de Zapopan, seguramente Nuestra Señora de Zapopan quería tenernos bajo su mirada.

El trato con los comunicadores.

A propósito de las comunicaciones, quiero decir una palabra sobre mi relación con los comunicadores, la cual desde un principio de mi llegada fue difícil y llena de exabruptos, en parte por mi estilo directo y franco, y algo impaciente, pero sobre todo, por los reclamos de la verdad sobre el asesinato de mi antecesor el Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo. Sin duda los medios tenían la consigna de difundir e imponer la versión oficial del "fuego cruzado˝ o de "la confusión". Rechazar esas versiones y exigir la verdad nos llevó a una confrontación constante, a la cual se añadió, para desacreditarme, presentarme como una persona dura, intolerante y obstinada. Esto no obstante, los reporteros me buscaban continuamente para hacerme preguntas de todo. Tal vez la gente pensaría que mi tiempo lo gastaba con los reporteros, pero no era así, pues con una entrevista de 5 o 10 minutos tenían materia para hacer comentarios toda la semana.

Me impacientaba que varios reporteros en una rueda de prensa hicieran una y otra vez la misma pregunta. Me molestaba también que tergiversaran mis declaraciones, las mutilaran y las acomodaran a la línea que les daba el medio al que servían. Me enfadaba que sugirieran la respuesta que debía dar, por eso a veces al comenzar la entrevista les preguntaba con humor: ¿Y ahora qué les encargaron que les dijera? Si me negaba a contestar, hubo reportero que me suplicara, díganos algo, necesitamos la nota para tener de qué comer.

Conocí a muchos reporteros de cerca, gente buena, metida en una profesión difícil, por los intereses políticos y económicos que se mueven en los grandes medios. Son personas con familia qu´é mantener, madres de familia reporteando, por lo general mal pagados. Terminé estimándolos y deseando que esa profesión tan necesaria de informar se ennoblezca para bien de toda la sociedad.

La Villa de los Niños.

La Villa de los Niños es la obra social y de caridad más grande y mejor organizada del Occidente de México. La historia sucedió de la siguiente manera:

A finales de septiembre de 1994 me llamó vía telefónica el Excmo. Sr. José María Hernández, obispo de Chalco, Edo. de México, para comunicarme que unas religiosas coreanas de la congregación Hermanas de María, querían hablar conmigo, que me convenía y que él mismo las acompañaría.

Accedí con gusto, y a los pocos días llegó el Sr. Obispo junto con dos hermanas religiosas, una de ellas era la Superiora General, la Madre Michaela Kim, que con un inglés monosilábico me dijo que su fundador el Padre Aloysius Schwarz, Misionero de Mary Knoll en Corea, había dispuesto, que si venían a México, deberían fundar en la Capital del país y en Guadalajara.

Monseñor Schwarz misionaba en Corea del Sur cuando la guerra de Corea en los años cincuentas, al ver el desastre que dejaba tras de sí la guerra, pensó hacer algo a favor de tantos niños huérfanos y abandonados y de los numerosos heridos y enfermos. Escribió miles de cartas a empresas y personas de Estados Unidos y de Europa explicando su proyecto. Le respondió un porcentaje significativo. La ayuda que le fue llegando la colocó en una fundación para que ésta se encargara del aspecto económico.

Al mismo tiempo fundó una congregación religiosa, las Hermanas de María, con el propósito de que ellas atendieran las obras de educación y caridad. Así fue fundando grandes colegios para niños pobres y hospitales para los enfermos en Corea, Filipinas, Centro América y México.

La primera fundación fue en Chalco, Edo. de México, para tres mil niños y niñas pobres de nivel secundaria. Pero como la cercanía de adolescentes, ellos y ellas, en un mismo espacio, aunque fuera muy extenso, no dejaba de ser problema, la Superiora General decidió venir a Guadalajara para fundar una Villa de los Niños para los adolescentes varones.

La madre Micaela Kim me pidió unas 30 o 40 hectáreas fuera de la ciudad. Me comprometí con ella y con el Sr. Obispo José María a apoyar el proyecto y ayudar a conseguir el terreno, ya que de la construcción y del manejo de la escuela se harían cargo las religiosas Hermanas de María. Le hablé al Ing. Alberto Cárdenas Jiménez, recién elegido gobernador de Jalisco, que captó inmediatamente la importancia de la obra y mostró mucha disposición para colaborar. Tan es así que en una de sus idas a la ciudad de México visitó la Villa de los Niños en Chalco y en su viaje a Corea estuvo en los hospitales y colegios para conocer mejor la obra del Mons. Schwarz.

Los principales bienhechores de esta gran obra educativa fueron el gobernador Alberto Cárdenas Jiménez y los ejidatarios de Santa Ana Acatlán que donaron un terreno de 130 hectáreas, cerca del kilómetro cuarenta sobre la carretera que va a Jocotepec: es el mejor y más grande terreno de los que tienen las Hermanas de María en el mundo.

Así se construyó La Villa de los Niños con capacidad para dos mil adolescentes varones, a los que se les dan estudios de secundaria con reconocimiento oficial, talleres, deportes, alojamiento, ropa y comida totalmente gratuitos, pero sobre todo, una sólida formación cristiana. La condición es que sean niños huérfanos o pobres y se comprometan seriamente a estudiar y observar puntualmente la disciplina de la casa, que es rigurosa y exigente, al estilo oriental.

La Villa de los Niños es modelo de eficiencia educativa y de disciplina, a ella han cooperado desde un principio las autoridades de Jalisco así como empresarios y personas generosas de Guadalajara. En su inauguración estuvo presente el Presidente de México Ernesto Zedillo, que se entusiasmó y se entretuvo con los muchachos más de lo previsto en su programa. Por los muchos frutos que produce, siempre estaremos convencidos que la educación es el medio privilegiado para la Evangelización y para el desarrollo de los pueblos.

Colegio Fray Pedro de Gante.

En este apartado en que se enumeran las obras que se realizaron para la pastoral, conviene mencionar el Colegio Fray Pedro de Gante, ubicado en la avenida López Mateos Norte, fundado por el Padre Luis Ríos, O.F.M., quien fue su director por muchos años y quiso donarlo a la Arquidiócesis de Guadalajara, para que la misma, se hiciera cargo de continuar la educación de niños y jóvenes. Se hicieron los trámites correspondientes y el prestigiado Colegio, con muchos alumnos y amplias instalaciones, pasó a ser propiedad de la Arquidiócesis de Guadalajara.

La Nueva Curia Diocesana.

La nueva Curia ubicada en las calles Colomos y Alfredo R. Plasencia, al lado norte de la casa Diocesana de Ejercicios, se reconstruyó en lo que había sido un Colegio Marista para niños pobres, pero que luego, en 1984, pasó a manos de un vivales exmarista, que desvirtuó dicho objetivo, haciendo el gran negocio con inscripciones y colegiaturas. El terreno pertenecía al Arzobispado. Después de pedirlo en buenos términos y no tener respuesta, siguieron diez años de lucha legal por medio de la cual se logró recoger el inmueble. Lamentablemente esta querella legal dejó muchos malos entendidos en la sociedad.

Una vez en posesión del inmueble se dio inicio a la remodelación y ampliación del edificio en el que se instaló la nueva Curia Diocesana, digna, amplia, de fácil acceso y con suficiente estacionamiento en el patio interior.

Museo Diocesano.

La Curia Diocesana, que había estado alojada provisionalmente ¡por casi 100 años! en un espacio adosado a la Catedral, resultaba incómoda, estrecha, de difícil acceso y sin estacionamiento. Como lo mencioné en otra parte, la Curia Diocesana fue trasladada con todas sus oficinas al lugar que ocupaba el colegio ex marista por la calle Alfredo R. Plasencia junto a la casa diocesana de ejercicios. El espacio pequeño que ocupaba la Curia junto a la Catedral se rediseñó para instalar un Museo Diocesano, que se inauguró el 6 de febrero de 2012, la víspera de entregar la Arquidiócesis a mi sucesor. Se colocaron óleos y tallas de valor artístico, algunos objetos de culto, como ornamentos y vasos sagrados. También se colocó a la entrada del museo el famoso Ciprés de la Catedral, objeto de tantas polémicas y malentendidos entre conocedores de arte y profanos, entre las dependencias de la Iglesia y las del gobierno.

También se consideran parte del museo la sacristía de la Catedral donde están la Inmaculada de Murillo y El Triunfo de la Iglesia de Villalpando, así como la Sala del Cabildo que contiene todo el episcopologio, es decir, los retratos de todos los obispos que han regido la Iglesia de Guadalajara.

Capítulo 21
Nuestros Santos y Beatos Mártires

Por obra del presidente Plutarco Elías Calles, que quiso mediante la "Ley Calles" poner en práctica los artículos persecutorios de la Constitución de 1917, se desató la oposición del pueblo católico contra el gobierno y la persecución de éste, sobre todo contra los sacerdotes (1926-1929).

A pocos años de concluida la persecución sangrienta, en 1933, el Excmo. Sr. Arzobispo Don Francisco Orozco y Jiménez introdujo la causa de canonización de algunos sacerdotes víctimas de la persecución religiosa en esta Arquidiócesis de Guadalajara y lo mismo fueron haciendo otros Obispos de México en sus propias diócesis.

La causa durmió en Roma por muchos años, hasta que se volvió a activar en 1987. La Santa Sede sugirió que se hiciera un solo grupo de Mártires mexicanos y puso al frente de ellos al párroco de Totatiche, Jal. Cristóbal Magallanes, que sobresalía por sus virtudes y dotes de pastor.

Los obispos de México designaron como encargado de promover la causa de los mártires, al Excmo. Sr. Don Adolfo Hernández Hurtado, Obispo Auxiliar de Guadalajara, que se dio con fervor a la tarea, ayudado en Roma, primero por el Excmo. Sr. Miguel Romano Gómez, entonces estudiante, y después, por Mons. Oscar Sánchez Barba, quien realizó el trabajo con gran diligencia y eficacia.

El 22 de noviembre de 1992 un grupo de 25 mártires mexicanos fueron beatificados en Roma por el Papa Juan Pablo II, con numerosa asistencia de obispos, sacerdotes y laicos encabezados por el Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo. Al poco tiempo, ocurrió una curación milagrosa en Guadalajara de cáncer de senos a favor de la señorita Carmelita Pulido, que invocó a los mártires y colocó sus reliquias al cuello.

La Comisión Diocesana de Causas de los Santos investigó el milagro debidamente y bien documentado lo envió a Roma. Costó trabajo que en Roma lo aceptaran, fue necesario que Carmelita viajara al Vaticano para ser examinada por los médicos de la Congregación de las Causas de los Santos. Una vez aprobado el milagro por la Congregación, sólo faltaba el beneplácito del Santo Padre y fijar la fecha de su canonización.

Cuando se celebraba el Sínodo de América, noviembre–diciembre de 1997, como Relator General que era, aproveché mi cercanía con el Papa Juan Pablo II para pedirle la gracia de la canonización de nuestros mártires. El Papa me tenía en gran aprecio, lo cual me animó a decirle con un poco de humor, que en México teníamos solamente santos de importación, que nos hacían falta santos nuestros, cercanos, que nos sirvieran de ejemplo, que él nos hiciera el favor de declarar santos a nuestros mártires, que ya estaba aprobado el milagro a favor de estos mártires que él mismo había beatificado.

El Papa me respondió que en la Congregación había alteros de expedientes de candidatos de todo el mundo. Yo, ni tardo ni perezoso, le dije: "Santo Padre, ese no es problema, se toma de abajo el expediente y se pone arriba" El Papa sonrió, no me dijo nada, pero dio indicaciones a la Congregación de las Causas de los Santos para que agilizara el proceso de los Mártires mexicanos.

Y así, el domingo 21 de mayo del año 2000, Jubileo de la Encarnación, canonizó en la Plaza San Pedro a 25 mártires, 22 sacerdotes y 3 laicos, además, al Pbro. José de Yermo y Parres, benefactor de la niñez desamparada y a la religiosa María de Jesús Sacramentado Venegas, la "Madre Nati", primera santa mexicana canonizada.

Los beatos Anacleto González Flores y Compañeros Mártires. Al llegar como Arzobispo a Guadalajara en 1994, la Comisión Diocesana de las Causas de los Santos, que presidía el Sr. Obispo Don Adolfo Hernández, hombre tesonero y dedicado, me pidió introducir la causa de Anacleto González Flores y otros siete laicos mártires en su fase diocesana. El marco histórico era el mismo del grupo de San Cristóbal Magallanes y eso facilitaba las cosas, además existían ya muchas biografías escritas de los mártires y aún vivían algunos parientes que fueron interrogados conforme a Derecho. Por ello, concluyó pronto la fase diocesana y se envió a Roma toda la documentación, para que diera principio la fase vaticana.

Todavía en vida del Papa Juan Pablo II, la Congregación romana aprobó el martirio, único requisito para ser beatificados. Murió el 2 de abril de 2005 nuestro tan querido Papa Juan Pablo y le sucedió Benedicto XVI, que se reservó las canonizaciones de los santos y delegó las beatificaciones al Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos. Entonces pensé que en lugar de que fueran algunos cientos de personas a Roma, era mejor que viniera el Cardenal Prefecto a Guadalajara para beatificar aquí a nuestros mártires. Se lo propuse al Papa Benedicto y con gusto accedió. El mismo Papa fijó la fecha de la beatificación para el 20 de noviembre de 2005, fiesta de Cristo Rey ese año, muy a propósito, para exaltar a los mártires que con su valiente grito de ¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe! dieron el testimonio de la sangre.

Vino de Roma, el Cardenal José Saraiva Martins, Prefecto de la Congregación que se ocupa de las Causas de los Santos, a proclamar beatos a Anacleto González Flores y otros doce mártires, entre ellos tres sacerdotes y el niño José Sánchez del Río, quien con sólo 14 años de edad dio un testimonio valiente de su fe en medio de crueles torturas. A la hora de la celebración todos vimos el maravilloso fenómeno del cielo con nubes intensamente rojas sobre el Estadio Jalisco totalmente lleno, además de la mucha gente que quedó afuera queriendo participar de la fiesta.

Los beatos Anacleto y compañeros mártires necesitan un milagro para que sean declarados santos, por esta razón hay que invocarlos con fervor e insistencia en nuestras graves necesidades, para que Dios, por su intercesión, conceda el milagro que hace falta.

El conocimiento y la devoción a los santos y beatos mártires cada vez va creciendo: se han publicado biografías generales o particulares de ellos; se ha ido conformando la ruta de los mártires con templos, algunos grandiosos, en los lugares de su nacimiento o de su martirio, como el de Santo Toribio Romo en el rancho de Santana donde nació, el de San José María Robles Hurtado en la Sierra de Quila, lugar de su martirio, o el de todos los santos mártires de Cristo en el Cerro del Tesoro en Guadalajara, Jal.

Nos falta perspectiva histórica para captar la gran importancia que tienen nuestros mártires y así poder escribir la verdadera historia de México, y más que nada, para ponderar el influjo de su testimonio en la vida cristiana de nuestro pueblo. Pero de una cosa sí estamos seguros: de aquí en adelante nuestra querida Arquidiócesis de Guadalajara puede ufanarse santamente de sus mártires, laicos y sacerdotes, ejemplo luminoso de amor y fidelidad a Cristo.

Capítulo 22
El 48° Congreso Eucarístico Internacional

El 48° Congreso Eucarístico Internacional fue un gran regalo de Dios para México, y una particular muestra de aprecio del Santo Padre Juan Pablo II por esta Arquidiócesis de Guadalajara, por sus mártires, su seminario y la vida cristiana de su gente.

En marzo del 2000 me encontraba en Roma para asistir al Consistorio público en que se aprobaría el milagro de los Mártires Cristóbal Magallanes y compañeros, único requisito que hacía falta para su canonización; para la cual, ahí mismo se fijó la fecha del 21 de mayo en Roma, en el día concedido a México dentro del Gran Jubileo de la Encarnación.

Por esos días me encontré con el Arzobispo Cipriano Calderón, Secretario de la Pontificia Comisión para América Latina, amigo mío, que me sugirió que pidiera el próximo 48° Congreso Eucarístico Internacional para Guadalajara. Fui a pedírselo al Cardenal Gagnon, que presidía el Comité Permanente para los CEI, quien me aclaró: "La petición no es a mí sino al Papa". Le pregunté qué esperanzas había de que lo concediera y me respondió: "El Papa se lo quiere dar, es sólo cuestión de trámite". Antes de regresar a México, escribí al Papa Juan Pablo II pidiendo el 48° Congreso Eucarístico Internacional para Guadalajara. A los pocos días recibí la respuesta de la Secretaría de Estado del Vaticano, en la que me informaban que el Papa concedía el 48° Congreso a Guadalajara, para celebrarse en el año 2004, y me nombraba presidente, pero que la noticia quedaba embargada hasta que el Papa la diera a conocer, lo que hizo al clausurar el 47° Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Roma, en la fiesta del Corpus del año 2000.

Con el fin de preparar debidamente el Congreso se formó un Consejo de obispos, sacerdotes y laicos y se distribuyeron las comisiones de publicidad, finanzas, teológica, litúrgica, catequesis, invitaciones, hospedaje, etc., siempre en comunicación constante con el Comité Internacional, que ya presidía para esas fechas el Cardenal Josef Tomko, que vendría luego como Legado Pontificio para el 48° Congreso Eucarístico Internacional.

El Consejo decidió que se celebrara en el mes de octubre, del 10 al 17, cuando ya habían pasado las lluvias, el clima era bueno y no había fiestas litúrgicas importantes que impidieran a obispos y sacerdotes asistir. Dentro de la celebración del Congreso caía además el 12 de octubre, en el que tradicionalmente se hace la Romería de la Virgen de Zapopan para regresarla a su Santuario.

Ese año la concurrencia de cardenales, obispos, sacerdotes y fieles de aquí y de otras partes a la Romería fue única. Resultaron también muy grandiosas las celebraciones de apertura y de clausura del Congreso; esta última fue honrada con el mensaje del Papa Juan Pablo II, desde Roma, vía televisión, en el Estadio Jalisco repleto hasta el tope, además de la mucha gente que participaba desde fuera.

Inolvidable fue la procesión con el Santísimo Sacramento el día jueves, desde la glorieta de la Minerva hasta la Catedral, después de haber celebrado la misa: cantos, lágrimas, gente arrodillada en las calles, con admiración de los visitantes de fuera de la ciudad y del extranjero.

El Cardenal Tomko, Legado Pontificio, sugirió que los frutos del Congreso se concretaran en compromisos breves y claros: dar importancia a la misa dominical, promover

el sacramento de la confesión para la comunión frecuente y digna, solemnizar lo más posible la fiesta del Corpus, cuidar la dignidad de los lugares, vasos sagrados y demás objetos del culto, catequesis sólida sobre la Eucaristía, fomentar la unidad de caridad y el compartir con los necesitados.

Gracias a la generosidad del pueblo católico de Guadalajara y de otras partes de México, se solventaron con holgura los gastos del Congreso y todavía quedó un excedente de 16 millones de pesos, que se pusieron en el banco a nombre del Excmo. Sr. Obispo Rafael Martínez Sainz, con el deseo de atender a la indicación que nos hizo la Santa Sede, que, como recuerdo del congreso, no se erigiera un monumento material sino una obra social de caridad. Por lo que el dinero sobrante se destinó para la "Fundación Garibi Rivera", que quedaría como recuerdo del Congreso y sería una obra de ayuda a los pobres, en la línea de la promoción, con pequeños préstamos sin intereses para modestos negocios familiares. Los frutos de amor a la Eucaristía junto con la fundación Garibi Rivera han sido muchos y duraderos, gracias a Dios.

Capítulo 23
Mi Cercanía con San Juan Pablo II

Primera visita a México. El primer contacto, de los muchos que había de tener como una bendición de Dios con este gran Pontífice y extraordinario santo, fue el 30 de enero de 1979 en el Seminario Mayor de Guadalajara, en su primera visita a México a donde venía a inaugurar la tercera reunión del CELAM en Puebla de los Ángeles. Como Rector del Seminario, le dirigí unas palabras de bienvenida. En este primer encuentro la persona del Papa y su mensaje hicieron honda impresión en el ánimo de los seminaristas mayores de México ahí reunidos. La frase que más impactó y se ha repetido tantas veces fue aquella de "Vale la pena servir al hombre por Cristo", que resume la misión sacerdotal.

Sínodo Ordinario de los Obispos, 1990. En marzo de 1988 me nombró Obispo Coadjutor, de Cd. Juárez. Al poco tiempo, en Octubre de 1990, tuve la oportunidad de estar cerca de él durante las cuatro semanas del Sínodo Ordinario sobre la Formación Sacerdotal, realizado en Roma, al cual asistí como uno de los tres obispos delegados de la Conferencia Episcopal Mexicana.

Las asambleas plenarias siempre las presidía el Papa, que escuchaba, leía y rezaba al mismo tiempo. Éramos cerca de 300 los sinodales, entre cardenales, obispos, peritos, invitados especiales y delegados fraternos de grupos cristianos no católicos. A todos nos fue invitando en grupos de ocho o diez personas a comer o cenar en su mesa durante esos días. A Juan Pablo II le gustaba mucho convivir con la gente. Fue la primera, de varias veces, que me sentaría a la mesa del Papa.

En una de las asambleas se dio lectura al borrador de un mensaje que los obispos sinodales enviaríamos a los sacerdotes, para que ahí mismo se hicieran las observaciones pertinentes. Pedí la palabra y cuando me tocó el turno, expuse que aquel mensaje se parecía a las prédicas de los párrocos, que exhortan a los fieles a portarse bien pero ellos no se incluyen. Así lo externé porque en el mensaje animábamos a los sacerdotes a seguirse formando permanentemente en la virtud, en las ciencias teológicas y en métodos pastorales, pero nosotros los obispos no nos incluíamos, como si ya estuviéramos totalmente formados. Hubo una risa general y el Papa desde el presídium me miró con una agradable sonrisa y me dio las gracias con la mano levantada. Yo me sentí casi en la gloria, pues tenía mi lugar en "gayola" como obispo coadjutor de una diócesis nueva y periférica, y el Papa me saludaba y agradecía en plena asamblea sinodal. El tono de ese mensaje y del documento sinodal, finalmente fue más o menos así: Nosotros los obispos nos comprometemos con ustedes los presbíteros, a procurar nuestra formación sacerdotal permanente…

IV Reunión del CELAM. El 25 de julio de 1992, día que tomé posesión solemne como obispo residencial de Cd. Juárez, el Nuncio Jerónimo Prigione me entregó invitación personal de parte del Santo Padre Juan Pablo II para asistir a la IV CELAM. Esta conferencia se realizó en Santo Domingo, República Dominicana, en Octubre de 1992, con motivo de la celebración del V Centenario del inicio de la Evangelización en América.

La conmemoración resultó muy solemne gracias a la participación de Su Santidad Juan Pablo II y por la presencia de obispos de todo el Continente que asistieron a la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Valoré mucho la deferencia hacia mi persona por haberme hecho llegar esta invitación a un evento tan importante.

Mi nombramiento como Arzobispo y Cardenal. En abril de 1994 el Papa Juan Pablo II me nombró Arzobispo de Guadalajara, en sustitución del Cardenal Posadas, asesinado un año antes. Seis meses después, me designó Cardenal de la Santa Iglesia, en atención a la importancia de la sede de Guadalajara y quizás también, por su fina sensibilidad que quería consolar, como un buen padre, al pueblo católico, enlutado a causa de las terribles explosiones del 22 de abril de 1992 y, sobre todo, por el asesinato de su Pastor el Cardenal Posadas.

Sínodo de América. En noviembre – diciembre de 1997 Juan Pablo II, me invitó a colaborar de lleno, y con la mayor y más difícil de las responsabilidades, la de relator general del Sínodo de América, que como todos los sínodos se realizaría en Roma, con la participación de obispos de Norte, Centro, Sudamérica y el Caribe. El Papa me había nombrado ya antes miembro de la comisión preparatoria y me incluyó después en la comisión redactora del documento final, que había de ser firmado por él mismo y que lleva por título "Carta Apostólica Ecclesia in America".

Aparte de los secretarios y traductores que formaron equipo conmigo, me ayudó mucho la habilidad de Monseñor Oscar Sánchez Barba con la computadora, siempre lo tuve al lado para dictarle las correcciones finales de los documentos que se iban presentando a la asamblea.

Como ya dije en otro momento, también tuve la oportunidad de estar al lado de su Santidad durante la realización de todo el Sínodo, cuando le pedí la canonización de nuestros mártires Cristóbal Magallanes y compañeros, sugiriéndole con un poco de humor y atrevimiento que sacara el expediente de abajo y lo pusiera arriba. ¡Me queda la grande satisfacción de que sí lo hizo!

Diálogo en el Pontificio Colegio Mexicano en Roma. Alguna vez tuve el honor de conversar largo rato con San Juan Pablo II, como sucedió el 22 de mayo del año 2000, un día después de la canonización de nuestros mártires. Fue invitado a comer al Pontificio Colegio Mexicano en Roma, me sentaron a su izquierda y durante la comida la plática muy cordial y amena fue conmigo. Entre otras cosas, me preguntó cuál había sido la causa de la persecución religiosa sangrienta que le dio a México sus mártires; si el que estaba en el poder era el mismo gobierno que había perseguido a la Iglesia, le respondí que sí, porque era mayo, unas semanas antes de que el PAN ganara las elecciones presidenciales. Así mismo, me preguntó cuáles eran las relaciones entre México y Estados Unidos, me escuchó con mucha atención, porque había bastante semejanza con lo que históricamente le ha sucedido a Polonia con sus dos países vecinos, Rusia y Alemania, y a México con su vecino del Norte.

Mi nombre. También guardo un singular recuerdo de la bien timbrada voz del Papa Juan Pablo II cuando me llamaba o leía mi nombre. Cuando me veía acercarme decía con voz fuerte y alegre: "¡G u a d a l a j a r a!". Mis apellidos nunca los pronunció bien, de lo cual no me extraño, porque muchos, y yo seguramente, nunca hemos podido pronunciar correctamente su apellido polaco. Cuando el Papa leía mi nombre decía: "Sandóval Iñígüez". Por lo tanto, ni acento agudo en el primer apellido ni esdrújulo en el segundo, sino los dos con acento grave. Me queda la profunda dicha de haber tratado de cerca a un gran santo, de haberme sentido querido por él y de tener ahora un poderoso intercesor en el cielo que me ayudará seguramente a llegar allá.

Capítulo 24
El Conclave

Huella profunda deja en el ánimo de cualquier Cardenal elector el Conclave, en el que se viven momentos que no se olvidan y donde casi se toca la presencia del Espíritu Santo, que pone paz en el corazón de cada uno, no obstante la inmensa responsabilidad de elegir correctamente al representante de Cristo en la tierra, que ha de dirigir los destinos de la Catolicidad y ejercer, como líder, influencia notable en el mundo.

Todo lo que se refiere a la sede vacante y al Conclave está reglamentado con todos sus pormenores, por sucesivos documentos eclesiásticos. El último es una Constitución Apostólica que lleva por título "A toda la Grey del Señor" de San Juan Pablo II, publicada en el año 1996.

Lo que se puede decir es lo que ahí está escrito, por ejemplo, cómo se procede en las votaciones, cuántos votos se requieren, quién de los Cardenales gobierna el Conclave… No se puede contar lo que cae bajo el juramento, como por ejemplo quiénes fueron los opositores, cuántos votos obtuvo cada uno, etc.

Un momento de mucha intensidad es el juramento que cada uno de los Cardenales pronunciamos mirando al Crucifijo y con la mano puesta en los Santos Evangelios. Se jura guardar sigilo y elegir "en la presencia de Cristo que me ha de juzgar, al que juzgue más apto para regir la Iglesia."

Tuve la dicha de participar en dos Conclaves: el que eligió al Papa Benedicto XVI, en abril de 2005; y el que eligió al Papa Francisco, en marzo de 2013. En ambos Conclaves se dieron curiosas coincidencias: el número de Cardenales en la Sixtina era 115 y dos enfermos en sus casas que no pudieron asistir; la autoridad que pidió el consentimiento al recién elegido fue, en los dos Conclaves, el Cardenal Subdecano del Sacro Colegio Cardenalicio; en el primero, porque el elegido, Ratzinger, era el Decano, en el segundo, porque el Decano, el Card. Ángel Sodano ya no entró al Conclave, pues tenía 85 años de edad.

Para los Cardenales electores el suspenso y la emoción llegan a su punto más alto cuando se obtienen los dos tercios, que son los votos requeridos. Hay aplausos, el elegido deja su asiento y pasa al centro de la Capilla Sixtina, para que, en este caso, el Subdecano le pregunte si acepta la elección. Si responde que sí, en ese momento la Iglesia tiene su nuevo Papa; luego le pregunta cómo se quiere llamar, el Papa Ratzinger dijo: "Benedicto, en honor de San Benito Abad, Padre de Europa, y en recuerdo del Papa Benedicto XV, cuyo pontificado fue de corta duración y que sufrió mucho a causa de la primera guerra mundial".

El Papa Bergoglio dijo: "Me llamaré Francisco, en honor de San Francisco de Asís". Los cardenales permanecemos en la Sixtina, mientras revisten al nuevo Papa con alguna de las cuatro o cinco sotanas blancas que se tienen preparadas de antemano. Una vez revestido el nuevo Papa, se coloca al centro para que todos los cardenales por orden de estricta precedencia nos acerquemos a prestarle la obediencia. Cuando me acerqué al Papa Benedicto le dije que contara con mi obediencia, mi oración y colaboración incondicionales. Él me tomó fuertemente las manos y me dijo: "Y también con la amistad".

Así me consideró y me trató siempre como un amigo. Cuando le presté la obediencia al Papa Francisco, le dije más o menos lo mismo y añadí que sentía no poder ya contarle cuentos, pues le había contado algunos, los días anteriores durante la comida, él me respondió: "Sí, ven para que no me enfade".

Para el pueblo de Dios congregado en la Plaza San Pedro, la emoción y el suspenso comienzan cuando sale el humo blanco por la chimenea de la Capilla Sixtina y se oye el repicar de las campanas. Estalla el entusiasmo de la multitud cuando se da el anuncio oficial del nuevo elegido por el Cardenal Protodiácono. Después del cual aparece en el Balcón Central de la Basílica de San Pedro el nuevo Papa para dar su primera bendición: "Urbi et Orbi". Desde ese momento, el Papa Francisco se ganó a la Iglesia y al mundo entero con su humildad y sencillez, que rompía un poco con el protocolo.

En el Conclave de Benedicto me tocó por sorteo, ser uno de los tres escrutadores de las dos votaciones que hubo por la mañana el día de su elección y ahí canté los votos sin micrófono. En el Conclave de Francisco no se quería usar micrófono, porque más de cinco mil reporteros de todo el mundo rondaban el Vaticano con instrumentos sofisticados capaces de robar la señal. Los primeros tres escrutadores sorteados, por más que esforzaban la voz, no se hacían oír. Los Cardenales pedían micrófono.

El Cardenal Subdecano Juan Bautista Re respondió que no se podía usar micrófono, pero ahí estaba el Cardenal Sandoval. Volteó hacia mí y me dijo: "Haznos el favor, ponte aquí junto a los escrutadores y ayúdanos".

Estuve día y medio de pie, gritando los votos como el de la lotería, pero muy feliz de prestar ese servicio y de poder mirar para todos lados y gratuitamente contemplar los frescos de Miguel Ángel. ¡Estaba en el lugar más bello del mundo y en un acto de gran trascendencia para la Iglesia y para el mundo!

Ya en la cena con el nuevo Papa Francisco, me pidieron que me acercara a la mesa principal, me agradecieron el servicio humilde y eficaz que ayudó a que el Conclave no se alargara y me regalaron de premio una trompeta de juguete, junto con el título de "micrófono de Dios." Alguna vez en concelebración con el Papa Francisco me dijo: "La paz sea contigo, micrófono de Dios", o al despedirme: "Que te vaya bien, micrófono de Dios". Y como conoce muy bien las peripecias de mi vida, una vez me despidió con estas palabras: "Che Vos, tú siguéte metiendo en líos, Yo te apoyo". Como quien dice: "¡Risueño el niño, y le hacen cosquillas…!"

A falta de información de lo que sucede dentro de la Sixtina durante el Conclave, debido al juramento que hacemos los Cardenales, corren muchas falsas historias de enfrentamientos, chantajes, presiones y renuncias. Los que hemos participado en un Conclave, nomás los oímos, nos divierten, pero ni afirmamos ni negamos para no dar alguna pista y materia de especulación. Lo cierto es que en la actualidad, el Conclave es un evento de muy elevada calidad humana y espiritual, en el que hay libertad, comunión y responsabilidad personal, bajo la guía del Espíritu Santo, que asiste a su Iglesia en esos momentos de suma importancia para la Cristiandad.



Con mi madre Santísima de Zapopan.



Camino al Altar.



Cajititlán, fiesta de los Reyes Magos.



Presidiendo la Eucarística.



Mirando la ciudad desde el Cerro del Cuatro.



En los 25 años de Obispo, 30 de abril de 2013.



Recien consagrado Obispo Cd. Juárez 30 de abril de 1988.



Presidiendo la Eucaristía en un Parroquia.



Predicar la palabra "a tiempo y a destiempo...".



Primera piedra del "Trinitario Sacerdotal". 1996.



Investidura Cardenalicia, 26 de noviembre de 1994.



Saludando a un Santo, Juan Pablo II, nos acompaña la madre Tekla.



Los Cardenales mexicanos con el Papa en la Nunciatura de México, julio 2002.



Con el Papa Benedicto, bondadoso y sabio.



Grupo de Obispos mexicanos con el Papa Benedicto XVI, en visita ad Límina, 27 de septiembre de 2005.

Capítulo 25
Recepción del Nuevo Arzobispo

A principios de noviembre de 2011 se publicó la noticia del nombramiento del nuevo Arzobispo de Guadalajara, en la persona del Cardenal Francisco Robles Ortega, hasta entonces Arzobispo de Monterrey, al mismo tiempo que a mí se me designaba Administrador Apostólico de Guadalajara, para seguir gobernando hasta el día en que mi sucesor tomara posesión.

Hubo entusiasmo y grandes expectativas, ya que el nuevo pastor era originario de estas tierras, del clero de Autlán y por pocos años alumno del Seminario de Guadalajara (aclaro que no fui su prefecto o superior, solamente di clases de filosofía al grupo numeroso al que él pertenecía). Se pensaba, pues, que conocía el medio y tendría gusto de venir a servir a los suyos, además de que lo avalaba su larga experiencia pastoral por sus muchos años como obispo, primero de Toluca y luego de Monterrey.

Para darle el saludo de bienvenida a nombre de toda la comunidad diocesana, nombré una comisión de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos muy representativa, que viajó a Monterrey para saludarlo e informarle un poco sobre los preparativos de su venida.

Se fijó la toma de posesión para el día 7 de febrero de 2012, a los tres meses de su nombramiento. Las varias comisiones de recepción, hospedaje, liturgia, banquete, prensa, invitaciones… se pusieron a trabajar de inmediato, para darle la mejor de las recepciones.

Los actos principales del día en que tomó posesión fueron los siguientes: a las 12:00 del día fue recibido en la Catedral para que tomara posesión de su Iglesia y de la Cátedra, desde donde instruiría al pueblo de Dios. A continuación se sirvió un banquete para el Excmo. Sr. Nuncio, unos 70 obispos de México, familiares del nuevo Arzobispo, sacerdotes y laicos especialmente invitados. La misa de cambio de autoridad se celebró a las 5:00 de la tarde en el "Estadio Tres de Marzo" lleno a toda su capacidad: una cuidadosa liturgia, un coro de calidad, etc. En la homilía el nuevo Arzobispo se extendió por espacio de unos 47 minutos, en ella prometió con mucho énfasis una atención cuidadosa y cercana a toda clase de personas de la comunidad diocesana, así como el diálogo abierto y personal con los alejados, con otras denominaciones religiosas, y por supuesto, con las autoridades civiles. Prometió tales y tantas cosas que sólo hay un Pastor que las pueda cumplir y este es nuestro Señor Jesucristo.

Con esta recepción queríamos que se sintiera desde un principio apreciado y bienvenido, para que se entregara en cuerpo y alma a pastorear esta porción de la Iglesia de Dios, tan numerosa y rica en toda clase de bienes espirituales. ¡Hubo alegría, entusiasmo y grandes expectativas, acompañadas de mucha oración para que se cumplieran! ¡El tiempo lo dirá si se han cumplido!

Capítulo 26
Las Casas de los Cardenales

Cuando entraron los Carrancistas a Guadalajara en 1914, despojaron al Señor Arzobispo Don Francisco Orozco y Jiménez de su Palacio Episcopal, situado contra esquina de catedral, convertido ahora en Palacio de Gobierno Municipal de Guadalajara. Con su peculio el Señor Orozco y Jiménez compró una Quinta en San Pedro Tlaquepaque, de las que usaban en aquellos tiempos las personas acomodadas para venir a descansar en verano. En esta Quinta vivió el Sr. Orozco el poco tiempo que le permitieron estar en Guadalajara las constantes persecuciones y los cinco destierros.

El sucesor, Señor Cardenal Don José Garibi Rivera, nacido en Guadalajara, se quedó a vivir en la casa paterna, por la calle de Prisciliano Sánchez. El Señor Cardenal José Salazar López, sobrio y modesto, vivió en la Casa del Sacerdote, por la calle Garibaldi. Esto hizo que por muchos años la Quinta de San Pedro Tlaquepaque quedara deshabitada y se deteriorara notablemente. El Cardenal Salazar donó la mitad de esta casa a las Religiosas Franciscanas de Nuestra Señora del Refugio, por haberla cuidado por muchos años. La otra mitad quedó para la Arquidiócesis, la que da hacia el sur, a la calle Morelos y es en la que yo habito.

A la llegada del Señor Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, q.p.d., en julio de 1987, no había una casa digna que ofrecerle y se fue a vivir provisionalmente, con muchas incomodidades, a un anexo del Templo del Carmen por la Avenida Juárez, donde no le faltaron ruidos y smog.

Mientras tanto se reparó y se renovó la Quinta de Tlaquepaque. Se construyó una pequeña alberca, porque el Señor Posadas tenía prescripción de nadar debido a sus problemas de columna vertebral. Se construyó, además, un pequeño departamento hacia el fondo, con la ilusión de que ahí se alojara el Papa Juan Pablo II, cuando volviera a Guadalajara. El Señor Cardenal Posadas gozó muy poco de la Quinta de San Pedro, Tlaquepaque, porque el 24 de mayo de 1993 fue arteramente asesinado en el Aeropuerto de Guadalajara. Cuando llegué como Arzobispo de Guadalajara, el 19 de mayo de 1994, se me ofreció esta casa para vivir y aquí he estado desde entonces.

En el año 2010 se estrenó la nueva Curia Diocesana en la calle Alfredo R. Plascencia junto a la Casa Diocesana de Ejercicios, por lo que el traslado desde Tlaquepaque hasta la Curia se hacía largo y tardado, debido a la distancia y al intenso tráfico de la ciudad. Fue entonces cuando se pensó en conseguir para el que fuera mi sucesor una casa que estuviera cerca de la Curia Diocesana y de los Seminarios, que son las cosas en lo que más se debe ocupar y más debe cuidar el Arzobispo.

Mons. Guillermo Havers, en vida, regaló su casa a la Arquidiócesis, situada en un lugar digno y muy cercano a la Curia Diocesana. Después de su fallecimiento, se comenzó a arreglar para el nuevo Arzobispo, bajo la dirección del Sr. José Plascencia, y hubiera estado terminada en marzo o abril de 2012, es decir, uno o dos meses después de su llegada.

Sin embargo, el Señor Arzobispo Robles, siendo aun Arzobispo electo y sin que me diera cuenta, vino en diciembre de 2011 y dispuso que se derribara todo lo que se había hecho y se construyera una casa totalmente nueva a su gusto desde los cimientos.

Sea como sea, de ahora en adelante, la Arquidiócesis tendrá dos casas para sus Arzobispos: para el que está en funciones y para el emérito.

No ha faltado alguna crítica contra mí, porque me quedé a vivir en Tlaquepaque. Las razones principales están ya dichas: una, que el nuevo Arzobispo tuviera casa cerca de la Curia y de los Seminarios; otra, que yo no tengo casa propia a donde ir, y pienso que es justo que después de haber servido por casi medio siglo a la Arquidiócesis de Guadalajara, se me preste esta casa para mis últimos días, además que no se debe olvidar el refrán que dice: "A buey viejo no se le cambia pesebre".

Capítulo 27
Algunos Libros que me han Dejado Huella

Enumero algunos cuantos, en los que no se incluyen los muchos libros de texto que tuve en mis manos durante cuarenta años, primero como alumno y después como profesor del Seminario, sino libros que procuraba leer por cultura general o para descansar.

Me gusta leer, sobre todo, libros de historia y aquí nombro, en primer lugar, a Herodoto, el padre de la historia, que en "Los nueve Libros de la Historia", que datan del siglo V a. C., narra la gesta heroica de un pequeño pueblo, Grecia, que rechaza la invasión del numeroso ejército del Imperio Persa, con Jerjes a la cabeza; con hechos históricos tan increíbles como el paso de la Termópilas, defendido durante tres días por Leonidas y trescientos espartanos, los cuales todos perecieron; así como la batalla de Maratón, cuya distancia de Atenas ha dado la medida para esa competencia Olímpica, o la batalla naval de Salamina…

Me encantó Suetonio en su "Vida de los Doce Césares", donde, con estilo despreocupado y gran humor, pinta las virtudes, los vicios y las extravagancias de los emperadores romanos. El libro perverso y amoral de Maquiavelo, titulado: "El Príncipe", catecismo de todos los políticos, en el que les enseña a ir tras el poder sin ningún miramiento. Es un libro que ayuda mucho a entender el actuar de los que nos gobiernan.

De nuestra historia mexicana, Fray Bernardino de Sahagún en su obra "Historia General de las Casas de la Nueva España" nos descubre las luces y las sombras del mundo prehispánico.

Bernal Díaz del Castillo, soldado de Hernán Cortés y luego Gobernador de Guatemala, en su "Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España", que por su estilo merece contarse entre los clásicos de la lengua castellana del siglo XVI.

El correspondiente para conocer la conquista temporal y espiritual de la Nueva Galicia es Fray Antonio Tello, cronista de esta provincia franciscana, a quien no le temblaba la mano para dejar consignadas las barbaridades de algunos conquistadores, sobre todo del terrible Beltrán Nuño de Guzmán, y pintar magistralmente el carácter y las costumbres de los indígenas de la gran Cascania.

En lo que respecta a la Historia General de México, mi preferido es José Vasconcelos, nuestro mejor filósofo, por su visión general de nuestra historia y el criterio sensato para juzgarla. La Historia del P. Marino Cueva, S. J., de donde tomó Mons. Schlarman, obispo estadounidense, para su obra titulada "México tierra de Volcanes".

En Cd. Juárez tuve oportunidad de leer las obras de José Fuentes Mares, escritor versátil, que maneja el lenguaje con exactitud y amenidad, así se trate de cuentos, historia de México o semblanzas de personajes.

De la historia de Estados Unidos me impresionó profundamente el libro de Dee Brown, titulado "Bury my Heart at Wounded Knee", donde narra el exterminio sistemático de los indios de Norteamérica a manos del ejército norteamericano, entre los años 1865–1895, inmediatamente después de la Guerra de Secesión entre el Norte y el Sur de E.E.U.U.

Sobre las barbaridades del comunismo ruso en el siglo XX el mejor autor es sin duda, Alexander I. Solzhenitsyn, en su libro "El Archipiélago Gulag", que todos deben leer.

Es evidente que me gusta "El Quijote" y siempre lo tengo a la mano para leer algún capítulo y así descansar y enriquecer el lenguaje.

Me divertí mucho con Francisco De Quevedo y la picaresca española, leída cuando joven por orden de mi director espiritual en el Colegio Pío Latino Americano en Roma, que me dijo: "la ignorancia no es virtud y muchos por ignorancia cometen tonterías".

La epopeya argentina de "Martín Fierro", escrita en versos octosílabos por José Hernández, me impresionó bastante, pues narra las desgracias de la gente del campo, los gauchos, a mediados del siglo XIX a manos de un gobierno que los traiciona y maltrata para vender el país al extranjero, a Inglaterra.

De obras más recientes me han dejado huella dos: Una es el libro de Thomas E. Woods Jr., "Cómo la Iglesia construyó la Civilización Occidental", obra de un catedrático de renombre que, con su investigación, sorprende y tapa la boca a los que, por oficio, por ignorancia o por costumbre, a partir de la Ilustración hasta la fecha, vienen denigrando a la Iglesia como oscurantista.

El otro libro es del que descubrió el genoma humano en los últimos años del siglo XX y lo presentó al Presidente Clinton, Francis C. Collins, en su obra "The Language of God", obra de un científico creyente, que descubre la huella de Dios en la constitución más íntima y personal de cada ser humano, y cuestiona severamente el evolucionismo ateo.

Libros de lectura espiritual he leído muchos, me vienen ahora a la mente "El Señor" de Romano Guardini, "Las Confesiones de San Agustín" y el primer tomo de su gran obra

"La Ciudad de Dios", que constituye el primer ensayo de teología de la historia, a partir de la pregunta por qué según los designios de Dios, apareció y desapareció el Imperio Romano. Sobre la Cristiada abunda la literatura, pero mis preferidos son Antonio Rius Fasius en "México Cristero" y Jean Meyer "La Cristiada". La historia de nuestros mártires y de la situación que llevó a México a esa tragedia la explica magistralmente el Padre Fidel González en "Sangre y Corazón de un Pueblo".

Capítulo 28
La Visita de los Papas a México

Las visitas de carácter eminentemente pastoral de los Papas a algún país, con recorridos por las calles repletas de gente que quiere ver y saludar, con celebraciones multitudinarias y visitas a lugares significativos, fueron inauguradas por el Papa Juan Pablo II en su primera visita a México. Antes los Papas no viajaban lejos, pero cuando a mediados del siglo pasado se desarrolló la aviación comercial, surgió la posibilidad de viajar por el mundo. El Papa Paulo VI fue a Nueva York a hablar en la ONU, viajó también a Colombia para inaugurar la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano (CELAM), pero estas fueron visitas a un solo lugar y para un grupo cualificado, no para todo el pueblo. El mismo Paulo VI había sido invitado a venir a México para la Tercera Asamblea del CELAM, pero falleció. Su sucesor, el Papa Albino Luciani, que se llamó Juan Pablo I, duró sólo 33 días, tal vez ni siquiera alcanzó a recibir la invitación al CELAM.

Juan Pablo II. Al ser elegido Juan Pablo II, se le repitió la invitación, que aceptó inmediatamente. Los obispos de México aprovecharon para invitarlo a visitar algunas de las diócesis y le prepararon un programa de varios días, lleno de actividades y contactos. A sus 58 años, rebosando salud y deseoso de conocer y entrar en contacto con la gente, llevó a cabo su primera visita, dándose totalmente a las multitudes. El pueblo de México lo recibió con entusiasmó y se identificó plenamente con él. La acogida del pueblo mexicano le hizo percibir que la misión de su pontificado sería recorrer el mundo en incesantes viajes pastorales, llevando el mensaje evangélico a todos los hombres. Alguna vez así lo expresó.

Cinco visitas hizo San Juan Pablo II a nuestra Patria. En las dos primeras, enero de 1979, para inaugurar la tercera CELAM en Puebla, y en mayo de 1990, para beatificar a Juan Diego, el mensajero de la Virgen de Guadalupe, se prodigó en largas jornadas por varios lugares del país, sin importarle que, por atender a todos, se atrasara el horario. Después la enfermedad progresiva le obligó a hacer las visitas más breves y sin largas jornadas de trabajo.

Amó a México y fue y es amado por los mexicanos, que lo recuerdan en monumentos, calles e instituciones educativas o de caridad, que llevan su nombre, en muchos templos que se le han dedicado desde que fue beatificado y en miles y miles de niños que han sido bautizados con su nombre. Al canonizar a Juan Diego en julio de 2002 en su última visita a México, legitimó e hizo crecer la devoción del pueblo de México a la Virgen de Guadalupe.

Benedicto XVI. El Papa Benedicto XVI vino una sola vez a México, en abril de 2012, en calidad de Sumo Pontífice, pues ya había venido antes a Guadalajara en mayo de 1996, como el Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Congregación de la Fe, para una reunión con Obispos Latinoamericanos. Como Sumo Pontífice visitó sólo la diócesis de León, Guanajuato. Pero en una visita de tres días nos dejó la sabiduría de sus mensajes y el grato sabor de bondad, humildad y sencillez de su persona.

El Papa Francisco nos visitó del 12 al 17 de febrero de 2016, llenando a plena satisfacción un programa agotador, prodigándose en atención y cariño, sobre todo para los pobres y marginados de la sociedad, dejándonos mensajes para reflexionar y corregir mucho de nuestra conducta personal y colectiva.

De paso a México, el Papa se detuvo en Cuba, para entrevistarse con el Patriarca Cirilo de Rusia, tierra evangelizada en el siglo X por la Iglesia Griega Ortodoxa, que tenía su principal sede en Constantinopla, capital del imperio Cristiano de Oriente. En el siglo XI, 1054, se dio el gran Cisma de Oriente que separó a todo el Oriente cristiano y de paso a Rusia de la comunión con Roma. Por eso es muy significativo y motivo de esperanza este primer encuentro del Patriarca de la Iglesia Rusa Ortodoxa con el Vicario de Cristo, que ojalá sea seguido de otros encuentros que allanen el camino hacia la unidad de los que creemos en Cristo.

La visita del Papa Francisco fue de carácter eminentemente pastoral, aunque como jefe del Estado Vaticano haya sido recibido por el Presidente de la República en Palacio Nacional. El criterio de la visita era estar en lugares no visitados por sus antecesores, exceptuando la Ciudad de México, porque quería Francisco orar ante la Virgen de Guadalupe.

Los sitios que visitó fueron cuidadosamente seleccionados: Ecatepec para estar con los pobres de las periferias urbanas, Chiapas para saludar a los indígenas y pedir perdón por el despojo y la marginación de que han sido objeto, Morelia para fustigar los crímenes de la violencia y el narcotráfico, y Cd. Juárez para denunciar el maltrato, despojo y a veces muerte que sufren los migrantes en el largo recorrido de sur a norte en busca del sueño americano.

Con voz suave y alegría en el semblante, pero con claridad y fuerza de contenido, puso en evidencia los abusos del poder, la corrupción generalizada, la voracidad de los empresarios, la crueldad de los sicarios y las deficiencias de los obispos, que deben ser no otra cosa sino pastores modelos de la grey.

No han faltado en estas visitas de los Papas, que ponen de manifiesto y hacen salir a la calle la fe católica y su adhesión a la Iglesia de la mayoría del pueblo mexicano, las críticas de jacobinos, de otros enemigos de la Iglesia y de católicos vergonzantes y acomodaticios, que rasgan sus vestiduras, resucitan a Juárez y se lamentan, por haberse violado, según ellos, el estado laico. Vayan dos ejemplos de esto: en su primera visita al Papa Juan Pablo II le acusaron de haber violado la Constitución por vestir en la calle hábito clerical, a lo que respondió el Presidente José López Portillo con cierto humor diciendo que la multa por ese delito era de 50 pesos y que él la pagaría. En la visita del Papa Francisco el escándalo mayor y los comentarios más agrios los causó el Presidente de la República por haber asistido a misa y comulgado en la Basílica de Guadalupe.

La respuesta es muy sencilla: si el Presidente es católico, está en su derecho de practicar su religión. ¿Quién dice o por qué se ha da prohibir a un mandatario, creer y practicar su Fe? El estado laico bien entendido es aquel que, a diferencia del estado confesional, no tiene religión oficial, como la tienen por ejemplo algunos países islámicos, pero sin embargo el estado laico, que no tiene religión oficial, está obligado a respetar y garantizar la libertad religiosa de todos sus ciudadanos, pues es uno de los derechos humanos fundamentales. El estado laico no tiene por qué prohibir a mandatarios y burócratas de cualquier nivel profesar una religión y practicarla.

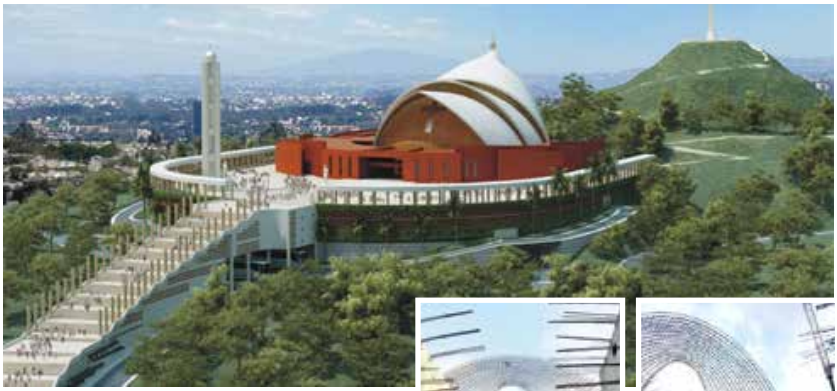
El Papa Francisco deja a obispos y sacerdotes un ejemplo luminoso de pastor, que va en busca de las ovejas, sobre todo de las flacas y enfermas. Nos hace entender que no somos gerentes o directores de empresa, anónimos y lejanos, mucho menos funcionarios o hábiles cibernéticos que desde la computadora organizan y mandan.



Cabalgata al Santuario de los Mártires.



Oyendo misa los de a Caballo en el Santuario de los Mártires, se empezaron a levantar los muros.











Cardenal Juan Sandoval Iñiguez



Carlos Alvarez Bermejo
Presidente del Patronato



Arq. José Manuel Gómez Vázque
Arquitecto del Proyecto de construcción



Juan Manuel Hernández
Comité de Finanzas y Construcción



Ing. Héctor Manuel Castellanos Frank



Sr. Ing. Raúl Camou Rodríguez



Lic. Salvador Pérez Gómez



Excmo. Sr. Ob. D. José Trinidad González Rodríguez



Mons. Rafael Hernández Morales



Sr. Guillermo Urrea Carroll



Guadalupe Sescosse
Presidenta del comité de damas



Pbro. Lic. Antonio Gutiérrez Montaño
Titular del Comité de Difusión



Lic. Juan Manuel Reyes Brambila
Integrante del Comité de Difusión

Algunos integrantes del Patronato pro Construcción del Santuario de los Mártires.



En una visita que hicieron los niños de los colegios Cumbres y Alpes al Santuario de los Mártires.



Con ingenieros y algunos miembros del patronato.



Celebración en el Santuario de los Mártires para el Apostolado Familiar.



Misa en el Santuario de los Mártires, con el Sr. Obispo Miguel Romano.

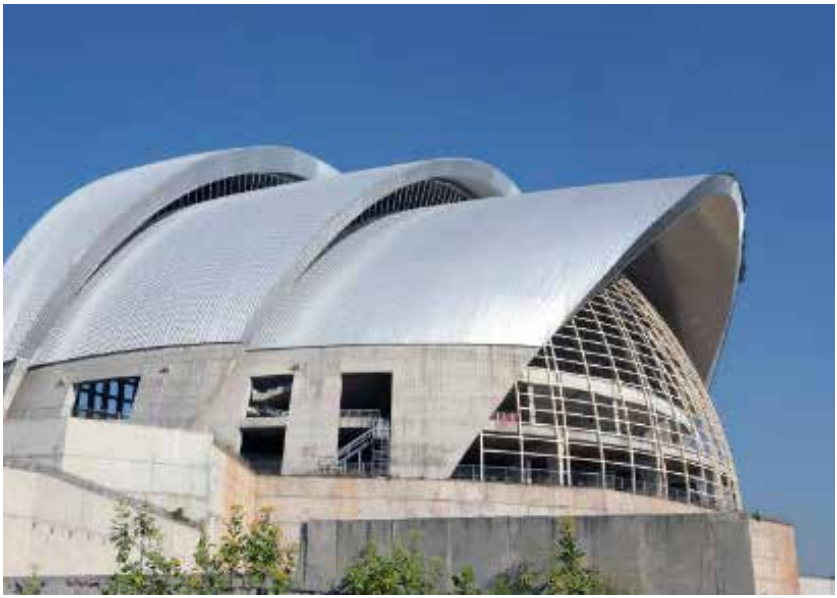


Viacrucis de Viernes Santo en el Cerro del Tesoro donde se construye el Santuario de los Mártires.



El Santuario de los Mártires en cimientos





El Santuario de los Mártires en obra negra, con el techo terminado.



(De Izquierda a derecha.) Pbro. Armando González Escoto, Lic. Juan Manuel Reyes Brambila, Lic. Juan Manuel Hernández, Lic. Salvador Pérez Gómez, Card. Juan Sandoval Iñiguez, Lic. José Antonio Fernández, Arq. José Manuel Gómez Vázquez Aldana, Sra. Guadalupe Sescosse, Ing. Héctor Manuel Castellanos Frank y el Pbro. Juan Pedro Oriol, durante la grabación del programa Foro GDL en el Santuario de los Mártires el domingo 12 de junio de 2011



Admirando la presentación de la Ronda en la Villa de los Niños.



Con el Gobernador Alberto Cárdenas, el Presidente Ernesto Zedillo y la hermana Michaela.



Entrando a la Villa de los Niños para oficiar misa.



Con la señora Dolores Vita, su marido y su hijo, que es la hermana de Fundación S.O.M.



Escuchando atentamente las palabras del Presidente Ernesto Zedillo, en la inauguración de las instalaciones de la Villa de los niños.



Celebrando misa en la Villa de los niños.



Con las Hermanas de María en la Villa de los niños.

Una semana después de haber regresado a la Ciudad Eterna, el 24 de febrero, en la audiencia pública del miércoles, Francisco hizo como un breve resumen de su visita a nuestra patria, en el que dijo que México es un misterio, pues es un pueblo maltratado, empobrecido y perseguido por su fe, que sin embargo sigue siendo creyente, fiel a la iglesia y alegre, con la alegría de los que en Cristo tienen esperanza, un pueblo que se confía en el regazo de su Madre la Virgen de Guadalupe.

Capítulo 29
Arzobispo Emérito

Los obispos y los presbíteros nos retiramos a medias, porque seguimos siendo sacerdotes consagrados para siempre, y sigue siendo nuestra obligación ejercer el ministerio en la medida en que las fuerzas en disminución lo permitan. Aunque ya estemos retirados tenemos el gran privilegio de celebrar la Santa Misa, administrar los sacramentos y predicar la Palabra al pueblo de Dios.

El retiro de obispos es relativamente nuevo en la historia de la Iglesia. Fue el Concilio Vaticano II, en el Decreto sobre los Obispos, n. 21, que sin fijar edad, pidió a los obispos que por edad avanzada o por el deterioro de la salud, presentaran su renuncia al Papa. El Beato Paulo VI fijó los 75 años para presentar renuncia por edad. Y el Código de Derecho Canónico de 1983, C. 401, la hizo ley, usando una fórmula muy comedida: "Se ruega…", "Se ruega encarecidamente" que presentan su renuncia al Santo Padre los obispos, y al obispo los párrocos, dejando al Santo Padre y al obispo la libertad de aceptarla o esperar algunos años, según la salud o la actuación del renunciante. Este servidor presentó la renuncia al cumplir los 75 años de edad, el Papa Benedicto la hizo efectiva casi cuatro años después.

El tiempo de la renuncia es un tiempo temido, aunque previsto. Se teme a la inactividad que mata, a la falta de motivación para vivir, a la pérdida del poder al que el hombre fácilmente se acostumbra y que de golpe se pierde, pues hoy eres, firmas, mandas, dispones y mañana ya no eres nadie.

Hay que prepararse espiritualmente con razones de fe, como por ejemplo, que la autoridad no es tuya sino de Cristo, que la tenías delegada para servir; que el bien de la Iglesia pide que venga otro con más vigor para sobrellevar las arduas tareas pastorales; que la permanencia y el bienestar de la Iglesia no dependen de ti sino de Dios, pues la Iglesia es obra suya, del Dios Uno y Trino.

Yo mismo pensé varias veces en el tiempo futuro del retiro y le pedí a Dios y le sigo pidiendo que me conceda poder caminar y poder ver, pues me gustan y me hacen bien el ejercicio y la lectura. El de la renuncia es el tiempo de la verdad, cuando se percibe, ya sin distracciones y con toda claridad, la brevedad de la vida y lo pasajero de sus bienes y males. Es el tiempo de la verdad de los amigos; muchos lo son mientras pueden esperar algo de ti, pero después van quedando sólo los verdaderos. Pero sobre todo, es el tiempo en el que te vas dando cuenta poco a poco que el verdadero amigo es Dios, que te invita a un trato más sereno y reposado con él, ahora que los afanes del oficio pastoral ya no te abruman. Estoy convencido que quien ha buscado a Dios toda la vida, ahora el Señor no le esconde su rostro y se deja hallar fácilmente en la oración, como también en los que lo rodean y sobre todo, dentro de uno mismo: "Yo te buscaba fuera y tú estabas dentro", dice S. Agustín. Si las luces del mundo y sus reflectores se van apagando, se va iluminando el interior con la luz de la Fe y de la Esperanza Cristiana.

La Iglesia se preocupa mucho por sus numerosos obispos eméritos –sólo en México hay en la actualidad más de 50-, muestra de esa preocupación es el rico Instructivo de la Congregación de los Obispos, que expone los derechos y las obligaciones del obispo emérito, así como la Comisión que debe haber en cada Conferencia Episcopal con el encargo de buscar el bien temporal y espiritual de los eméritos.

Sin embargo algo falta, porque en la práctica se está a veces a merced del Sucesor, que puede tomar en cuenta al Emérito o simplemente ignorarlo y hacerlo a un lado. ¡Cuánto podría ser útil un diálogo fraterno para aprovechar, en bien de la diócesis, el conocimiento y la experiencia que de ella tiene el obispo emérito, dejando al sucesor la plena libertad de actuar! En efecto, el Instructivo de la Congregación para los Obispos sugiere que haya ese diálogo.

En la Sagrada Escritura y en algunas culturas orientales los ancianos son objeto de veneración y se les considera fuente de sabiduría, lo cual actualmente no sucede en Occidente, donde la cultura utilitarista del "úsese y tírese" desafortunadamente parece incluir también a los humanos, especialmente a las personas mayores, que por no ser productivas se les quiere hacer a un lado y hasta eliminarlas mediante la eutanasia, como una "muestra de humanidad", cuando sabemos que el verdadero humanismo enseña y defiende el valor único de toda vida humana.

A veces se experimenta alguna contradicción entre la mística acerca del obispo, derivada del Vaticano II, de ser Cabeza, Esposo y Pastor de la Iglesia, a ejemplo de Cristo, y el retiro, con el cual se deja de ser Cabeza, Esposo y Pastor, de la noche a la mañana como si con la edad desaparecieran estos atributos, que, por otra parte, en una sana teología sobre la misión apostólica de los obispos, bien pueden aplicarse también a la relación que guarda cada obispo con la Iglesia universal, y que no se pierde aunque sea emérito.

Hablo en general, pues en lo que a mí se refiere, no tengo queja. Permanezco en mi diócesis de origen, la que me formó cristiano y sacerdote y a la que serví por casi medio

siglo. Conservo muchos amigos laicos y sobre todo, sacerdotes, que están al pendiente de mí y no dejan de invitarme a algún servicio pastoral que tanto llena de satisfacción y es vitamina espiritual.

En la historia de esta Arquidiócesis de Guadalajara soy el primer Arzobispo Emérito en funciones, pues el Emmo. Sr. Cardenal José Garibi Rivera, cuando en 1970 dejó el cargo, estaba muy enfermo y duró poco. El Sr. Cardenal José Salazar vivió cuatro años como Emérito, de 1987 a 1991; había sido muy activo y se movía por toda la Diócesis, buscando ante todo a los sacerdotes, pero el accidente automovilístico que sufrió en 1981 al regresar de Durango lo dejó muy maltrecho y ya casi no salía, era un Emérito en completo retiro. Cuando en 1994 llegué como Arzobispo no había Arzobispo Emérito porque el que lo hubiera sido, mi antecesor, ya lo habían asesinado un año antes. Me da la impresión que la mayoría de los sacerdotes ni sabían ni saben tampoco ni en la teoría ni en la práctica, qué es y cómo sería la vida de un Obispo Emérito; tal vez se figuraban que debía retirarse a descansar a rezar y a tristear.

Me retiré a los 79 años con bastante salud y deseos de seguir sirviendo dentro del marco señalado por la Santa Sede, y Dios me lo ha concedido, valiéndose de tantos buenos sacerdotes que me invitan y de muchos buenos amigos que siempre miran por mí y no me dejan solo. Cuando ya no pueda salir, si Dios me lo permite, quiero seguir ayudando con la oración y el ofrecimiento de lo que se vaya presentando.

¿Cómo es mi vida de Emérito? Más de alguno me ha preguntado o se preguntará, cómo son mis días ahora que soy obispo emérito, ¿cómo transcurre mi vida ordinaria? Se los comparto. Mi día sigue comenzando a las 5:30 de la mañana.

Cuando suena el despertador me incorporo y ofrezco este pequeño sacrificio por muchas intenciones, entre ellas mis pecados. Después del aseo personal, hago una hora de oración en la Capilla, ante el Tabernáculo, seguida de la Santa misa cuando no tengo alguna celebración fuera. En seguida realizo un poco de ejercicio, caminar y estiramientos corporales, luego leo el periódico y resuelvo un sudoku, un juego de números que mantiene despierta la mente y, según dicen, previene el Alzheimer.

A las 8:30 a.m. se sirve el desayuno, casi siempre he estado acompañado no sólo de Mons. Tello que aquí vivía y fue un fiel amigo, sino también de sacerdotes y seglares amigos o de personas que quieren tratar algún asunto. La hora del desayuno es cuando mejor puedo atenderlos y corresponder a los amigos que a su vez me invitan, porque al medio día suelo comer fuera de casa y la cena con frecuencia es en las parroquias después de alguna celebración vespertina.

¿Qué hay en esta casa y quiénes me acompañan? Es necesario que lo aclare para hacerle un fuerte descuento a la autora del libro "Los Intocables", en donde propaló que yo tenía en esta casa 50 personas a mi servicio, alberca olímpica, animales exóticos y cocina internacional. ¡No dudo que exista gente simple que se lo haya creído! Los mismos críticos describen a dicha mujer como una escritora muy tendenciosa, mostrando en general un fuerte recelo contra todo lo clerical. Aquí viven tres religiosas Siervas de Santa Margarita y de los Pobres, a quienes nunca podré agradecer su oración y el esmero con que me atienden, así como el ejemplo de su vida consagrada a Dios. Hay un jardinero que barre el patio y cuida el jardín, de las 7 de la mañana a las 4 de la tarde.

Luis Guillermo De la Torre mi chofer desde hace 22 años, que junto con los escoltas, me acompaña cuando salgo. La alberca de 4 por 8 mts. la mandó construir el Cardenal Posadas, que tenía prescripción médica de nadar a causa de sus problemas de columna. ¿Animales exóticos? Son seis loros que hablan y cantan, un gallo y una gallina para que aquel me cante en la madrugada, un pequeño mono ardilla, dos perros grandes que cuidan de noche y dos perritos falderos que divierten a las monjitas.

Uno de los perros grandes, pastor belga, es famoso porque juega fútbol con cualquiera que llegue. Por supuesto, todos y cada uno de los animales tiene su nombre, ¡aquí no hay anonimato!: oso, popeye, la burrita, sócrates, balín, leo… La cocina según eso es internacional: ¡Una religiosa es de Zacatecas, otra de Jalisco y otra de Guanajuato! Lo cierto es que cocinan muy bien, comida casera, sencilla, sana y muy mexicana.

La comida es a las dos de la tarde, seguida de una hora de siesta, que no debe faltar, por aquello de que "si quieres matar un fraile, quítale la siesta y dale de comer tarde". En seguida rezo el oficio divino y con frecuencia, salgo a las parroquias a celebraciones vespertinas. Tengo desde hace más de 40 años promesa de no aceptar cena fuera de casa, si no es en las parroquias con los sacerdotes, porque en casas particulares por lo general se cena tarde, se platica mucho y en ocasiones se consume bastante alcohol, cosas que arruinan el descanso de la noche y disminuyen la vitalidad para el día siguiente.

Dos veces al año se llena la casa de invitados y amigos: el 28 de marzo que cumplo años y el 23 de octubre día de mi santo, San Juan de Capistrano: a las 6 de la mañana las mañanitas, a las 7:00 Santa misa y a las 8:00 desayuno para todos.

Desde noviembre de 1994, al ser nombrado Cardenal, hay guardia en la calle junto a la casa, son policías de Tlaquepaque y del Estado. Los conozco de nombre, les saludo al salir y al llegar y con el tiempo he ido descubriendo con simpatía su lado profundamente humano: están aquí por necesidad, tienen familia qué mantener, soportan el frío, el calor y la lluvia, se desvelan, se enferman y viven en constante temor de que sus superiores los reporten, los arresten o los cesen. He estado siempre dispuesto a ayudarlos en cuanto he podido y pido a Dios que les pague su servicio.

Cuando me quedo en casa me gusta leer; entrar a mi biblioteca es como visitar grandes amigos siempre dispuestos a la conversación. Me deleita escuchar música clásica. Recibo personas que vienen por algún consejo, una recomendación o alguna ayuda material.

A veces también escribo, preparo con esmero los temas que imparto cuando me invitan a retiros o ejercicios espirituales; y no falta la distracción con el oso, aventándole la pelota que bien domina con sus patas, ¡como todo un futbolista! y la cotorra se gana una nuez cuando me canta en el desayuno.

Por las noches, si no tengo salida a alguna parroquia, la cena es a las 8:00 p.m., a continuación rezo el rosario a la Sma. Virgen caminando por el jardín. Luego me subo a descansar, veo un poco de TV, sobre todo películas con verdadero mensaje y apago la luz a las 10:30 p.m. Así concluye mi día con la ayuda de Dios.

Por lo que dicen y por mi experiencia personal, en el viejo conviven el niño, el joven, el adulto y el anciano, todos con sus recuerdos y sentimientos de éxito o de fracaso, de gozo o de sufrimiento, del bien realizado o del pecado cometido.

Es una mezcla que si no se digiere, apelando a la misericordia de Dios, causa estragos. Puede decirse que el que es buen muchacho, es buen viejo. O también, que la gente es como el vino, que cuando es malo se avinagra y cuando es bueno se añeja.

Hoy mi frecuente súplica al Señor con el salmista es ésta: *"Enséñanos a calcular nuestro días, para que adquiramos un corazón sensato". (Sal. 90, 12) y esta otra: "En el tiempo de mi vejez no me rechaces, cuando me empiecen a faltar las fuerzas, no me abandones." (Sal. 71, 9)*

AGRADECIMIENTOS:

A mis amigos sacerdotes y laicos que me animaron a escribir algo de mi larga vida. A la hermana Claudia Verónica Gómez Godínez, S.J.S., que no obstante su convalecencia, dedicó largas horas a la computadora. A mi amigo el Padre Antonio Casasola, que aceptó hacer el Prólogo y desde España hizo sugerencias y correcciones al manuscrito. Y por supuesto, a Juan Manuel Reyes Brambila por sus atinadas sugerencias y por encargarse de la edición e impresión.

Con mi propia voz

Memorias
Cardenal Juan Sandoval Iñiguez

ÍNDICE

PRÓLOGO 7

INTRODUCCIÓN 11

PRIMERA PARTE:

De Vaquerillo a Pastor 15

Capítulo 1: Mi Infancia en Familia 17

Capítulo 2: Mi Vocación al Sacerdocio 23

Capítulo 3: Alumno del Seminario de Guadalajara 27

Capítulo 4: Estudiante en Roma 33

Capítulo 5: La Vocación de José 49

Capítulo 6: Formador en el Seminario de Guadalajara (1961 - 1988) 51
Las nuevas diócesis 59
Bromas en el seminario 61

Capítulo 7: Ejercicio Físico y Deporte 67

Capítulo 8: San Juan Pablo II En el Seminario de Guadalajara 73

Capítulo 9: Obispo En Ciudad Juárez (1988 – 1994) 77

SEGUNDA PARTE:

En Medio de la Tormenta 83

Capítulo 10: El Caso del Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo 85

Capítulo 11: Investigado por la Procuraduría General de la República 93

Capítulo 12: La Maiceada 97

Capítulo 13: Relación con los Políticos 99

Capítulo 14: Una Guerra de Muchas Batallas 107

Capítulo 15: Peligros de Muerte 117

TERCERA PARTE:

Trabajos y Logros 123

Capítulo 16: Cardenal de la Santa Iglesia 125

Capítulo 17: Estilo de Gobierno 129

Capítulo 18: La Pastoral Orgánica 135

Capítulo 19: Los Movimientos de Apostolado Laical 141

Capítulo 20: Algunas Realizaciones 146

Trinitario Sacerdotal. 146

Santuario de los Mártires de Cristo Rey. 147

El Centro Diocesano de Comunicaciones. 155

Periódico Diocesano "El Semanario". 155

Casas para los Seminaristas de Secundaria. 158

Canchas de fútbol en Tapalpa, Jal. 158

Radio María y María Visión. 159

El trato con los comunicadores. 161

La Villa de los Niños. 163

Colegio Fray Pedro de Gante. 164

La Nueva Curia Diocesana. 165

Museo Diocesano. 165

Capítulo 21: Nuestros Santos y Beatos Mártires 167

Capitulo 22: El 48° Congreso Eucarístico Internacional 171

Capítulo 23: Mi Cercanía con San Juan Pablo II 175

Capítulo 24: El Conclave 187

Capítulo 25: Recepción del Nuevo Arzobispo 195

Capítulo 26: Las Casas de los Cardenales 197

Capítulo 27: Algunos Libros que me han Dejado Huella 201

Capítulo 28: La Visita de los Papas a México 205

Capítulo 29: Arzobispo Emérito 211

AGRADECIMIENTOS 227

INDICE 229





En este nuevo libro, el Cardenal Don Juan Sandoval Iñiguez, Arzobispo emérito de la Arquidiócesis de Guadalajara, ha dedicado parte de su tiempo a escribir sus memorias, con su puño y letra, es decir, "CON MI PROPIA VOZ".

En 260 páginas y 68 capítulos, narra a su muy peculiar estilo, lo que él mismo consideró sobresaliente y destacado de sus 83 años de vida y sus más de 50 años sacerdotales, asi como etapas muy relevantes en el desarrollo de su actividad pastoral.

La vida de Don Juan Sandoval Íñiguez ha sido y sigue siendo una vida de entrega y de servicio. "Servus" no es sólo el lema de su escudo, sino el compendio y resumen de su ser y de su obrar. Ahora que le ha llegado el tiempo que él mismo llama "de la verdad, cuando se percibe ya sin distracciones y con toda claridad, la brevedad de la vida y lo pasajero de sus bienes y males", nos entrega sus recuerdos, queriendo "poner de relieve los amorosos cuidados de la Divina Providencia" que, a lo largo de toda su vida le han ido marcando el camino a seguir.

En estas memorias, Don Juan no se reivindica, nos comparte, con el mismo tono de confidencia y de sinceridad con el que siempre estuvo cerca de sus fieles, sin intermediarios, con su propia voz, la verdad sobre su vida y su ministerio, sin pretensiones ni artificios literarios, con el lenguaje sencillo y directo en el que siempre se expresó. Él mismo nos advierte de que no es "un diario ni una biografía, sólo memorias" de lo que recuerda, con la clara conciencia de saberse un "hombre común y corriente escogido por Dios para un ministerio muy alto".

Ha sido -dicen algunos- un personaje polémico. Incómodo –diría yo-, como incómoda es la verdad en un mundo que pretende ignorarla y le impone la mordaza de lo "políticamente correcto" para poder así manipular las conciencias de los pueblos e imponerles su yugo.

Los hechos que se narran en estas memorias han sido escritos y vividos desde un corazón profundamente humano, que busca y ama siempre la verdad, abierto de par en par a la fuente de la sabiduría y de la sensatez. Es desde el corazón que podemos sintonizar con sus recuerdos y crecer en gratitud y en amor a Dios, por los muchos dones que nos ha concedido a través de la persona del Señor Cardenal, de los que sin duda, estas memorias forman parte.

ISBN: 978-607-9019-07-5

